

UNA CIENCIA POLÍTICA LATINOAMERICANA
ORÍGENES Y PROYECCIÓN DE LA DISCIPLINA

ALFREDO RAMOS JIMÉNEZ

UNA CIENCIA

POLÍTICA

LATINOAMERICANA

ORÍGENES Y PROYECCIÓN
DE LA DISCIPLINA

TERCERA
EDICIÓN
REVISADA



CENTRO DE INVESTIGACIONES
DE POLÍTICA COMPARADA
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA

Vicerrectorado Administrativo

**TÍTULO: UNA CIENCIA POLÍTICA LATINOAMERICANA.
ORÍGENES Y PROYECCIÓN DE LA DISCIPLINA**

Primera edición, 1981

Segunda edición, 1985

Tercera edición, 2017

© **Alfredo Ramos Jiménez, 2017**
alfredoramosj@hotmail.com

Esta edición contó con el financiamiento
del Vicerrectorado Administrativo
de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal If
ISBN 978-980-

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley.

No puede ser reproducida, ni registrada o transmitida
por cualquier medio de recuperación de información
sin el permiso previo, por escrito, del autor o de los editores.

Diseño interior y composición de portada:

Reinaldo Sánchez Guillén, reijosheg@yahoo.com

Impresión:

Talleres Gráficos Universitarios.

Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
PREFACIO	11
INTRODUCCIÓN	23
Una ciencia política de lo posible	29

LA CIENCIA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA Y SU PERSPECTIVA LATINOAMERICANA 31

— 1.

¿CIENCIA POLÍTICA O CIENCIAS POLÍTICAS?	35
--	-----------

— 2.

LAS GRANDES VERTIENTES DE LA CIENCIA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA 41

A. LA VERTIENTE NORTEAMERICANA	42
Corriente empirista	43
Corriente formalista	46
Corriente ecléctica	48
Corriente radical	50
B. LA VERTIENTE EUROPEA	52
Corriente clásica	52
Corriente sociológica	53
La nueva sociología política	56
C. LA VERTIENTE NEOMARXISTA	57
La de la autonomía relativa de la política	61
Corriente crítico-ideológica	62

— 3.

ORÍGENES Y PROYECCIÓN DE LA CIENCIA POLÍTICA LATINOAMERICANA 65

A. LOS ANTECEDENTES IDEOLÓGICOS	66
Los pensadores	67
Los ideólogos	69

B. LOS ANTECEDENTES SOCIOLOGICOS	75
Los orígenes de la sociología latinoamericana	75
C. EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN	88
Influencias norteamericana y europea	91
La búsqueda de la autonomía	96
Las principales orientaciones	101
Estudios generales	103
Estudios específicos	114
Estudios nacionales	116

— 4.

LA PERSPECTIVA LATINOAMERICANA EN LOS OCHENTA	123
Estudios del Estado	126
Los partidos políticos	127
Las ideologías políticas	128
La construcción de la democracia	129

PRÓLOGO

Como decana de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Política me corresponde el honor de presentar la nueva edición del libro *Una ciencia política latinoamericana* del Doctor Alfredo Ramos Jiménez, Profesor Emérito de Ciencia Política de nuestra Facultad.

Conozco al profesor Ramos Jiménez desde mis años de estudiante de la Maestría en Ciencias Políticas del Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL)-Postgrado de Ciencias Políticas. Como todos los que asistimos a sus cursos y seminarios –un buen número de profesionales universitarios del Derecho, Historia, Sociología y Economía– nos familiarizamos desde el primer día con los libros de un profesor reconocido en Venezuela y América Latina como uno de los politólogos más citados de nuestro país. Como politólogo venezolano, nacido en Ecuador y formado en Francia (Universidad Paris 1-Sorbonne), su preocupación intelectual desde su llegada a Mérida en 1979 se reflejó en libros especializados sobre diversos temas, que van desde la fundamentación teórico-metodológica de la disciplina politológica hasta la investigación comparada de los Estados, sistemas políticos, partidos políticos, democratización, pasando por su observación cuidadosa y calificada de la política en Venezuela, particularmente los desarrollos excepcionales de las dos décadas más recientes.

En nuestra Facultad el profesor Ramos Jiménez participó en la fundación de nuestra Escuela de Ciencias Políticas (1980) y del CEPESAL el mismo año. Desde su fundación en 1998, se desempeña como director del Centro de Investigaciones de Política Comparada (CIPCOM) y actualmente se encuentra frente a la coordinación del CEPESAL y del Doctorado de Estudios Políticos. Trabajador infatigable, continúa enseñando sociología política en la Escuela de Ciencias Políticas y es invitado permanente de varias universidades latinoamericanas y europeas, lo que le ha permitido conocer de primera mano y contrastar en sus análisis las diversas situaciones. Su conocido libro *Los partidos políticos latinoamericanos*, con varias ediciones, se cuenta entre los clásicos de la ciencia política sobre el tema.

La *Revue Française de Science Politique* (vol. 33, No. 2, abril 1983) reseñó la primera edición de este libro entre un conjunto de obras destacadas, afirmando lo siguiente: «Una obra cómoda para la consulta, por la densidad de los problemas abordados y la alta calidad de una información crítica». El profesor Manfred Mols de la Universidad de Maguncia (Alemania) lo destacó también como una de las principales obras de referencia de la joven ciencia política latinoamericana (*La democracia en América Latina*, Barcelona, Editorial Alfa, 1987: 11). Y el politólogo alemán Nikolaus Werz, en su libro *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina* (Caracas, Nueva Sociedad, 1995: 136) destacó a la segunda edición de 1985: «Hasta ahora, el único estudio detallado sobre la problemática de la ciencia política en América Latina».

La publicación de la tercera edición revisada de este libro llega en un momento en que la política venezolana y latinoamericana ha entrado en una situación de mucha incertidumbre. Obras críticas como la presente siempre serán bienvenidas, ennoblecendo el trabajo de investigación de la academia y universidad venezolanas.

PREFACIO

A LA TERCERA EDICIÓN

La nueva edición del presente libro obedece a una solicitud implícita de las nuevas generaciones de estudiantes de la Escuela y Postgrado de Ciencias Políticas de la Universidad de Los Andes. Para mí es muy estimulante el hecho de que el primer producto de mi experiencia profesional, que se extiende por más de tres décadas, como profesor-investigador de sociología política y política comparada, haya recibido unas cuantas referencias recientes, tanto en Venezuela como en México, Argentina, Colombia y Ecuador. La relectura del texto, realizada por algunos colegas y amigos del Centro de Investigaciones de Política Comparada (CIPCOM) está en el origen de la motivación específica que acompaña esta nueva edición, que ahora la hago pública con algunas reservas: muy probablemente el tema debería ser objeto de una indagación más amplia de la que aquí propongo, dados los apreciables progresos alcanzados por la disciplina en la época reciente.

De *Una ciencia política latinoamericana* se hicieron dos ediciones: una primera, en 1981, editada por el nuevo Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL), fundado en la Universidad de Los Andes un año antes. La acogida de ese texto motivó una segunda edición revisada y ampliada en 1985 (con reimpresión en 1987), por la Editorial Carhel de Caracas. El presente libro recoge el texto de esta segunda edición con

algunas correcciones de estilo y de precisión bibliográfica, incluyendo unos pocos subtítulos nuevos, a fin de hacerlo más conciso y accesible para los nuevos lectores e investigadores.

La referencia a los *orígenes y proyección de la disciplina* en esta tercera edición revisada, obedece, tanto a la naturaleza del material histórico y político sometido a las reglas del análisis politológico, como al aparato crítico incorporado, con el objetivo expreso de dejar constancia de aquello que, visto desde la distancia, representó en nuestras vidas y proyectos personales, toda una *aventura intelectual*.

La relectura de este escrito, que considero resultado de una experiencia juvenil, previa a mayores empresas de investigación posteriores, acompañó la demanda de quienes, en mis cursos, seminarios y conferencias, han seguido con interés los cambios, orientaciones, controversias y extravíos de una disciplina apasionante para todos los que la vivimos en toda su dimensión, asumiendo y cultivando las tareas de enseñar, investigar y escribir sobre la política como una vocación.

Por otra parte, los progresos alcanzados en los años recientes (fines del siglo XX y comienzos del XXI) por la politología latinoamericana y, particularmente el alto nivel de impacto de la *comparatística* en los estudios sociales y políticos en la era de la *globalidad*, están allí para demostrar que no estábamos equivocados quienes «apostamos» por la implantación definitiva o institucionalización de la disciplina en nuestras universidades y, lo que a la larga ha sido más importante, por su reconocimiento y aceptación por los que dedican la mayor parte de su actividad profesional al mundo complejo y envolvente de la política. A la cuestión de saber si valió la pena el esfuerzo y energía comprometidos en la causa, los hechos confirman la presencia crucial de la disciplina en el debate actualmente abierto sobre los diversos procesos de construcción del orden democrático en todos y cada uno de nuestros países (Almond, 1999; Leftwich, 2004; Sartori, 2011; Nohlen, 2012 y Ramos Jiménez, 2014).

En cuanto a la especialización disciplinaria, las exigencias teórico-metodológicas son cada vez más apremiantes. Y esto no es nuevo en la *proyección* de la disciplina. Hace cierto tiempo, Guillermo O'Donnell se dirigió a los investigadores latinoamericanos con una advertencia que merece ser destacada *in extenso*: «Las ciencias sociales latinoamericanas han producido, producen y deben seguir produciendo datos y teorías, ambas cosas (...) Me explico acerca de un fenómeno que tal vez sea particularmente agudo en la ciencia política y en la economía, pero que dudo que les sea exclusivo. Concebirnos solo como asistentes de investigación de hecho o de derecho, como recolectores de datos que luego son procesados por los teóricos del Norte es equivalente a exportar materias primas de escaso valor agregado para que sean procesadas por las industrias del Norte (...) Este papel subordinado de *exportadores de datos* casi en crudo y de *importadores de teorías* ya cocinadas refleja, claro está, en el pequeño mundo de las ciencias sociales y de los vínculos entre diversos ambientes académicos/universitarios, *relaciones asimétricas de poder*. No es fácil combatirlas, en parte por esas mismas asimetrías y en parte porque no bastan las declaraciones en contra de ellas (de hecho, a veces las meras declaraciones tienden a acentuar esas relaciones)» (O'Donnell, 2007: 188-189. El subrayado es mío).

En efecto, ello ya era perceptible cuando redacté la primera edición de este libro en los primeros años ochenta. Ya en esa época, nos quedaba claro que la *proyección* de la *ciencia política latinoamericana* hacia el futuro estaba condicionada por una fuerte dependencia de la «producción» norteamericana y europea, como lo he destacado en unas cuantas páginas de este volumen. La superación de las asimetrías advertidas por O'Donnell representa tal vez uno de los mayores desafíos de la disciplina en el tiempo que corre. Aunque el mismo —es preciso señalarlo— ya involucra un «contingente» humano mucho mayor que el de entonces. Sobre *la ciencia política en América Latina* se han publicado en los años recientes estudios colectivos más completos

y en detalle, no sin detenerse en el tratamiento de sus avances y retrocesos en un camino lleno de dificultades (véase Freidenberg, 2014; Barrientos, 2014; Flores-Mariscal, 2016). Sin embargo, en el apartado de su conocido *Diccionario*, dedicado a la ciencia política en América Latina, Dieter Nohlen advierte sobre el hecho de que «a pesar de no existir más que un pequeño grupo de politólogos, éstos suelen no tomar nota de los demás, bien sea ignorando los escritos de los otros, bien no citándolos en sus propios trabajos. La autopercepción de la comunidad politológica se parece mucho a lo que G. A. Almond (1999) ha descrito como «disciplina segmentada» (Nohlen, 2006: 4).

En mi ensayo, yo adelanté la hipótesis sobre la necesidad de un mayor involucramiento de los politólogos e investigadores en la formulación de la demanda social y política, regional y local, a fin de alcanzar una mayor autonomía en la construcción de teorías y su correspondiente validación empírica, frente a la presencia, predominante hoy en día, de las construcciones teóricas y metodológicas de origen estadounidense: la amplia acogida de las tesis y metodologías conductistas y del *rational choice* en el ámbito académico y profesional latinoamericano ha ido cediendo espacios en la época reciente. Sobre ello, no voy a abundar en las referencias por todos conocidas. Una aguda crítica a estas orientaciones predominantes en la ciencia política de nuestros días se la debemos a César Cansino, quien aboga por una *metapolítica* o «metateoría de la política» que «vendría a ser una disciplina especializada, entre la ciencia política y la filosofía política, cuyo objeto de estudio es la teoría política, es decir el *cuerpo general y multidisciplinario de literatura producido a lo largo del tiempo por quienes se han ocupado de los fenómenos del poder, de las estructuras de autoridad, de los valores políticos, de las relaciones sociales, etcétera*» (2008: 15).

Asimismo, frente a la *globalización* de la disciplina en los años recientes, mi propuesta original insistía en la necesidad de

una «regionalización» de la misma, como ejercicio intelectual y académico de resistencia frente a la hegemonía globalizadora de la ciencia política estadounidense, que consideraba la explicación y análisis de la política en los «países exóticos» como algo subordinado a los conceptos, supuestos y métodos provenientes del «Norte» hegemónico. Y si bien es cierto que la ciencia política ha sido por principio una empresa *cosmopolita*, no lo es menos el hecho de que su práctica ha vivido bajo las condiciones impuestas por un parroquialismo excesivo. Y es que, de acuerdo con Philippe Schmitter «Ninguno de los cambios que afectan actualmente a la disciplina es precisamente nuevo. Lo que no tiene precedentes es su volumen, variedad e impacto acumulativo. Más aún, a pesar de la etiqueta «global», la distribución de este achicamiento espacial y temporal no es ni universal ni pareja. Está muy concentrado en los intercambios académicos entre Estados Unidos y Europa. Los Estados Unidos son vistos por muchos observadores (y especialmente por sus *fans*) como el jugador que ocupa simultáneamente el rol de director técnico, arquero, goleador y árbitro, mientras que Europa aparece como ocupante del medio campo, y el resto del mundo espera en el banco a ser llamado a participar en el juego» (2003: 60).

En efecto, como disciplina cada vez más globalizada, nosotros habíamos apostado –manteniendo la apuesta hoy en día– por una mayor presencia de nuestras construcciones y reflexiones en la explicación y análisis del mundo real, en sus manifestaciones regionales y locales: los investigadores latinoamericanos no podemos darnos el lujo de ignorar y pasar por encima de nuestra propia historia. En tal sentido, como se verá en mis primeras observaciones, contenidas en el presente escrito, los politólogos latinoamericanos se presentan mucho más vinculados con las luchas sociales y políticas de sus respectivos países que sus homólogos norteamericanos y europeos, por lo que han llegado a ser muy influyentes en la discusión y ejecución de las políticas públicas. Es más, la relevancia de la disciplina ha sido evaluada con frecuencia

a partir de la presencia y nivel de impacto de sus resultados en los diversos procesos de cambio social y político en todos y cada uno de nuestros países.

Ahora bien, el surgimiento de nuevos obstáculos en el camino de la consolidación de la disciplina parece actualmente vinculado con los avances de aquello que por comodidad ha sido identificado con lo «políticamente correcto», si no con el ampliamente denunciado «pensamiento único». Y en ello radica la extendida hipótesis sobre una suerte de *desencantamiento del espíritu crítico*, que ha afectado sensiblemente el progreso de las ciencias sociales en general y de la ciencia política en particular en este comienzo de siglo (Mansilla, 2003: 17-44). Y es que, para nosotros, el cultivo e intervención del pensamiento crítico en todas las etapas de nuestros estudios, debates e investigaciones, constituye la condición *sine que non* para avanzar en el recorrido que lleva desde nuestro trabajo, como reflexión, a las prácticas políticas efectivas, como acción. No escribimos nuestros libros solo y exclusivamente para que sean leídos y comentados por nuestros colegas. Nuestro objetivo debe extenderse más allá, porque una ciencia política, reducida a un «saber experto» reservado para el consumo de los expertos –como lo observara Pierre Bourdieu hace algún tiempo–, no vale una hora de esfuerzo (1980).

Por otra parte, las implicaciones éticas y normativas de nuestras investigaciones no representan algo menor en nuestro trabajo, como lo han querido hacer ver las simplificaciones o desviaciones empiristas. En este sentido, la selección de los temas y objetivos a investigar, el impacto de los métodos en los actores o agentes en su contexto, tanto como los posibles usos y abusos de los resultados en la sociedad o ambientes específicos, conforman un terreno que se extiende hasta cuestiones vinculadas con la legitimidad del poder político y de la autoridad (Bauböck, 2013: 62-63). En ello radica la especificidad normativa de la ciencia política, desde su nacimiento e implantación como disciplina científica hasta sus desarrollos críticos de los años recientes.

Como en su edición original, este libro responde a una aspiración muy extendida actualmente entre los practicantes de la disciplina. Los avances recientes de la *política comparada* han influido mucho sobre la investigación: la ciencia política actual no debe reducirse a un cuerpo de conocimientos estrictamente enmarcado en los estrechos confines de la propia casa. En nuestros días, hacer ciencia política requiere de estrategias comparativas, como lo afirmara Gianfranco Pasquino en su *Nuovo Corso* (2010: 9). Y esta ha sido precisamente la premisa básica que me ha acompañado desde mis primeras búsquedas y proposiciones en este campo, lo que puede corroborarse con la perspectiva teórico-metodológica que ha orientado mis investigaciones posteriores.

Habrá quien piense que los objetivos de la politología actual coinciden con un reclamo ya presente en las disciplinas vecinas. La recomendación sobre la *interdisciplinarietà* de las disciplinas de lo social pasa por encima del hecho de que en el estado actual del conocimiento ya no es posible para nadie tener un conocimiento completo de más de una disciplina: «Es utópico querer dominar dos o más disciplinas enteras. Dado que implica la idea de estar familiarizados con y combinar disciplinas enteras, la idea de la investigación interdisciplinar es ilusoria» (Dogan, 2001: 152; Rivas Leone, 2002). En otras palabras, la combinación de diversas disciplinas solo es posible cuando se trata de acercar las diversas perspectivas sobre objetos de investigación que lo requieren: los estudios sobre el Estado, los partidos políticos, los comportamientos políticos, las políticas públicas, entre los temas de investigación más relevantes. Ello puede corroborarse en la orientación de un número creciente de revistas especializadas, que han logrado en el espacio de la especialización politológica una *hibridación* mucho más presente en la ciencia política que en otras disciplinas.

En este sentido, especializaciones híbridas como en los casos de la filosofía política, sociología política, antropología políti-

ca, sociología histórica, con sus respectivas «redes de influencia», han ido borrando en bien determinados casos la ya vieja clasificación de las ciencias sociales. La proposición de *una ciencia política latinoamericana* se adelantó en el tiempo a tales propuestas de hibridación, hoy en día ampliamente reconocidas y aceptadas: quienes tomaron a la joven ciencia política como un complemento de las disciplinas más asentadas en los estudios universitarios, asumieron los progresos de la especialización politológica como el advenimiento de una disciplina autónoma, con amplia proyección hacia el futuro, que en nuestros días ya lo tenemos entre nosotros (sobre el caso de Venezuela, véase el trabajo de Angel Alvarez y Said Dadda, 2005).

En fin, la reedición de este libro solo ha sido posible con el apoyo del Vicerrectorado Administrativo y de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Lo que, visto desde los ambientes turbulentos que vivimos en la Venezuela actual no es poca cosa. Asimismo, las inquietudes y preocupaciones de quienes formamos parte del Centro de Investigaciones de Política Comparada (CIPCOM), en sus veinte años de labor al frente de los cursos y seminarios de Sociología Política y Política Comparada de la Escuela de Ciencias Políticas, como en el seminario de Fundamentos de Ciencia Política en el nuevo Doctorado de Estudios Políticos, han representado un estímulo clave para la publicación de materiales hoy en día casi inaccesibles para las nuevas generaciones de estudiantes de ciencia política en nuestros países. Las autoridades, colegas y amigos de nuestra universidad, que han seguido de cerca los avances de mi trabajo, particularmente en estos años difíciles, encuentren aquí mi agradecimiento.

Por último, tengo una deuda especial con mi esposa Ewa María Kustron, cuya paciencia, comprensión y compañía inteligente, me han acompañado durante toda mi vida profesional e intelectual. Ella entendió desde el principio mi pasión y vocación por comprender la política. Como en las ediciones anteriores dedico esta tercera edición de mi primer libro a la memoria de mis

padres Segundo Alfredo y Dolores María. Mientras vivieron, la política nunca les fue ajena, ellos me enseñaron a ser respetuoso de las reglas del juego democrático y tolerante con las ideas de los adversarios, así como a mantenerme siempre vigilante ante la irrupción, cada vez más apremiante, de un personal manipulador y sin preparación en las tareas de dirección y control de la convivencia y destino de la comunidad.

A.R.J.

Mérida, abril de 2017.

Referencias

- Almond, Gabriel A. (1999), *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes de la ciencia política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Álvarez, Angel y Said Dadda (2005), «La ciencia política en Venezuela: fortalezas pasadas y vulnerabilidades presentes», *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, No. 1: 245-260.
- Barrientos, Fernando (2014), *Buscando una identidad. Breve historia de la ciencia política en América Latina*, Guanajuato (México), Fontamara/Universidad de Guanajuato.
- Bauböck, Rainer (2013), «Teoría política normativa e investigación empírica», en Donatella della Porta y Michael Keating (eds.), *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales*, Barcelona, Ediciones Akal, 53-73.
- Bourdieu, Pierre (1980), *Questions de sociologie*, Paris, Editions de Minuit.
- Cansino, César (2008), *La muerte de la ciencia política*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Dogan, Mattei (2001), «La ciencia política y las otras ciencias sociales», en Robert Goodin y Hans-Dieter Klingemann (eds.), *Nuevo manual de ciencia política*, t. I, Madrid, Ediciones Istmo, 150-196.
- Flores-Mariscal, Juan Roberto Joel (2016), «Evolución de la literatura sobre el estado de la ciencia política en México (1947-2015)», *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año LXI, No. 227, mayo-agosto: 55-102.
- Freidenberg, Flavia (2014), *La ciencia política en América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Leftwich, Adrian (2004), «Thinking Politically: On the politics of Politics» en Adrian Leftwich (ed.), *What is Politics?*, Cambridge, Polity Press, 1-22.
- Mansilla, H.C.F. (2003), «Intelectuales y política en América Latina. Breve aproximación a una ambivalencia fundamental», en Wilhelm Hofmeister y H.C.F. Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario (Argentina), Homo Sapiens, 17-44.
- Nohlen Dieter (2012), *¿Cómo estudiar Ciencia Política? Una introducción de trece lecciones*, Madrid, Marcial Pons.
- _____ (2006), «Ciencia Política en América Latina», en Dieter Nohlen (ed.), *Diccionario de Ciencia Política*, t. I, México, Porrúa.
- O'Donnell, Guillermo (2007), *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Pasquino, Gianfranco (2011), *Nuevo curso de ciencia política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ramos Jiménez, Alfredo (2014), *La construcción del orden democrático. Burocracia, tecnocracia y meritocracia*, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada. Universidad de Los Andes.
- Rivas Leone, José Antonio (2002), *Ciencia Política. Una aproximación transdisciplinaria*, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada. Universidad de Los Andes.
- Sartori, Giovanni (2011), *Cómo hacer ciencia política*, Madrid, Taurus.
- Schmitter, Philippe C. «Siete tesis (disputables) acerca del futuro de la ciencia política <transatlantizada> o <globalizada>», *PostData*, Buenos Aires, No. 9, septiembre 2003: 59-80.

Comprender y valorar con realismo las posiciones y las razones del adversario (y a veces es adversario todo el pensamiento del pasado) significa precisamente haberse liberado de la prisión de las ideologías (en sentido peyorativo, de ciego fanatismo ideológico), o sea, situarse en un punto de vista «crítico», que es el único fecundo en la investigación científica.

ANTONIO GRAMSCI

La creatividad sociológica supone, esencialmente, dos prácticas teóricas: una ruptura en relación con los modelos de pensamiento impuesto, y una elaboración permanente y audaz de nuevas hipótesis. Estas dos dimensiones deben coexistir y actualizarse en la producción.

PIERRE ANSART

¿Es ideológico todo conocimiento social?, 1979

Se ha requerido, en verdad, de un enorme esfuerzo de autonomía intelectual y de pensamiento crítico, para liberarse de la esclerosada tradición escolástica y absolutista y para aprender a pensar teóricamente frente a una realidad enteramente nueva como ha sido la característica de los países atrasados y dependientes, cuyos problemas vitales nunca planteó la ciencia clásica de Europa Occidental o de los Estados Unidos.

ANTONIO GARCÍA

La estructura del atraso en América Latina, 1978

INTRODUCCIÓN

La palabra *politología* es nueva para los latinoamericanos. Hasta hace poco, los investigadores preferían y venían utilizando indistintamente la palabra *política*. *Politología* y *ciencia política* comienzan a utilizarse como sinónimos solo en los años recientes. Sin embargo, su objeto de estudio es un objeto antiguo: tiene la edad de las primeras relaciones de poder en las sociedades primitivas. Si el objeto es antiguo, la aproximación particular o específica a tales relaciones de poder es relativamente nueva. En nuestros países, esta última no pasa de los diez años. Si bien es cierto que los esfuerzos dirigidos hacia su construcción y consolidación como disciplina particular entre las ciencias sociales datan de la época reciente —paradójicamente, una época de «crisis» para las ciencias de la sociedad—, los esfuerzos de conceptualización o teorización en la ciencia política regional encontraron no pocos obstáculos, a tal punto que los «grandes temas» de la política latinoamericana fueron y continúan hoy en día tratándose en forma fragmentaria e insuficiente.

Como se verá más adelante, no pocos autores se han detenido a observar el hecho de que tales limitaciones deben atribuirse a nuestra común condición de «colonizados» intelectuales. Si nos apoyamos en la mayoría de la producción, es evidente que

nuestros investigadores no han tenido, por lo general, otra alternativa que la de aplicar los modelos y esquemas para el análisis importados de los países más avanzados. Pero, esta es una verdad a medias, la investigación local ha contribuido decisivamente en el desarrollo de ciertas áreas de las ciencias sociales: es el caso de las investigaciones recientes en economía, historia y antropología. Por otra parte, si bien es cierto que, en el pasado, nos habíamos acostumbrado a recibir con escepticismo los aportes teórico-metodológicos de nuestros autores, esta situación se ha modificado sustancialmente en los últimos años. Así, podemos encontrar, en nuestros días, valiosas hipótesis de trabajo, cuya fecundidad tiende a neutralizar las actitudes simplistas y reduccionistas de bien determinados sectores intelectuales. De aquí que no falten razones para aceptar el hecho de que los latinoamericanos, «mientras vivamos en el convencimiento, absurdo por lo demás, de que somos una entidad aislada, una parte, una excrescencia, un accidente de la historia del capitalismo, no seremos otra cosa, en efecto, que unos colonizados. *El que no hayamos podido hasta ahora hablar de nosotros mismos como sujetos y como producto de esta historia es, en parte al menos, resultado del tipo de pensamiento que hemos producido o que nuestros colonizadores nos han impuesto*».¹

En efecto, una extendida actitud frente a la práctica de las ciencias sociales en nuestros países ha dado lugar a un clima de incertidumbre generalizado, dejando sin estímulo la difícil tarea de interpretar y explicar nuestras realidades sociales específicas y complejas. En el caso de la ciencia política regional, su «nacimiento» también se vio afectado por un prejuicio arraigado en su contra: su validez o relevancia parecen discutibles, tanto más que se considera a la producción foránea, especializada, sobre las realidades latinoamericanas —provenientes de Europa y Estados Unidos en particular— como claramente insuficiente. Este pre-

1 Arnaldo Córdova, *Sociedad y Estado en el mundo moderno*, México, Grijalbo, 1976: 13.

juicio, convertido en estereotipo por ciertos autores, a menudo extraños a la práctica de la investigación, ha limitado significativamente la actividad y proyección de los primeros centros de estudios especializados. De modo tal que la requerida elaboración teórico-metodológica cedió el «terreno» a la práctica de los informes que, escuetos o voluminosos, reducían la observación a la mera recolección de datos fragmentarios, susceptibles de conformar «estudios políticos», con frecuencia complementarios a los trabajos económicos y sociales más globales.

Así, en un comienzo, el analista de la política latinoamericana echó mano indistintamente a las técnicas del empirismo factualista de origen norteamericano, desentendiéndose de cualquier exigencia teórica o metodológica. Más tarde, cuando el crecimiento de la «demanda», que acompaña el desarrollo de la actividad pública estatal, se hizo presente, se recurrió a la información disponible, proveniente de los centros de investigación de los países más avanzados: es el tiempo de la intervención del experto norteamericano y del especialista europeo, en un campo casi inaccesible para el observador latinoamericano.

Solo el avance de algunos países —México, Brasil, Argentina, Venezuela— habría de permitir que se haga frente a exigencias decididamente inaplazables. Se trabajó entonces con el convencimiento de que no se puede seguir improvisando o conformándose con las proposiciones de autores sin contacto físico ni sociológico con nuestras realidades: las específicas relaciones de poder, las relaciones de fuerzas internas, las expectativas crecientes de inmensas masas de población, los procesos de construcción de la democracia, el funcionamiento de estructuras de poder paralelos en varios países latinoamericanos, en fin, los «sistemas ideológicos» y la participación política restringida, representan en el plano más general, los grandes temas de la incipiente *ciencia política latinoamericana*. De aquí que no falten razones para afirmar el hecho de que, «América Latina requiere no solo ser vista con los ojos de Europa o de los Estados Unidos, sino con su pro-

pia introspección. En otras palabras, debemos aprender a vernos nosotros mismos con nuestro propio estilo, con nuestro propio idioma, con nuestros ojos. Eso está por hacerse»².

Asimismo y hasta hace poco tiempo, un marxismo oficializado también limitaba las posibilidades teórico-metodológicas de buena parte de las investigaciones. Así, la investigación en bien determinadas universidades se desarrolló en «estricto» respeto de los cánones de teorías generales preexistentes. Ello ha representado un freno, si no un retroceso, para la investigación especializada de la política. En la medida en que ese reduccionismo solo permitía el abordaje de los problemas políticos, como aspectos secundarios o derivados de los problemas reales, los problemas económicos, el camino hacia el alcance de una autonomía disciplinaria lucía muy empinado. De aquí que no resulte extraño el hecho de que sean cada vez más los autores que, en nuestros días, hayan tomado distancia con ese reduccionismo inaceptable. Aunque una parte parece haberse quedado girando como mariposas alrededor de un foco de luz. En circunstancias tales que no son descartables las situaciones en que «cierta rigidez mental de algunos intelectuales los impulsaba a esgrimir laureles académicos adquiridos gracias a un saber ya muerto»³. Y ello es tanto más evidente que la mayor parte de la producción latinoamericana en ciencias sociales parece orientarse en nuestros días hacia una confrontación permanente con bien determinadas «tesis» o «paradigmas», predominantes en el pasado.

Por otra parte, *una ciencia política latinoamericana* debe recoger las lecciones de la experiencia científica en este campo, disponible en los «países centrales». El objetivo del presente trabajo no es, en modo alguno, el de «regionalizar» la ciencia política,

2 Ramón Escovar Salom, «La ciencia política de hoy», *El Nacional*, Caracas, 25/05/1981.

3 José Serra y Fernando Henrique Cardoso, «Las desventuras de la dialéctica de la dependencia», en *Revista Mexicana de Sociología*, (número extraordinario), México, 1978.

sino el de *promover una nueva actitud frente a una práctica que comienza a dar los primeros pasos y es a menudo mal entendida en nuestros países «periféricos»*. Estamos de acuerdo con Jean-Pierre Cot y Jean Pierre Mounier cuando destacan el carácter incipiente de la disciplina en el ámbito europeo: «hacen falta años de investigación y de teorización —afirman los dos autores franceses— antes de que pueda aparecer un cuerpo de sociología política casi coherente»⁴. Y Jean Leca para advertirnos sobre el carácter autónomo de la disciplina en el ámbito europeo, después de haber navegado en las aguas de las ciencias jurídicas y de la sociología⁵.

La ciencia política contemporánea está lejos de representar un saber rigurosamente delimitado; sus fronteras con las demás disciplinas sociales no han quedado establecidas definitivamente. Y es que se trata de una ciencia que se busca ella misma y que no pretende llegar a convertirse en el «recetario» para la acción política, como algunos la han querido hacer ver: el hombre político se dirigirá a la ciencia política con la misma oportunidad con que el hombre de negocios se dirige a la ciencia económica.

Si bien es cierto que la ciencia política en todo tiempo ha sido una ciencia de fines, también es cierto que: «Aquellos que exigen de la política como ciencia que enseñe normas y fines —como lo afirmó en su tiempo Karl Mannheim— deberían considerar que esta exigencia implica, de hecho, la denegación de la realidad de la política. *La única cosa que nosotros podemos exigir de la política, como ciencia, es que, en la acción enseñe a los hombres a comprender, incluso a sus contrarios, a la luz de sus motivos reales y de su posición en la situación histórico política. Tiene que enseñar lo que realmente es enseñable, es decir las relaciones estructurales*»⁶.

4 Jean-Pierre Cot y Jean-Pierre Mounier, *Sociología política*, Barcelona, Blume, 1978: 13. Para estos autores la sociología política es asumida como sinónimo de ciencia política.

5 Cf. Jean Leca, «La science politique en France», *Revue Française de Science Politique*, No. 5, agosto-octubre de 1982.

6 Karl Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, Aguilar, 1958: 234 (El subrayado es mío).

Y es que, frente a una filosofía inagotable, una economía absorbente y una sociología ambiciosa, surge la ciencia política consciente de sus límites y capacidades explicativas. Su inseguridad inicial obedeció, por una parte, a la falta de rigor en determinadas construcciones conceptuales y al relativismo marcado de sus proposiciones más especulativas. En esto resulta relevante la observación del politólogo italiano Umberto Cerroni, en la medida en que: «una ciencia política debe sostener una triple batalla: en contra de la filosofía especulativa por su propia positividad; en contra del empirismo por su propia fecundidad intelectual, y en contra del aislacionismo académico por la unidad y organicidad del conocimiento social. Si lograra librar estas tres batallas y vencer en ellas, habrá logrado al mismo tiempo realizar aquel «newtonismo» y aquel «galileísmo» en política que hará pareja con una integración unitaria de las ciencias sociales»⁷.

En el pasado, la ciencia política parecía reducirse al patrimonio de conocimientos, un tanto reservado, de las «élites» intelectuales de los países en que su relevancia era ampliamente reconocida. Se trataba entonces —algunos la han calificado— de una ciencia destinada al consumo de «círculos estrechos». Ello parece haberse superado hoy en día en los países avanzados. Si bien es cierto el hecho de que en ciertos países, como las «democracias populares» de Europa del Este, los *estudios políticos* estaban celosamente reservados a las escuelas del «Partido único», es decir a unos pocos seguidores obedientes de las concepciones oficiales. En nuestro medio latinoamericano, solo los regímenes represivos han mantenido una política adversa a todo pensar o saber que pretenda cuestionar su *status*: la ciencia política no existe bajo los regímenes de dictadura. Aunque es preciso advertir sobre el hecho de que, en el contexto de la *democratización latinoamericana*,

7 Umberto Cerroni, «La crisis de la democracia y el Estado moderno», en Varios Autores, *Problemas de la ciencia política contemporánea*, México, UNAM, 1969: 41.

la voluntad de estudiar la política aún no ha superado aquella situación de sometimiento, debido principalmente a determinadas restricciones, que se extienden desde la limitación de recursos destinados a las actividades de investigación hasta un peligroso aislamiento de las iniciativas intelectuales en ese campo.

Una ciencia política de lo posible

La ciencia política que aquí proponemos exige, por consiguiente, la superación de aquellos obstáculos, burocráticos e ideológicos, que han venido interponiéndose, si no condicionando, su desarrollo específico. De aquí que sea preciso establecer para nuestra ciencia política regional tres principales tareas a realizar en el corto plazo:

- En primer lugar, una delimitación clara y sin ambigüedades de su campo de estudio, particularmente en relación con las demás disciplinas de las ciencias sociales, a saber, la economía, la sociología, la historia;
- En segundo lugar, un desarrollo de los métodos y técnicas de investigación aplicables a nuestras realidades sociales y políticas; y
- En tercer lugar, un cultivo del pensamiento crítico, libre de interferencias dogmáticas o sectarias, provenientes de las doctrinas «intangibles» y de las ideologías «insuperables».

Todo ello con el fin de alcanzar una consistencia y madurez, que permita en el futuro contar con las herramientas de trabajo y armas intelectuales adecuadas para la exploración, descripción y explicación de nuestras realidades.

El presente trabajo, estrechamente vinculado con nuestro trabajo docente y de investigación, se dirige, en primer lugar, a los estudiantes que se inician en nuestras universidades, en la dis-

ciplina de la ciencia política; en segundo lugar, a los investigadores y especialistas preocupados por el progreso de las ciencias sociales en nuestra América Latina; y, en fin, al ciudadano común, cuyo interés por los asuntos políticos traduce la íntima convicción de que se trata de un campo de la actividad humana decisivo para el futuro de nuestra sociedad.

Finalmente, en el desarrollo de este ensayo debo reconocer el apoyo recibido de colegas y amigos del Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL), recientemente creado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Los Andes. Que la vocación pionera de este centro de estudios en el campo de la ciencia política haga posible en el futuro mayores aportaciones, siempre con la idea de abrir los caminos de *una ciencia política latinoamericana*.

LA CIENCIA POLÍTICA
CONTEMPORÁNEA
Y SU PERSPECTIVA
LATINOAMERICANA

Se dice que el investigador tiene pocos conocimientos: pero se oculta que otros, que saben menos que él y que no poseen ni su experiencia ni su honradez intelectual, no vacilarán en hablar en su lugar. Su completa abstinencia, no perjudicaría a la comunidad.

JEAN MEYNAUD

Introducción a la ciencia política, 1964: 27

Los desarrollos recientes de las ciencias sociales y la «crisis» de explicación que los caracteriza han sido determinantes para el replanteamiento teórico y metodológico de una *ciencia de la política*, cada vez más autónoma en el conjunto del conocimiento social de nuestros días. La generalidad de esta «crisis» parecía ser el resultado de una suerte de «agotamiento» de las tradicionales explicaciones científicas de las realidades sociales.

Para la economía, sociología e historia, todos los caminos conducían a una especialización aparentemente inevitable: la antropología social, la ciencia política, la psicología social, la lingüística, deben considerarse como las especializaciones más fecundas en los años recientes. Al tiempo que estas últimas acaparan el interés de los actores y observadores, las primeras, al parecer, fueron reduciendo su «monopolio» de la innovación y el descubrimiento en las tareas orientadas hacia la explicación de lo social y lo político.

En cuanto a la ciencia política, en su esfuerzo por hacerse aceptar como disciplina científica, solo en una época reciente ha logrado imponerse como tal: aparentemente, su vocación natural la había convertido desde el comienzo en una ciencia controversial. Y es que quienes la cultivan llegan a ponerse de acuerdo solo

en un número reducido de proposiciones. Aunque este acuerdo resulta mayor a medida que avanza la investigación, ya promediando el siglo XX, cuando las nuevas hipótesis van abriendo campos y pistas de trabajo, dejando entrever cuestiones y problemas «nuevos», cuyo interés es creciente. Y ello resulta tan decisivo o determinante para el destino de la ciencia política, en la medida en que su avance siempre estuvo acompañado de un renacimiento de preocupaciones teórico-metodológicas específicas.

Y si bien es cierto que la ciencia política no debe considerarse como una disciplina o actividad científica nueva, hasta podría sostenerse el hecho de que se trata de un saber antiguo: desde los primeros pensadores griegos la reflexión sobre la política ocupa buena parte de la historia del pensamiento occidental. Cuando decimos que es nueva hacemos referencia al resurgimiento reciente como especialización de la ciencia social contemporánea. Si en el siglo XIX, la ciencia política es absorbida por las grandes teorías sociales, en el siglo XX parece constituirse en observación autónoma, especializada, de los hechos sociales.

¿CIENCIA POLÍTICA O CIENCIAS POLÍTICAS?

La ciencia política deja de ser «ciencias políticas» desde el momento en que deja de ser un complemento, una observación derivada o secundaria de la realidad social. Las «ciencias políticas» hacen más bien referencia explícita a una diversidad de observaciones residuales de lo político —economía política, derecho político, filosofía política, historia política— que en el mejor de los casos representan un capítulo de la disciplina en cuestión.

«La ciencia política es la hija incestuosa de la historia y el derecho» observaron Jean-Pierre Cot y Jean-Pierre Mounier, una vez que su status y autonomía ya habían dejado de discutirse en el conjunto de las ciencias sociales¹. Y si bien es cierto que el proceso de formación de esta «nueva» ciencia de la sociedad había sido lento y difícil, la especulación ideológica en unos casos y la indeterminación de su objeto, en otros, se constituyeron en los grandes obstáculos para su práctica y desarrollo.

En la medida en que el análisis político va especializándose, ello alimenta el conocimiento social. Y si el universo de la

1 Jean-Pierre Cot y Jean-Pierre Mounier, *Sociología política*, Barcelona, Blume, 1978: 15. Su título original *Pour une sociologie politique* revela a las claras la vocación de ruptura e innovación de sus autores en la academia universitaria francesa.

política sigue siendo un mundo por descubrir, el observador calificado o el analista especializado deben recurrir cada vez más a instrumentos más afinados para abordar el mundo complejo de la política. Y ello en momentos en que la reflexión general sobre la sociedad —el así llamado *pensamiento social*— tiende a convertirse poco a poco en auténtica reflexión política. De aquí que los esfuerzos de reflexión más fecundos, en el mundo moderno, fueron a instalarse en un renovado campo de la política: de Karl Marx a Max Weber, de Vilfredo Pareto a John Kenneth Galbraith, todos los pensadores sociales parecen haber sentido la necesidad de conceptualizar la política como un dominio específico o particular de la práctica social².

Y ésta parece ser la tendencia entre los pensadores de este siglo. En la medida en que los encuentros con la política resultan más habituales de lo que se podría advertir: filósofos, economistas, historiadores y sociólogos, en momentos cruciales de sus investigaciones particulares, han hecho «ciencia política» reafirmando tal vez sus observaciones o hipótesis originales³. En

2 De entre las obras de Karl Marx véase *El capital*, t.1, México, Fondo de Cultura Económica, 1972 (ed. original, 1871); *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Barcelona, Ariel, 1971 (ed. original, 1852); *La lucha de clases en Francia*, Buenos Aires, Anteo, 1973; *Contribución a la crítica de la economía política*, La Habana, Ciencias Sociales, 1975. De Max Weber, *Economía y sociedad*, 2 vol., México, Fondo de Cultura Económica, 1944 (Primera edición en alemán, 1922); *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969 (original, 1904-1905); *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1967 (original, 1919). De Vilfredo Pareto, *Tratado de sociología general*, Madrid, Revista de Occidente, 1967. De John K. Galbraith, *Capitalismo americano. El concepto de poder compensatorio*, Barcelona, Ariel, 1955; *El nuevo Estado industrial*, Barcelona, Ariel, 1967.

3 Es el caso de Joseph Schumpeter, *Imperialismo y clases sociales*, Madrid, 1965; *Capitalismo, socialismo y democracia*, Buenos Aires, Claridad, 1946. También Raymond Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico*, 2 vol., Buenos Aires, Siglo XX, 1976; *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, Barcelona, Seix Barral, 1964 y *Penser la guerre*, 2 vol., Paris, Gallimard, 1976.

efecto, corresponde a Maquiavelo la primera referencia sobre la posibilidad de hacer de la política una ciencia, una ciencia de la acción autónoma de toda consideración moral: la política debía juzgarse por sus resultados, por la eficiencia práctica de sus proposiciones, por su aplicabilidad. Y a principios de siglo, Max Weber se encargó, en dos célebres conferencias, dictadas a sus estudiantes en una universidad alemana, de replantear la paradójica divergencia entre la *política como acción*, por una parte y la *política como ciencia*, por otra: «la sociología es a la política lo que la ciencia es a la acción». Formulación que entraña una contradicción en términos prácticos entre la *profesión del político*, por una parte, y la *vocación del científico*, por otra. Y puesto que esta última requiere, según Weber, modestia y disponibilidad del espíritu, la primera conlleva la contradicción entre una ética de la convicción, vinculada con los valores, y una ética de la responsabilidad, más vinculada con los objetivos. Dando a entender con ello que las dos vocaciones estaban destinadas a convivir de espaldas una a la otra⁴.

Asimismo, en nuestros días se ha podido identificar una cierta inclinación a confundir el trabajo del politólogo con el más específico del periodista. Y es que, en su esfuerzo por dar cuenta de la realidad observada, el periodista prefiere detenerse en la observación coyuntural, eludiendo por principio el tratamiento del fenómeno político, observado en sus estructuras, lo que está en el origen de un reduccionismo inaceptable para la explicación política. De acuerdo con Raymond Aron, el análisis político exige un necesario «distanciamiento» de la acción *en vivo*, en tanto que el periodismo no permite separarse un momento de esta última⁵. El «precio» a pagar no ha sido otro que el de la renuncia a la vigilancia, rigor y profundidad, que se espera de toda búsqueda

4 Véase Max Weber, *El político y el científico* (Introducción de Raymond Aron), Madrid, Alianza, 1967.

5 Cf. Raymond Aron, *Mémoires. 50 ans de réflexion politique*, París, Julliard, 1983: 219.

de explicación del mundo real. Asimismo, la tendencia al «periodismo» —la conocida investigación ideográfica— parece generalizarse a partir de la influencia de una variante de la ciencia política norteamericana en movimiento.

En cuanto a las aplicaciones prácticas de la investigación de la política, Giovanni Sartori lo advirtió a tiempo:

La ciencia política tiene una razón específica, y diría que constitutiva, para su debilidad práctica: que cuando se da el «saber», no por ello se da el «poder»; pero el gobierno de la ciencia requiere saber *más* poder, un saber acompañado del necesario poder. Y el científico político (al igual que el sociólogo) *sabe* del poder, pero *no* tiene el poder (...) En el ámbito político quien tiene la teoría no tiene la práctica, es decir el poder de aplicarla. Aunque es ésta una situación anómala, no parece del todo injustificada. La diferencia en el caso de la ciencia política y el de las otras ciencias, responde a una profunda razón de ser: que las otras ciencias estudian cómo manipular *cosas*, mientras que la ciencia política encara la manipulación de *hombres*⁶.

En la medida en que la ciencia política representa toda una disciplina especializada del conocimiento social, no pretende constituirse en el saber «enciclopédico» que algunos esperan. La era de los «tratadistas» va dando paso cada vez más a la sobriedad y concisión en los análisis especializados. El politólogo observa la sociedad con la perspectiva de las relaciones de poder y en ello difiere del economista, cuya perspectiva o particular punto de vista está ubicado en el plano de las relaciones de producción.

Se trata, por consiguiente, de una ciencia en continuo proceso de construcción: las realidades políticas devienen politológi-

6 Giovanni Sartori, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984: 197 (El subrayado y paréntesis son del autor).

cas desde el momento en que el observador o analista interviene en su elaboración. El *homo politicus* concreto deviene *homo politologicus* abstracto, ya en el plano del conocimiento político. Y en ello la observación politológica se opone al sentido común, que se apoya en el conocimiento espontáneo, inmediato. Como en toda ciencia, la politología no se queda en las evidencias del conocimiento común —lo que piensa «todo el mundo»—, sino que su intervención se extiende más allá, hasta la construcción de su objeto de estudio, como lo previera Pierre Bourdieu en sus estudios epistemológicos sobre la creación sociológica⁷. El lenguaje ordinario es un lenguaje limitado, no es *lenguaje cognoscitivo*, afirmará Giovanni Sartori en sus observaciones sobre la lógica en la investigación de la política⁸.

La ciencia política también es una ciencia *crítica*, su objetivo será siempre el de esclarecer y explicar las estructuras de la dominación. El cientificismo acrítico de las pasadas décadas va siendo superado cada vez más en nuestros días con la constitución de una ciencia de intervención y crítica. Por consiguiente, no se concibe una ciencia política de nuestro tiempo cuya vocación no sea práctica. Íntimamente vinculada con la acción, se distingue de esta última, pero no llega a separarse de la misma. De aquí que el valor de sus proposiciones no reside solamente en el presupuesto de una coherencia teórica abstracta sino en las posibilidades que abre para su aplicación a la realidad. Se trata de un conocimiento aplicable, destinado a pasar la prueba de los hechos.

7 Me refiero a los trabajos introductorios de Pierre Bourdieu y sus colaboradores en su conocido texto *El oficio de sociólogo*, México, Siglo XXI, 1975. Los antecedentes de la epistemología de Bourdieu se encuentran en los planteamientos del filósofo de la ciencia francés Gastón Bachelard, particularmente su libro *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1979.

8 Giovanni Sartori, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984: 21.

La ciencia política contemporánea, como veremos más adelante, parece oscilar entre las exigencias del corto plazo —prioridades de la acción— y las indispensables del largo plazo —prioridades de la reflexión— dejando el mediano plazo o alcance como uno de los problemas metodológicos más importantes en el desarrollo de la investigación. De esta manera, la producción política de nuestros días está siempre vinculada con su contexto de construcción, llegando a una suerte de división de tareas, sea de acuerdo con la problemática dominante o bien con los objetivos particulares del investigador.

Así, la demanda oficial se inclinará regularmente hacia la producción de informes políticos coyunturales. Y el trabajo estructural corresponderá más bien a los intereses de los centros de investigación o departamentos universitarios más inclinados hacia la producción y acumulación de conocimientos.

2

LAS GRANDES VERTIENTES DE LA CIENCIA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA

La producción politológica en las últimas décadas posee un marcado carácter regional. Ello ha sido muy influyente a la hora de establecer la amplia gama de enfoques particulares y de las diversas opciones metodológicas que se le presentan al investigador. De este modo, las experiencias políticas locales han llegado a ser determinantes para el quehacer politológico, en el cual encontramos a menudo una considerable dosis de modas intelectuales.

Sin embargo, las dos escuelas teórico-sociales que han dominado la producción en el presente siglo, el marxismo y el funcionalismo, no parecen haber sido desplazadas de la discusión teórico-metodológica en los años recientes. Así, dos tipos de preocupaciones parecen dominar la práctica investigativa. Por una parte, las exigencias de la transformación social y los problemas del cambio terminaron por orientar a los investigadores hacia las así llamadas teorías del conflicto. Por otra parte, los requerimientos de la integración y estabilidad sociales y políticas han condicionado las orientaciones más recientes, explícitas o manifiestas, hacia las teorías y paradigmas analíticos más conservadores.

En todo caso, las preocupaciones metodológicas de fines del XIX —Max Weber, Durkheim y Pareto— influyeron significativamente en las generaciones de estudiosos e investigadores

hasta bien avanzado el siglo XX. Y en ello cabe señalar una neta tendencia de la ciencia política contemporánea hacia la construcción de una genuina *sociología de la política*, a tal punto que no faltan razones para preguntarse sobre la cuestión de saber dónde termina la sociología y dónde empieza la ciencia política.

Los pensadores modernos del análisis sociológico de la política, Maquiavelo, Montesquieu, Tocqueville, ya habían dejado abierto el camino para investigaciones más cercanas o concentradas en el fenómeno del poder¹. Tal esfuerzo es continuado con mayores impulsos en las últimas décadas. De aquí que las nuevas corrientes de la ciencia política actual, en la medida en que representan perspectivas o puntos de vista compartidos por amplios grupos de investigadores, resultan identificables a partir de trabajos muy influidos por el bagaje intelectual de corte sociológico. Asimismo, la necesidad de afinar los instrumentos metodológicos, conjuntamente con las experiencias recibidas de otras ciencias sociales, resultó crucial a la hora de distinguir las principales *vertientes* de la producción especializada en nuestros días.

A. LA VERTIENTE NORTEAMERICANA

Como disciplina autónoma y como profesión, la ciencia política actual alcanza sus mayores desarrollos en los Estados Unidos. Ello debido a su institucionalización como disciplina universitaria a principios del siglo XX. Es en la primera postguerra cuando la investigación política ya ocupa un vasto sector de la investigación social en su conjunto. Y esta práctica de la investigación logró reunir en su tiempo grandes recursos de los organismos

1 Véase de Nicolo de Maquiavelo, *El Príncipe*, Buenos Aires, Claridad, 1946 (ed. original, 1513). C. B. de Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, Buenos Aires, 1942 (ed. original, 1748). Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963 (ed. original, 1835-40).

oficiales y de las fundaciones privadas, derivando de ello un marcado carácter especializado de los principales centros y departamentos de investigación en las universidades. En tal sentido, la preocupación por el incremento de la «productividad» llegó a ser determinante en el desarrollo de una floreciente ciencia política norteamericana². En todo caso, hoy en día resultan identificables las tres corrientes de investigación predominantes:

Corriente empirista

Los trabajos de Paul F. Lazarsfeld, Bernard R. Berelson y M. Gaudet sobre las opciones políticas del votante norteamericano fueron muy influyentes en una suerte de consagración de un tipo de investigación basado en una extendida y creciente recolección de enormes cantidades de datos³. Los orígenes *conductistas* de la ciencia social norteamericana son en ello muy transparentes. Porque la preocupación por explicar lo observable en política, bajo la forma de datos cuantificados, llegará a ser absorbente, si no dominante, en los años cincuenta y sesenta. Ello está en el origen de argumentos extendidos sobre la vigencia de un «empirismo congénito» entre los investigadores norteamericanos.

A medida que avanza la práctica empirista de la investigación las reacciones no se hicieron esperar. Los innegables excesos de esta corriente de investigación, como el de la así denomina-

2 Sobre el «*status*» de la ciencia política en los Estados Unidos se encuentra interesante información en el libro de Albert Somit y Joseph Tanenhaus, *American Political Science. A Profil of a Discipline*, New York, New York University Press, 1964. Ada, W. Finiter, *Political Science. The State of the Discipline*, Washington, American Political Association. Una aproximación crítica en David M. Ricci, *The Tragedy of Political Science. Politics, Scholarship, and Democracy*, New Haven and London, Yale University Press, 1984.

3 Véase Paul F. Lazarsfeld, Bernard R. Berelson y William N. McPhee, *Voting. A Study of Opinion Formation in a Presidential Campaign*, Chicago, University of Chicago Press, 1954.

da «cuantofrenia», señalada por Pitirim Sorokin en un conocido texto⁴, desviaron un tanto la investigación sociológica y política de las cuestiones esenciales⁵.

Una actitud de rechazo hacia la investigación fundamental, demasiado proclive a la especulación valorativa según los empiristas y, en su lugar, cultivo de la «investigación aplicada», caracteriza a la producción global en esta corriente. Pero hay más, el método *survey* y los *case studies* llegan a convertirse en los modelos privilegiados de la investigación política. La producción de naturaleza empirista es presentada bajo la forma de monografías con objetivos bastante limitados. No extrañan entonces las observaciones de Klaus von Beyme sobre el hecho de que «los empíricos, que han alcanzado prestigio como organizadores de bancos de datos y de grandes equipos de investigación, manifiestan una profunda *aversión contra las visiones de conjunto* (...). El régimen de reuniones y congresos de la élite de empíricos que dependen de la colaboración internacional favorece la publicación de *papers* que con ligeras modificaciones aplican el mismo método a una materia semejante en los temas de los congresos, acumulando sin cesar nuevos detalles cuantificados»⁶.

4 Pitirim Sorokin, *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*, Madrid, Aguilar, 1964: 142-144.

5 Como ejemplos ilustrativos de esta corriente, véase de Floyd Hunter, *Community Power Structure*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1959. También las contribuciones reunidas en A. Kornhauser (ed.), *Problems of power in American Democracy*, Wayne University Press, 1957.

6 Klaus von Beyme, *Teorías políticas contemporáneas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1977: 144-145 (el subrayado es del autor). Todo parece indicar que fue más bien el *publish or perish* el factor desencadenante de la profusión y multiplicidad de trabajos empiristas en el ámbito académico norteamericano. A ello se debe la gran cantidad de publicaciones sobre los más diversos temas que, a la final, no constituyeron ningún aporte cualitativo a la investigación, ni mucho menos a la necesaria acumulación de conocimientos. Sobre esto véase Stanislav Andreski, *Las ciencias sociales como forma de brujería*, Madrid, Taurus, 1973: 227-280. Heinz Eulau, *The Behavioral Persuasion in Politics*, New York, Random House, 1963.

De aquí que no faltan razones para afirmar el hecho de que los investigadores empiristas siempre favorecieron la publicación de una inmensa literatura, cuya relevancia, a la hora de los balances, resultó bastante efímera: su duración va a la par con el tiempo en que se renuevan las encuestas, los tests personales, las entrevistas, y esto en un nivel relativamente bajo de confiabilidad. Refiriéndose a esta limitante del empirismo, el reconocido profesor de Yale, Robert A. Dahl, no encontró inconveniente alguno para observar el hecho de que,

gran parte del conocimiento político es precientífico o de carácter no científico; con frecuencia es preciso recurrir a las nociones de sentido común predominantes (con plena conciencia de que el sentido común de una generación es considerado por la siguiente, a menudo, como tonterías pueriles). Con frecuencia debe uno basarse también en inferencias extraídas de un cuerpo de experiencias lamentablemente limitado y no analizado⁷.

La propensión empirista también parece más motivada por intereses burocráticos —búsqueda de recursos— resultando a veces, como en el caso norteamericano, una imposición política más que académica. El empirismo, en suma, consiste en la más evidente dimisión frente a la ciencia. De aquí que en los mismos Estados Unidos otra corriente politológica haya tratado de superar esta muy extendida «abdicación hiperfactualista».

7 Robert A. Dahl, *Análisis político moderno*, Barcelona, Fontanella, 1976: 99. Refiriéndose al ambiente empirista de la investigación en ciencia política en los Estados Unidos, Richard J. Bernstein observó: «Dada la estructura plural de la universidad norteamericana moderna, donde han solido tolerarse los enfoques diferentes, casi todos los departamentos respetables de ciencia social tienen su lugar para un «teórico» por lo menos. Pero ello suele referirse a una persona que tiene un curioso interés de anticuario o historiador, cuya función primordial es la enseñanza de los clásicos del campo». Richard J. Bernstein, *La reestructuración de la teoría social y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982: 40 (el subrayado es mío).

Corriente formalista

Paulatina y paralelamente a la práctica empirista fue tomando cuerpo, tanto en la academia como en la universidad, aquello que Charles Wright Mills identificó como la «gran teoría» en los estudios sociológicos, originalmente debido al alto impacto e influencia de los trabajos pioneros de Talcott Parsons en la sociología norteamericana⁸. Asimismo, los estudios politológicos de David Easton (análisis sistémico) y de Karl Deutsch (modelo cibernético) deben destacarse entre los más representativos de esta tendencia⁹. Como en el caso de Parsons en la sociología, el politólogo canadiense David Easton se propuso establecer las bases de lo que, según él, habría de constituirse en una «teoría general del sistema político». Su modelo de análisis conceptual, basado en la «caja negra» de los estudios económicos, consiste en una analogía con un sistema cibernético que funciona como circuito cerrado (*inputs y outputs*), encargándose de responder a los estímulos provenientes de su entorno (social). En su tiempo, algunos consideraron este «descubrimiento» como la más grande performance técnica después de la lógica aristotélica¹⁰.

En realidad, este modelo, un tanto sofisticado y simplificador, no proponía otra cosa que la de retener unas cuantas variables tomadas arbitrariamente de entre el inmenso número de

8 Véase de Talcott Parsons, *El sistema social*, Madrid, Revista de Occidente, 1962 (ed. original, 1951); *Ensayos de teoría sociológica*, Buenos Aires, Paidós, 1967.

9 Véase de David Easton, *Política moderna. Un estudio sobre la situación de la ciencia política*, México, Letras, 1956; *A system analysis of political life*, New York, John Wiley & Sons, 1965 y *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969. De Karl Deutsch, *Los nervios del gobierno, Modelos de comunicación y control políticos*, Buenos Aires, Paidós, 1969 (ed. original, 1961) y *Política y gobierno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

10 Cf. Jean-Pierre Cot y Jean-Pierre Mounier, *Sociología política*, Barcelona, Blume, 1978: 203.

variables de la vida política, reduciendo en la práctica su valor heurístico u operacional en el plano de la explicación propuesta. Y es que una tal simplificación demanda en el desarrollo de la investigación un alto grado de abstracción, convirtiendo al modelo en prácticamente inaplicable en el espacio de la proyección y explicación propuestas.

Otro tanto ocurrió con el modelo cibernético de Karl Deutsch. Y ello a tal punto que este autor, al parecer, renunció a sus propias ambiciones teóricas en uno de sus últimos libros: su teoría de «los nervios del gobierno» —muy conocida y discutida en su tiempo— no parece haberle servido mucho en su posterior análisis comparativo de los sistemas políticos¹¹.

Los objetivos de la «gran teoría» en la ciencia política norteamericana parecen hoy evidentes. Preocupada por la estabilidad y equilibrio de los sistemas políticos, desde el momento en que sus modelos formales ponían el énfasis en el mantenimiento del orden social y político, terminaron promoviendo decididamente una política pública de neutralización de los conflictos. De aquí que su explícito desentendimiento del Estado, como la forma de poder preponderante en las sociedades contemporáneas, al parecer obedecía más a un juicio de valor del investigador que a una preocupación genuinamente científica¹². En este sentido, las investigaciones políticas especializadas de corte formalista se negaron por principio al abordaje de los problemas derivados de la desigual distribución del poder, o de la particular estructura de la dominación. De aquí que tales esfuerzos de formalización hayan sido considerados por observadores críticos, desde el ámbito

11 Cf. Karl Deutsch, *Política y gobierno*, *op. cit.*: 16-17. Son siete años los que separan este trabajo de aquel donde presentara su modelo cibernético.

12 Según Easton, el concepto de Estado no es un concepto que sirva significativamente a la investigación política. Y en el citado manual de Deutsch, el Estado solo aparece como referencia exclusivamente geográfica.

européico de la disciplina, como parte integrante de «una ideología de camuflaje, un opio de los sociólogos»¹³.

Corriente ecléctica

Sin los excesos del formalismo y sin caer en el reduccionismo empirista, surge a fines de los cincuenta un movimiento ecléctico, cuyo objetivo no es otro que el de alcanzar la sistematización de los datos empíricos obtenidos a partir de las investigaciones de campo. Se trata entonces de un tímido esfuerzo por romper con las orientaciones predominantes del empirismo y formalismo, en el espacio de una práctica investigativa, más identificada con una naciente ciencia política comparativa.

Tomando del análisis estructural-funcional ciertos elementos claves, se trató entonces de llegar a la proposición de esquemas válidos para el análisis político comparado. Así nace la conocida «escuela del *desarrollo político*», bajo el impulso de autores de la talla de Gabriel A. Almond, Bingham G. Powell, Sidney Verba, David Apter y Lucien Pye, entre los más representativos de la tendencia¹⁴. Hoy en día ha podido advertirse el hecho de que los esquemas «desarrollistas» propuestos venían cargados de un innegable reduccionismo etnocéntrico. Muy influidos por una visión etnocentrista del desarrollo político de los países «atrasados», los fenómenos de la participación y socialización política, tanto como la modernización estructural y la movilización social,

13 Maurice Duverger, *Sociología de la política*, Barcelona, Ariel, 1975: 321.

14 Véase de Gabriel A. Almond y Bingham G. Powell, *Política comparada*, Buenos Aires, Paidós, 1972. Gabriel A. Almond y Sidney S. Verba, *La cultura cívica*, Madrid, Euroamérica, 1970. David Apter, *Política de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1972; *Una teoría política del desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974. Lucien Pye, *Politics, Personality and Nation Building*, New Haven, Yale University Press, 1962. Véase también Douglas Rae, *The Political Consequences of Electoral Laws*, New Haven, Yale University Press, 1967.

eran asumidos y analizados a la luz del modelo norteamericano de desarrollo.

Una variante de esta tendencia la encontramos en los trabajos pioneros e influyentes de Seymour Martin Lipset, Stein Rokkan, Harold D. Lasswell, Abraham Kaplan, Robert A. Dahl, Anthony Downs, Samuel P. Huntington, Mancur Olson, Samuel J. Endersveld y Edward Shils¹⁵. Y si bien es cierto que en los trabajos de estos autores, con frecuencia, el esfuerzo de teorización se queda en medio camino (*teorías de alcance medio*), las hipótesis y tipologías planteadas no se apartan significativamente de las concepciones behavioristas de las relaciones sociales. En ello, una buena dosis de empirismo viene acompañada de esquemas y proposiciones teóricas que, sin las pretensiones generalizadoras, que caracterizan a los formalistas, tratan de romper hasta cierto punto con el dilema investigación fundamental/investigación aplicada.

15 Véase el libro clásico de Seymour M. Lipset, *El hombre político. Las bases sociales de la política*, Buenos Aires, Eudeba, 1963. También el muy influyente libro de Harold D. Lasswell, *Politics. Who Gets What, When, and How?*, New York, McGraw Hill, 1936. Harold Lasswell y Abraham Kaplan, *Power and Society: A Framework for Political Inquiry*, New Haven, Yale University Press, 1950. Daniel Bell, *El fin de las ideologías*, Madrid, Tecnos, 1964. Robert A. Dahl, *La poliarquía, participación y oposición*, Guadiana Ediciones, 1974. Samuel P. Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1972. Sigmund Neumann (comp.), *Partidos políticos modernos*, Madrid, Tecnos, 1975. Mancur Olson, *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory Groups*, Cambridge, Harvard University Press, 1971. Anthony Downs, *Teoría económica de la democracia*, Madrid, Aguilar, 1973. Samuel J. Endersveld, *Political Parties: A Behavioral Analysis*, Chicago, Rand McNally, 1964. Edward Shils, *Center and Periphery*, Chicago, The University of Chicago Press, 1975. Richard E. Neustadt, *El poder presidencial*, México, Limusa, 1966. Joseph La Palombara y Myron Weiner (comps.), *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1966.

Es innegable que esta corriente se ha impuesto en la época reciente, pero han sido sus limitaciones explicativas las que impiden su maduración. Así, las apariencias objetivas del análisis encubren una ideología liberal principista que no se detiene ante las realidades de la dominación política. La democracia, la organización política, la participación, son tomadas como objeto de investigación a partir de sus apariencias empíricas —según la experiencia política estadounidense— y trasladadas al terreno de la generalización conceptual. Ello conduce a una mistificación del consenso social, planteado como meta del progreso social y político, y hasta reduce sus posibilidades heurísticas, cayendo en la promoción de un *orden político*, presentado como la cima a alcanzar para las sociedades «en vías de desarrollo».

Corriente radical

Ocupando una posición marginal y bajo la influencia de una emergente sociología crítica aparecen ciertas conceptualizaciones radicales de la política¹⁶. Para unos, «la renovación de la sociología es, desde luego, un aspecto de la reconstrucción de la sociedad»¹⁷. Para otros, toda sociología —la ciencia política allí incluida—, debe adherir a los valores de la razón y la libertad, dirigiendo su trabajo hacia tres tipos de actores sociales y políticos: en primer lugar, hacia los que detentan el poder; en segundo lugar, hacia aquellos cuyos actos son decisivos para la sociedad pero que parecen ignorarlo y, en fin hacia aquellos que, desprovistos de poder, su conciencia no está suficientemente formada para actuar. «Todos los investigadores sociales, por el hecho de existir —ob-

16 Véase, por ejemplo, el conocido libro de Norman Birnbaum, *Hacia una sociología crítica*, Barcelona, Península, 1974. También Reinhard Bendix, *La razón fortificada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

17 Alvin Gouldner, *La sociología actual: renovación y crítica*, Madrid, Alianza, 1979: 85.

servó Charles Wright Mills— están complicados en la lucha entre ilustración y oscurantismo. En un mundo como el nuestro, *practicar la ciencia social es, ante todo, practicar la política de la verdad*¹⁸.

En esta corriente de investigación, resulta decisivo el esfuerzo por intervenir en la vida política, representando el resorte fundamental de su orientación teórico-metodológica. Asimismo, una crítica radical a las corrientes dominantes de la investigación social y política viene acompañada o se complementa en los escritos radicales con una crítica al sistema de poder estadounidense. De este modo, la crítica a la burocratización de la investigación social y política y la desmitificación de la pretendida «neutralidad científica» de la investigación especializada van unidas al estudio de los problemas de la estructura de poder (Charles W. Mills y William Domhoff), de la organización tecnocrática de la sociedad (Alvin Gouldner), de las ideologías dominantes (Irving L. Horowitz) y de los fundamentos de la organización democrática (Barrington Moore). Y en este sentido, entre los sociólogos radicales se busca ante todo la creación de una «nueva sociología», más comprometida con la necesaria transformación de la sociedad¹⁹.

Pero esta sociología radical, si bien influyente en sus comienzos, sigue siendo marginal en nuestros días, a tal punto que

18 Charles W. Mills, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957: 190 (el subrayado es mío).

19 Véase de Charles W. Mills, *La élite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957 y *Poder, política y pueblo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964. William Domhoff ¿*Quién gobierna los Estados Unidos?*, México, Siglo XXI, 1979. Alvin Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973; *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Madrid, Alianza, 1979; *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, Madrid, Alianza, 1976. Irving Louis Horowitz, *Fundamentos de sociología política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977. Barrington Moore Jr., *Poder político y teoría social*, Barcelona, Anagrama, 1970; *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Península, 1973.

algunos de sus cultivadores se niegan a identificarse como *políticos* en el espacio de la investigación social, particularmente dentro de la organización de la ciencia política estadounidense.

B. LA VERTIENTE EUROPEA

La tradición humanística europea marca la nueva ciencia política europea desde sus comienzos. Aquí la conceptualización se impone sobre la tentación empirista, proveniente de la investigación norteamericana. El carácter «nacional» de algunas «escuelas» sociológicas —alemana, francesa, británica e italiana— es también decisivo a la hora de realizar un balance provisional.

Corriente clásica

Con el apoyo de una sólida reflexión filosófica, la ciencia política clásica se orienta hacia una conceptualización normativa de la política. La ciencia política se presenta como pensamiento político o en ciertos casos como una «historia de las ideas o las instituciones». Tal vez fue la búsqueda del «deber ser» la que contrarrestó la aparición de análisis más positivos²⁰. El normativismo también aparece en las investigaciones políticas de corte jurídi-

20 Véase de Bertrand de Jouvenel, *El poder. Historia natural de su crecimiento*, Madrid, Editora Nacional, 1956; *La teoría pura de la política*, Madrid, Revista de Occidente, 1965. Bertrand Russell, *El poder en los hombres y en los pueblos*, Buenos Aires, Losada, 1939. Jean-Jacques Chevalier, *Histoire de la pensée politique*, 2 vol. París, Payot, 1979. Léo Strauss, *Political Philosophy: Six Essays*, New York, 1975. Issaiah Berlin, *Contra la corriente. Ensayos de historia de las ideas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983. Julien Freund, *L'essence du politique*, París, Seuil, 1972. C.B. Macpherson, *La teoría política del individualismo posesivo*, Barcelona, Fontanella, 1970. John Plamenatz, *La ideología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

co²¹, aunque su impacto es menor en la producción filosófico-política reciente, dando paso a ensayos que incorporan elementos más sociológicos²².

Aquí cabe mencionar particularmente la influencia de la obra de Raymond Aron, quien, habiéndose iniciado en la filosofía, realiza valiosas contribuciones a una sociología política en formación²³.

Corriente sociológica

Del encuentro de la filosofía política con la tradición sociológica de fines del XIX —Emile Durkheim, Max Weber y Ferdinand Tönnies— y de principios del XX —Robert Michels, Moisei Ostrogorski y Karl Mannheim— surge una orientación teórico-metodológica decisiva para el progreso de la ciencia política europea²⁴. Esta se hace cada vez más sociológica hasta convertirse en

-
- 21 Véase de Georges Burdeau, *Traité de Science Politique*, 10 vol., París, L.G.D.J., 1942-1979; *La politique au pays des merveilles*, París, Presses Universitaires de France, 1979. Blandine Barret-Kriegel, *L'État et les esclaves*, París, Calmann Lévy, 1979.
- 22 Véase de François Châtelet, Evelyne Pisier-Kouchner, *Les conceptions politiques du XXe. siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1981. También de Pierre Ansart, *Idéologies, conflits et pouvoir*, París, Presses Universitaires de France, 1977. Herman S. Finer, *Teoría y práctica del gobierno moderno*, Madrid, Tecnos, 1964. John Dunn, *La teoría política de Occidente ante el futuro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981. Reinhard Kuhn, *Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués*, Barcelona, Fontanella, 1982.
- 23 Véase de Raymond Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico*, 2 vol., Buenos Aires, Siglo Veinte, 1976; *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, Barcelona, Seix Barral, 1964; *Paz y guerra entre las naciones*, 2 vol., Madrid, Alianza, 1982.
- 24 Entre las obras sociológicas de fin de siglo XIX, con mayor influencia en la ciencia política actual, encontramos: Emile Durkheim, *Lecciones de sociología*, Buenos Aires, La Pléyade, 1974; *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Akal, 1978. Max Weber, *Economía y sociedad*, 2 vol., México, Fondo de Cultura Económica, 1968; *La ética protestante*

una disciplina investigativa que toma cuerpo en los años cincuenta, afirmándose ya en los sesenta. Particularmente en Francia e Inglaterra, la ruptura con la filosofía política es más evidente. Tanto en el plano de la metodología como en el de las proposiciones teóricas, la nueva ciencia política será cada vez más sociología política. Encontramos en ello una voluntad explícita de vincular la ciencia política con la sociología²⁵.

en el espíritu del capitalismo, Barcelona, Península, 1969. Ferdinand Tönnies, *Comunidad y asociación*, Barcelona, Península, 1979. Robert Michels, *Los partidos políticos*, 2 vol., Buenos Aires, Amorrortu, 1969. Moisei Ostrogorski, *Le démocratie et l'organisation des partis politiques*, 2 vol., París, Calmann-Lévy, 1903. Karl Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, México, Aguilar, 1958.

- 25 Tenemos, en Francia, Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957; *Sociología política*, Barcelona, Ariel, 1970; *Sociología de la política*, Barcelona, Ariel, 1975. Jean Meynaud, *Introducción a la ciencia política*, Madrid, Tecnos, 1964; *Los grupos de presión*, Buenos Aires, Eudeba, 1969; Michel Crozier, *El fenómeno burocrático*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969. George Lavau, *Partis politiques et réalités sociales*, París, Armand Colin, 1953. Jean-William Lapierre, *El análisis de los sistemas políticos*, Barcelona, Península, 1976. Mattei Dogan y Dominique Pellassi, *Sociologie politique comparative*, París, Economica, 1982. En Inglaterra, Bernard Crick, *In Defence of Politics*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1962. W.J.M. Mackenzie, *Política y ciencia social*, Madrid, Aguilar, 1972. W.G. Runciman, *Ensayos: sociología y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976. Jean Blondel, *Introducción al estudio comparativo de los gobiernos*, Madrid, Revista de Occidente, 1972. Adrian Leftwich (ed.), *What is Politics?*, Oxford, Basil Blackwell, 1984. En Alemania, Klaus von Beyme, *Teorías políticas contemporáneas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1977. Kurt Lenk y Franz Neumann (eds.), *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Barcelona, Anagrama, 1980. Wolfgang Abendroth y Kurt Lenk, *Introducción a la ciencia política*, Barcelona, Anagrama, 1971. Axel Görlitz (dir.), *Diccionario de ciencia política*, Madrid, Alianza, 1980. En Italia, Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza Universidad, 1980; *La política. Lógica y método de las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. Umberto Cerroni, *Introducción*

Hay en ello innegables influencias del formalismo y eclecticismo norteamericanos. Pero también la ciencia política comienza a interesarse en los aportes de otras disciplinas como la antropología social, la psicología social, etc., estableciendo un diálogo permanente con las mismas, reuniéndose desde entonces los elementos básicos para la construcción de una antropología política y una psicología política²⁶.

En el desarrollo de las investigaciones sociológicas también se produce una confluencia evidente entre el interés del sociólogo con las preocupaciones más orientadas hacia la explicación especializada de la política. Es el caso de las aportaciones seminales de Alain Touraine y Anthony Giddens²⁷. De este modo, la ciencia política de corte sociológico comienza por abordar los problemas de la democracia, los partidos políticos, los grupos de presión, la autoridad, la burocracia y, en fin, las ideologías políticas, con renovados enfoques, que incorporan nuevos conceptos y categorías de análisis. Quedaban así demarcadas las «fronteras» de una especialización politológica al interior de la sociología o ciencia de la sociedad.

al pensamiento político, México, Siglo XXI, 1971. En España, Pablo Lucas Verdú, *Principios de Ciencia Política*, 3 vol., Madrid, Tecnos, 1973. Francisco Murillo Ferrol, *Estudios de sociología política*, Madrid, Tecnos, 1974. Manuel Ramírez Jiménez, *Supuestos actuales de la ciencia política*, Madrid, Edicusa, 1970. Manuel García Pelayo, *Las transformaciones del Estado contemporáneo*, Madrid, Alianza, 1977.

26 Véase de Georges Balandier, *Antropología política*, Barcelona, Península, 1974. François Bourricaud, *Le bricolage idéologique. Essai sur les intellectuels et les passions démocratiques*, Paris, Presses Universitaires de France, 1980. Serge Moscovici, *Psicologie des minorités actives*, Paris, Presses Universitaires de France, 1979. Alain Lancelot, *Les attitudes politiques*, Paris, Presses Universitaires de France, 1974.

27 Véase de Alain Touraine, *Sociología de la acción*, Barcelona, Ariel, 1969; *Las sociedades dependientes, Ensayos sobre América Latina*, México, Siglo XXI, 1978. Anthony Giddens, *The Constitution of Society*, Cambridge, Polity Press, 1984; *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Labor, 1977; *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza, 1979.

La nueva sociología política

La joven generación de la ciencia política europea profundiza el análisis sociológico desde una perspectiva crítica, dejando atrás las influencias de la corriente clásica, caracterizada por determinadas tendencias ideológicas. Se busca ante todo analizar críticamente las estructuras del poder político, reactualizando los estudios sociológicos del Estado. Y en un plano más metodológico, las estrategias de investigación se dirigen hacia el inventario, provisional ciertamente, de las metodologías propuestas hasta entonces para el análisis sociológico de la política²⁸. Esta corriente innovadora en más de un sentido tuvo el valor de consolidar el carácter crítico de la nueva ciencia política. Y en ello se vincula hasta cierto punto con la perspectiva radical en los Estados

28 Véase en Francia, Pierre Birnbaum, *La fin du politique*, Paris, Seuil, 1974; *Logique de L'État*, Paris, Fayard, 1982. Pierre Birnbaum y Bertrand Badie, *Sociologie de L'État*, Paris, Grasset, 1979. Jean-Pierre Cot y Jean-Pierre Mounier, *Sociología política*, Barcelona, Blume, 1978. Roger-Gérard Schwartzemberg, *Sociologie politique*, Paris, Montchrestien, 1974; *L'État spectacle, Essai sur et contre le star system en politique*, Paris, Flammarion, 1977. Pierre Clastres, *La sociedad contra el Estado*, Caracas, Monte Avila, 1978. Jean Ziegler, *Retournez les fusils. Manuel de sociologie d'opposition*, Paris, Seuil, 1980. Daniel Gaxie, *Le cens caché. Inégalités culturelles et ségrégation politique*, Paris, Seuil, 1978. Daniel Bertaux, *Destins personnels et structure de classe. Pour une critique de l'anthroponomie politique*, Paris, Presses Universitaires de France, 1977. En Inglaterra, Tom B. Bottomore, *Minorías selectas y sociedad*, Madrid, Peninsula, 1967; *Political Sociology*, Londres, Harper and Row, 1979. Steve Luckes, *Power: A Radical View*, Londres, Allan Lane, 1973. En Alemania, Klaus von Beyme, *Teorías políticas contemporáneas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1977. En Holanda, Arend Lijphart, *Democracy in Plural Societies. A Comparative Exploration*, New Haven, Yale University Press. En España, Ramón García Cotarelo, *Introducción a la teoría del Estado*, Barcelona, Teide, 1983. Javier Pérez Royo, *Introducción a la teoría del Estado*, Barcelona, Blume, 1980. Pedro de Vega, *Teoría y práctica de los partidos políticos*, Madrid, Edicusa, 1978.

Unidos. La incorporación de materiales históricos y antropológicos enriquece las nuevas hipótesis que, a la larga, se revelarán fecundas para la investigación. Y todo ello en momentos en que la búsqueda de la interdisciplinariedad parece imponerse en casi todas las ciencias sociales.

También es evidente dentro de esta orientación un mayor compromiso de la investigación con las luchas sociales de nuevo tipo: movimientos ecológicos, pacifistas y libertarios europeos. Asimismo, es preciso destacar el hecho de que la concepción de una ciencia política al servicio del hombre y de una sociología política consecuente con sus objetivos hacen prever para los próximos años el surgimiento y consolidación de una producción significativa para el destino de la investigación política especializada.

C. LA VERTIENTE NEOMARXISTA

Si bien es cierto que en la obra de los fundadores del marxismo no encontramos una ciencia política sistemática, contamos hoy en día con suficientes elaboraciones que, recogiendo y reconstruyendo algunas hipótesis de Marx y Engels, se han propuesto la conformación de una genuina ciencia política marxista. De acuerdo con Ralph Miliband,

ninguna de las grandes figuras del marxismo clásico, con la excepción parcial de Gramsci, intentó jamás o, lo que es igual, sintió jamás la necesidad de intentar escribir un «tratado político». Por el momento habrá que decir que esta falta de teorización política sistemática significa que será preciso construir o reconstruir una política marxista partir de la masa de materiales dispersos y fragmentarios que constituyen el corpus del marxismo²⁹.

29 Ralph Miliband, *Marxismo y política*, Madrid, Siglo XXI, 1978: 6; «Réplica a Nicos Poulatzas» en Robin Blackburn (ed.), *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

Pero, esta ausencia también tiene que ver con una clara orientación marxista del pasado, que vivía bajo la influencia de concepciones economicistas de la realidad social, predominantes en el siglo XIX. De aquí que autores como Umberto Cerroni lleguen a sostener aquello que parece hoy en día una verdad inobjetable.

Cuando afirmamos que en el pasado hemos carecido sustancialmente de una ciencia política marxista, —observa el politólogo italiano— no queremos decir con ello que dicha ciencia sea teóricamente imposible. Al contrario nos lamentamos precisamente por el hecho de que ésta no haya atraído —como hubiese debido hacerlo— la atención del movimiento y de los estudiosos de inspiración marxista. En las raíces de esta despreocupación ha habido *una tendencia política y cultural que, durante demasiado tiempo, ha hecho concesiones injustificadas al economicismo*³⁰.

La superación de esta forma de reduccionismo va a la par con otra de las simplificaciones de la teoría política marxista: aquella que radicaba en la conocida distinción entre la *base* y la *superestructura* de la realidad social. Así, de acuerdo con Nicos Poulantzas:

La imagen constructiva de la base y de la «superestructura» —de uso puramente descriptivo, que permite visualizar de alguna manera el papel determinante de lo económico— no solo no puede convenir a una representación correcta de la articulación de la realidad social y, por consiguiente, de ese papel determinante, sino que *a la larga se ha revelado desastrosa en más de un aspecto. Es indudable que desconfiar de esa imagen solo puede reportar ventajas...*³¹.

30 Umberto Cerroni, *Problemas de la transición al socialismo*, Barcelona, Grijalbo, 1969: 99 (el subrayado es mío).

31 Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979: 11 (el subrayado es mío); *Repères. Hier et aujourd'hui. Textes sur l'État*, Paris, Maspero, 1980.

Esta posición corresponde a autores que, continuando dentro de la perspectiva teórica del materialismo histórico, fundamentaron un nuevo tipo de aproximación a las realidades políticas. Se dan tres elementos significativos en la evolución teórico-metodológica de la teoría marxista, que permiten en nuestros días la construcción de una ciencia política neomarxista.

- En primer lugar, *el resurgimiento en el plano teórico y político de las tesis de Antonio Gramsci*. Ello se produce en la década de los setenta, sirviendo de apoyo político a las revisiones propuestas por el movimiento eurocomunista. En la medida en que las tesis gramscianas constituyen una reformulación de la teoría política marxista³², el esfuerzo y reflexión, que caracterizan decisivamente en los años recientes al trabajo intelectual adelantado, dentro del llamado neomarxismo, desembocó en la formulación de trabajos que llegarían a ser muy influyentes en la sociología política de la segunda mitad del siglo XX³³.
- En segundo lugar, la así llamada «*revolución teórica*» de *Louis Althusser*. Los escritos de Louis Althusser replantean un buen número de tesis consagradas del marxismo clásico. Refiriéndose a la obra de Marx y Engels, Althusser afirma: «esta teoría permanece como el mapa de África

32 Véase de Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972; *Ecrits politiques*, 2 vol. Paris, Gallimard, 1974-76 y *Antología* (traducción y notas de Manuel Sacristán), México, Siglo XXI, 1979.

33 Véase María A. Macciocchi, *Gramsci y la revolución de Occidente*, México, Siglo XXI, 1975. También Hugues Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, México, Siglo XXI, 1973. Christine Buci-Gluckmann, *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1978. Perry Anderson, *Sur Gramsci*, París, Maspero, 1978; *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979. Alessandro Pizzorno *et al.*, *Gramsci y las ciencias sociales*, México, Cuadernos de pasado y presente, 1970.

antes de las grandes exploraciones, un dominio reconocido en sus contornos, en sus grandes cadenas y en sus grandes ríos, pero con frecuencia a excepción de algunas regiones bien dibujadas, desconocido en sus detalles»³⁴. De la relectura de Marx propuesta por Althusser surgen nuevos planteamientos, como los que desarrolló Nicos Poulantzas a lo largo de todos sus trabajos³⁵ y, en fin,

- En tercer lugar, ***la superación del economicismo***. De las insuficiencias de la explicación economicista surge la necesidad de replantear el análisis político sobre bases operativas más autónomas. En su último libro, Charles Bettelheim se encuentra ante la necesidad de rectificar sus posiciones precedentes:

Si en 1962-1967 no enuncié las formulaciones que expongo ahora —afirma el historiador y economista— fue porque estaba fuertemente influenciado por una cierta concepción del «marxismo» que ha dominado ampliamente en Europa y que consiste en una forma particular de lo que Lenin denominó «economicismo» (...) La tesis de la primacía de las fuerzas productivas impide aplicar rigurosamente los conceptos del materialismo histórico y abre el camino a las falsas formulaciones políticas³⁶.

34 Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, (traducción de Martha Harnecker), Buenos Aires, Siglo XXI, 1968: 93-94 y *Posiciones*, México, Grijalbo, 1977.

35 Véase de Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1969; *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1971; *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI, 1976; *El Estado, el poder y el socialismo*, *op. cit.*

36 Charles Bettelheim, *Las luchas de clase en la U.R.S.S. Primer período (1917-1923)*, México, Siglo XXI, 1976: 8 y 17. Véase también, Paul Sweezy y Paul Baran, *El capital monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de los Estados Unidos*, México, Siglo XXI, 1976. Samir Amin, *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del ca-*

Encontramos en la vertiente neomarxista dos principales orientaciones:

La autonomía relativa de la política

Aquí se parte del estudio de la política en el Estado capitalista actual. Tomando este último como la expresión histórica de una relación de fuerzas sociales, se pone énfasis en su carácter histórico y en la *autonomía relativa* de los aparatos del Estado en relación con las demás instancias de la vida social. En esto es preciso destacar el hecho de que la concepción de las clases sociales es problematizada como el elemento clave para la explicación de la política en las formaciones sociales del capitalismo de hoy³⁷. En esta perspectiva, las funciones del Estado no se reducen a su intervención en la instancia económica, sino que consisten principalmente en acciones tendientes a garantizar la cohesión de la sociedad. Porque si el Estado capitalista no poseyera esta *autonomía relativa*, carecería de la capacidad para cumplir tales funciones. La institucionalización del poder en el Estado capitalista se abordará y estudiará desde entonces con una perspectiva

pitalismo periférico, Barcelona, Fontanella, 1974; *Clases y naciones en el materialismo histórico*, Barcelona, Iniciativas Editoriales, 1979. Henry Lefebvre, *Sociología de Marx*, Barcelona, Península, 1969. Leszek Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo*, 3 vol., Madrid, Alianza, 1980. François Châtelet *et al.*, *Los marxistas y la política*, 3 vol., Madrid, Taurus, 1976. Manuel Sacristán, *Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales*, Barcelona, Icaria, 1983. Stanley Moore, *Crítica de la democracia capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1974.

37 Véase los trabajos de Nicos Poulantzas citados más arriba (No. 35). También Ralph Miliband, *El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI, 1970. Umberto Cerroni, *Teoría política y socialismo*, México, ERA, 1976. Bob Jessop, *The Capitalist State*, Oxford, Martin Robertson, 1982; Göran Thernborn, *¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el socialismo y el capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979; *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

sociológica, lo que implica una continua referencia al mundo de las clases sociales.

En este sentido, las concepciones instrumentalistas del Estado, típicas del marxismo ortodoxo o clásico, dan paso a concepciones más cercanas a la realidad: la economía política pasa a convertirse cada vez más en una sociología política.

Corriente crítico-ideológica

Los trabajos de Karl Korsch y George Luckács sobre la filosofía marxista, a principios de siglo, abren pistas de trabajo y perspectivas en el neomarxismo, que revisten gran importancia para la ciencia política neomarxista³⁸. Encontramos en la obra de estos dos autores un enfrentamiento crucial con los rasgos objetivistas de la filosofía de la historia de Marx. Aquí el marxismo se presenta como crítica social, tanto en el plano teórico como en el de la práctica. Particularmente, los primeros avances teóricos de los integrantes de la «Escuela de Frankfurt» ponían el énfasis en el carácter insoluble de la relación Estado y Sociedad. De aquí que, como en el Marx original, se insistía en una ciencia unitaria de la sociedad. Asimismo, el problema de la alienación del capitalismo tardío es profundizado bajo una perspectiva neohegeliana, que va más allá de las propuestas básicas de Marx y Engels³⁹.

Esta perspectiva crítica, muy influyente en la sociología política de la primera mitad del siglo XX, fue incorporada sustancialmente al campo de la ciencia política occidental por varios investigadores, en la medida en que se asume el hecho de que

38 Véase de Karl Korsch, *Karl Marx*, Barcelona, Ariel, 1975; *Marxismo y filosofía*, Barcelona, Ariel, 1980. George Luckacs, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969.

39 Véase Theodore W. Adorno y Max Horkheimer, *Sociología*, Madrid, Taurus, 1966; *La función de las ideologías*, Madrid, Taurus, 1966. Jürgen Habermas, *Teoría y Praxis*, Buenos Aires, Sur, 1968; *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus, 1982.

«el carácter de ciencia crítico-práctica de las estructuras y de los procesos de la sociedad, confiere a la politología su razón de ser y la unidad de su objeto en relación con la sociedad como totalidad en desarrollo histórico...»⁴⁰. Por otra parte, la naturaleza de la legitimidad política en el capitalismo comenzó, a partir de la obra de estos autores, a ser puesta de relieve en el estudio del Estado en el capitalismo contemporáneo⁴¹.

Asimismo, es muy perceptible en esta orientación crítica una acentuada tendencia hacia la reflexión filosófica, que a la larga habría de resultar muy estimulante para la investigación política neomarxista: temas como la ideología, la legitimidad, la tecnología y la burocracia, recibieron de las teorías crítico-dialécticas elementos decisivos de explicación en una época plena de incertidumbre ante el carácter vertiginoso de los cambios sociales.

40 Wolfgang Abendroth y Kurt Lenk, *Introducción a la ciencia política*, Barcelona, Anagrama, 1971: 15.

41 Véase Alan Wolfe, *Los límites de la legitimidad. Contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1980.

3

ORÍGENES Y PROYECCIÓN DE LA CIENCIA POLÍTICA LATINOAMERICANA

La reflexión sobre la política latinoamericana es anterior a la independencia de nuestros países. Como veremos más abajo, las luchas por la independencia y las realidades del colonialismo fueron objeto de reflexión y análisis para pensadores y principales actores de la emancipación continental. Los escritos políticos de Simón Bolívar, por ejemplo, son precursores de una ciencia política latinoamericana en más de un sentido: en primer lugar, constituyen los primeros diagnósticos de la realidad continental enfocados desde la perspectiva política; y, en segundo lugar, los problemas de la organización política de los nuevos Estados son previstos de tal manera que conservan aún hoy su vigencia inicial¹. Y es que la idea bolivariana de *unidad latinoamericana* fue interiorizada por el intelectual latinoamericano a punto tal que representa una referencia obligada para el pensamiento político latinoamericano del s. XIX: la búsqueda de la «patria grande» o de la gran nación latinoamericana por construir ocupa desde entonces a pensadores e ideólogos de las más diversas tendencias².

- 1 Véase de Simón Bolívar, *Escritos políticos*, (selección e introducción de Graciela Soriano), Madrid, Alianza, 1969.
- 2 Véase Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la Nación latinoamericana*, 2 vol. Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1968.

Deben distinguirse tres etapas en la evolución o transición del pensamiento político latinoamericano hasta la constitución de una ciencia política regional en nuestros días:

- En primer lugar, la de *los pensadores*. Abarcando el pensamiento político latinoamericano del s. XIX y sus reformulaciones en el presente, bajo la idea de una filosofía latinoamericana en construcción;
- en segundo lugar, la de *los ideólogos*. En ésta se asiste a la conformación de los primeros «ismos» políticos latinoamericanos que, desde finales del siglo XIX, van adoptando formas originales, un tanto distintas de sus precedentes europeos; y
- en tercer lugar, la de *los sociólogos*. Ya en la época de la segunda postguerra, con la incorporación de teorías y enfoques importados para el estudio de las realidades nacionales y regionales.

Estas tres etapas representan los cimientos ideológicos sobre los cuales se erige la ciencia política latinoamericana de nuestros días. Esta última conserva aún claras influencias ideológicas y sociológicas de una extendida tradición cultural e intelectual de nuestro continente.

A. LOS ANTECEDENTES IDEOLÓGICOS DE LA CIENCIA POLÍTICA LATINOAMERICANA

El movimiento de las ideas en la América Latina del s. XIX se propone como la respuesta a las inquietudes intelectuales que derivan de las transformaciones sociales. A la cuestión de saber ¿qué es América? se responde a menudo con un ¿a dónde debemos ir? De ello se depende la «gran reflexión» sobre el hombre y la sociedad dentro del contexto cultural y territorial latinoamericano.

Los pensadores

El esfuerzo por entender y explicar nuestras realidades nacionales y continentales se refleja en la pluralidad y diversidad de ensayos que van apareciendo a lo largo y ancho de nuestro continente. El pensamiento político oscila entonces entre el *universalismo*, de origen occidental, y un *latinoamericanismo*, que se va abriendo paso no sin dificultades. Como lo observó críticamente Leopoldo Zea, «el americano, a diferencia del europeo, nunca se ha sentido universal. Su preocupación ha sido, precisamente, una preocupación por incorporarse a lo universal, por insertarse en él»³.

Primero fueron *los ilustrados*, cuya visión apasionada de la realidad latinoamericana se tradujo en ensayos que guardan la memoria del continente. Influidos por las doctrinas sociales importadas de Europa, todos parecen estar de acuerdo en que la emancipación política del continente exige una emancipación mental. Las respuestas difieren de uno a otro pensador, pero su preocupación es común por el destino de América⁴.

Luego *los positivistas*, en sus versiones comteana o spence-riana, que viven en el convencimiento de que solo el orden apoyado en la ciencia podía asegurar el proceso social, presentando su doctrina como la filosofía del nuevo orden⁵. Al principio, el positivismo aparece vinculado con las ideas liberales. Ello ocurre cuando el mismo propugna la integración a la «civilización occidental» industrial, capitalista. En ciertos países como México, Brasil, Argentina y Chile, el positivismo dio origen a verdaderas

3 Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, Ariel, 1976: 49.

4 Entre los ilustrados, tenemos a Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América*, Buenos Aires, Cultura Argentina, 1915 y Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires, Estrada, 1943.

5 Entre los primeros positivistas tenemos a José V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, 1885; *Lecciones de política positiva*, Santiago, 1874. Juan E. Lagarregui, *La religión de la humanidad*, Santiago de Chile, 1884.

«escuelas» de pensamiento⁶. En los demás países, resulta un fenómeno intelectual marginal si no aislado. Sin embargo, se ha podido señalar con razón el hecho de que desde el punto de vista político, el pensamiento positivista representó una fuente de apoyo y sostén de las dictaduras. Ello ocurrió particularmente en México y Venezuela⁷.

La visión positivista de la política latinoamericana se proclama realista. Frente a la realidad «anárquica» de los países se impone entre las élites la búsqueda del «orden». Se precisa entonces, para los positivistas, la creación de gobiernos fuertes, que dirijan y garanticen el progreso de las diversas comunidades sociales. Su creencia en la ciencia llega hasta la convicción de que sin la misma, la industrialización era irrealizable y sin esta última el orden resultaría imposible.

Entre los pensadores latinoamericanos, también destacan los *espiritualistas*, quienes a principios de siglo promovieron activamente una reacción anti-positivista. El «arielismo» de José Enrique Rodó, particularmente, se constituyó en un movimiento de ideas dirigido hacia la juventud latinoamericana, un llamado destinado a crear desconfianza ante el positivismo predominante, atrayendo para su causa idealista a los espíritus más juveniles de la época⁸. Asimismo, el idealismo de José Vasconcelos y Antonio Caso representó hasta cierto punto un retorno al ideal de la unidad latinoamericana. Así, la *patria grande y única* de Rodó, tanto como la *raza cósmica* de Vasconcelos y la *nuestra América* de José

6 José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*. Buenos Aires, Editorial Ralfo, 1937. Leopoldo Zea (comp.), *Pensamiento positivista latinoamericano*, 2 vol., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

7 Es el caso de Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, Caracas, 1952. Véase también sus *Obras completas*, t. I, Caracas, Fondo Editorial Lola de Fuenmayor, 1983. Sobre el movimiento de «los científicos» en México, véase Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, 1943.

8 Véase de José Enrique Rodó, *Obras completas*, (compilación y prólogo por Alberto Vaccaro), Buenos Aires, Ed. Zamora, 1947.

Martí, constituyeron en su tiempo la versión renovada, si no la reencarnación de la idea de la *Gran Colombia* de Simón Bolívar.

Este idealismo —con la excepción del de José Martí— no se traduce en movimiento político alguno. Sin embargo, la «idea de América» fue interpretada, en la segunda mitad del siglo XX, por algunos pensadores en torno a la posibilidad de una «filosofía de lo americano», movimiento que, congregando a pensadores de diversos países latinoamericanos, estuvo siempre orientado hacia el tratamiento y análisis de problemas que difieren en cierta medida de aquellos que ya venían planteándose en el ámbito puramente académico⁹.

Para este movimiento, la gran tarea consiste ante todo en descubrir y alcanzar la respuesta requerida para la solución de los problemas más urgentes y concretos de la realidad latinoamericana: el antiimperialismo, los proyectos revolucionarios de liberación nacional, la construcción nacional y la identidad cultural americana, deben contarse entre los más urgentes.

Los ideólogos

Más que hombres de pensamiento son hombres de acción. Unos con militancia política activa, otros con experiencias de gobierno. Unos y otros trataron de dar respuesta sistemática a los problemas políticos específicos de sus países y más generales latinoamericanos. Poco a poco las proposiciones ideales, los proyectos de vida y las estrategias políticas se fueron convirtiendo en «ismos» originales. Y ello en circunstancias tales que, «el despliegue de ideas y reflexiones no es originario de América Latina. El positivismo, el marxismo, el existencialismo, provienen, evidentemente de Eu-

9 Es el caso de Leopoldo Zea y Abelardo Villegas en México, Augusto Salazar Bondy y Francisco Miró Quezada en Perú, Arturo Ardao en Uruguay, Arturo Andrés Roig en Argentina, Ernesto Maiz Vallenilla y Arturo Uslar Pietri en Venezuela. Cf. Francisco Miró Quezada, *Proyecto y realización del filosofar latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981: 136.

ropa. Pero lo que es americano, es la manera con que estas ideas han sido recibidas, modificadas, transformadas...»¹⁰.

En este sentido, fueron las realidades específicas, propias de nuestro continente, los ingredientes requeridos para la adopción, transformación o modificación de las ideologías importadas. Así, podemos advertir hoy en día la existencia de un *liberalismo*, un *anarquismo*, un *marxismo*, un *socialismo*, un *socialcristianismo* latinoamericanos, que difieren de sus precedentes europeos.

La recepción de estas ideologías y su incorporación a las luchas políticas exigen que el portador de las mismas profundice en las manifestaciones reales de la dominación caudillista u oligárquica, en las desigualdades étnicas y culturales, en fin, en la voluntad y aspiraciones profundas del habitante de América Latina. De aquí que encontremos en los ideólogos la voluntad explícita de buscar y alcanzar una ideología política genuinamente latinoamericana. Y es que el *latinoamericanismo* de los pensadores cobra vida, se convierte en acción en manos de los ideólogos.

La edad de las ideologías latinoamericanas, como sistemas coherentes de ideas y actitudes, data de fines del siglo XIX. En su constitución efectiva pueden identificarse tres principales familias: las *revolucionarias antiimperialistas*, las *nacional-populistas* y las *democráticas*.

Todas se presentan, en todas partes, siempre imbuidas del ideal latinoamericano. La dosis de nacionalismo es mayor o menor según los casos. Todas recogen el mensaje de la unidad y solidaridad continentales. En este sentido, todas asumen la aspiración de sobreponerse a una historia de división, de guerras y enfrentamientos locales y regionales. Y es que la ciencia política latinoamericana de los orígenes se construye significativamente en intenso diálogo con estas ideologías, las mismas que constituyen el reflejo de las relaciones de fuerzas, presentes en las prácticas políticas. Acerquémonos a cada una de ellas:

10 Hugo Neira, «Relire aujourd'hui Haya de la Torre» en *América Latina*, No. 12, octubre-diciembre, 1982: 103.

Las ideologías revolucionarias antimperialistas. dentro de esta identificación deben incluirse el *anarquismo* de Manuel González Prada y Ricardo Flores Magón; el *aprismo* de Víctor Raúl Haya de la Torre, el *marxismo* de José Carlos Mariátegui y, en fin, la *ideología de la revolución cubana*¹¹.

Tales ideologías se centran en el problema de *hacer la revolución*, en cuanto transformación profunda de la sociedad: a partir de la denuncia de las realidades de la dominación oligárquica y de la explotación de indígenas y campesinos —el problema de la propiedad de la tierra— se llega a poner el énfasis en la liberación de las estructuras de dominación imperialista.

Si bien es cierto que el proyecto está dirigido en primera instancia hacia la organización de las masas en partidos revolucionarios, resulta particularmente notable el carácter continental del mensaje. Aunque la evolución más reciente de estas ideologías traduce un cierto retraimiento hacia prácticas más locales o nacionales. No extrañe entonces el hecho de que, con la excepción de la ideología de la revolución cubana, el núcleo duro de estas ideologías esté constituido por lo que, según algunos autores, no era otra cosa que la expresión de «un pensamiento revolucionario sin revolución»¹².

En este sentido, aquello que caracteriza mejor estas ideologías es su anti-imperialismo militante. Haya de la Torre y Mariátegui, como después de ellos Castro y Guevara, identificarán en su discurso al imperialismo norteamericano como el «enemigo

11 Véase Manuel González Prada, *Páginas libres-Horas de lucha*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976. Ricardo Flores Magón, *Semilla libertaria*, México, Grupo Cultural Ricardo Flores Magón, 1923. Víctor Raúl Haya de La Torre, *El anti-imperialismo y el APRA*, Caracas, Centauro, 1976. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1959. Ernesto Guevara, *El socialismo y el hombre en Cuba*, México, Grijalbo, 1971. Fidel Castro, *La primera revolución socialista en América*, México, Siglo XXI, 1976.

12 Cf. Abelardo Villegas, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1972: 141.

principal» de los pueblos latinoamericanos. Asimismo, la vocación indigenista del APRA y el marxismo de Mariátegui no ocultan esa realidad: las oligarquías y burguesías locales sirven a los intereses de la metrópoli imperial.

Las ideologías nacional-populistas. El populismo latinoamericano en sus diversas vertientes produce también una respuesta más o menos coherente a los problemas latinoamericanos. Aunque esta respuesta es casi siempre nacional, su influencia es innegable en los demás países. El «cardenismo» en México, el justicialismo de Juan D. Perón, la ideología del «Estado Novo» de Getulio Vargas y la ideología de la «revolución peruana», pusieron siempre el énfasis en el carácter nacionalista y popular de sus movimientos¹³.

A la imposición personal—a menudo carismática— del líder sobre el movimiento se sigue la recurrente invocación *in abstracto* al «pueblo», como fundamento del poder y a «la nación», como la razón superior orientada hacia la «unidad» o «integración» de la sociedad. Hay en ello una evidente orientación hacia la conciliación de los intereses de clase, a la negación de la lucha de clases. De aquí que se trate básicamente de un antimperialismo retórico, un producto derivado del anticapitalismo y anticomunismo de sus prácticas políticas.

El mensaje populista no aparece solamente en etapas históricas de intensa movilización popular sino que abarca, promediando el siglo XX, gran parte de la producción ideológico-política regional. La dosis de nacionalismo varía en relación directa

13 Véase Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI, 1972. Juan Domingo Perón, *Doctrina peronista*, Buenos Aires, Fidelius, 1947. Getulio Vargas, *El Estado nuevo y sus realizaciones*, Río de Janeiro, 1942. Carlos Delgado, *El proceso revolucionario peruano: testimonio de lucha*, México, Siglo XXI, 1976. Véase también Donald Hodges, *La revolución latinoamericana. Políticas y estrategias desde el apro-marxismo hasta el guevarismo*, México, V Siglos, 1976.

con las exigencias locales del momento. En los años recientes, el lenguaje y estilo populistas parecen más encaminados hacia la solidaridad continental, negando de este modo las condiciones históricas que le dieron origen, aquí y allá a lo largo de América Latina.

Las ideologías democráticas. Si la revolución no está para el día siguiente en América Latina, se impone por consiguiente, la realización de ciertas y bien determinadas reformas (agraria, urbana y del trabajo) dentro del marco institucional de democracias pluralistas y competitivas. En tal sentido, el cambio social parece dirigido y controlado por gobiernos elegidos y los proyectos de desarrollo son concebidos dentro de las estructuras del capitalismo dependiente.

Tal es la concepción general de la socialdemocracia de Rómulo Betancourt y de la democracia cristiana de Eduardo Frei¹⁴, que aparecen hoy en día como la expresión de las ideologías genuinamente democráticas más preponderantes en los países del continente. Como base de sustentación social de estas ideologías se presenta a las clases medias en alianza con los sectores nacionales de las burguesías locales. De hecho, los «grupos industriales con mentalidad moderna», conjuntamente con los partidos democráticos, son los llamados a planificar y concebir las políticas de desarrollo nacional en los diversos países.

Una variante importante de las ideologías democráticas es la del «socialismo democrático», propuesto por Salvador Allende, dentro de su idea matriz de una «vía chilena hacia el socialismo». En esta última, el capitalismo dependiente debe ser superado por una modalidad de socialismo con capacidad para proceder a la

14 Véase Rómulo Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956; *Hacia América Latina democrática e integrada*, Madrid, Taurus, 1969. Eduardo Frei, *Pensamiento y acción*, Santiago de Chile, Ed. Del Pacífico, 1958; *América Latina: opción y esperanza*, Barcelona, Pomaire, 1977.

redistribución de la riqueza social¹⁵. El socialismo democrático constituye hoy en día una estrategia política que conmueve las bases ideológicas del marxismo latinoamericano¹⁶. La experiencia política chilena y la posterior instauración de regímenes de terror en el Cono Sur fueron determinantes en el desplazamiento del pensamiento socialista latinoamericano hacia posiciones democráticas. En la medida en que los problemas de la transformación social y de la organización para la participación política aparecen como los más relevantes para la construcción del socialismo en América Latina, las vías nacionales hacia el socialismo en nuestros países pasan necesariamente por la creación de estructuras políticas democráticas. Esto parece dominar la temática y orientación de buena parte de la ciencia política regional de corte socialista: las influencias del pensamiento democrático son así transparentes en la producción reciente de los investigadores políticos en nuestros países.

15 Véase Salvador Allende, *La vía chilena hacia el socialismo*, Caracas, Fundamentos, 1971.

16 Véase Teodoro Petkoff, *¿Socialismo para Venezuela?*, Caracas, Fuentes, 1972; *Proceso a la izquierda*, Barcelona, Planeta, 1976.

B. LOS ANTECEDENTES SOCIOLOGICOS DE LA CIENCIA POLÍTICA LATINOAMERICANA

Los orígenes de la sociología latinoamericana

Como disciplina académica, la sociología es incorporada en las universidades latinoamericanas a comienzos del último cuarto del siglo XIX¹⁷. La enseñanza de la sociología, de corte netamente positivista, se imparte en las Escuelas de Derecho, allí mismo donde se proponía formar los dirigentes de cada país. «La enseñanza era académica, porque se trataba de una revisión fatigosa de los autores europeos hecha ex cátedra; la investigación empírica no jugaba papel alguno y las connotaciones valorativas eran muy fuertes»¹⁸. De este modo, la sociología académica en sus inicios se desentiende de las realidades sociales y políticas, presentándose como patrimonio universal del conocimiento: lo que se espera de la disciplina sociológica, originalmente, no es otra cosa que los instrumentos y proposiciones dentro de una concepción general de la sociedad. Esta tendencia resulta explicable cuando se trata de una disciplina que buscaba ante todo su aceptación e incorporación en las universidades.

Asimismo, si bien es cierto que la vocación elitista de la sociología académica es casi siempre explícita¹⁹, su contacto con

17 La primera cátedra de sociología que se inaugura en el mundo fue la de la Universidad de Nacional de Colombia (1882), diez años antes que la de Chicago, que ha sido considerada como la más antigua. Cf. Ignacio Sotelo, *América Latina, un ensayo de interpretación*, Madrid, Centro de investigaciones Sociológicas, 1979: 43.

18 Aldo E. Solari, Rolando Franco y Joel Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976: 28.

19 En el documento de creación de la Escuela Libre de Sociología y Política de la Universidad de Sao Paulo (Brasil, 1930), se destaca: «el «carácter básico» de la falta, «que está en la conciencia de todos», de una élite «numerosa y organizada», instruida según métodos científicos, al tanto de las instituciones y conquistas del mundo civilizado; y

las realidades locales pocas veces superó los planos de vagas reflexiones o la mera exposición de buenos deseos. Aunque resulta relevante el hecho de que las cátedras de sociología poco a poco se fueron creando e incorporando en los estudios universitarios. Pero su consolidación definitiva se produce solo en la época de la postguerra, ya en los años cincuenta.

Algunos sociólogos latinoamericanos atribuyen a José Medina Echavarría el mayor esfuerzo inicial por encauzar la enseñanza de la sociología en el continente hacia la explicación científica del mundo real²⁰. Ya en 1940, en palabras de Medina Echavarría se observaba el hecho de que:

Sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y el audaz. En estas dos palabras: teoría y técnica, no se encierran, pues, sutilezas académicas, si no necesidades vitales. De todas las ciencias sociales, la sociología ha sido siempre la más castigada por la improvisación, y ésta es la que importa cortar de raíz en los medios juveniles²¹.

Medina Echevarría se adelantaba de este modo a los riesgos y peligros que amenazaban a la nueva disciplina. Su positivismo es significativo en su personal concepción de la ciencia sociológica: «la sociología es una ciencia positiva, o sea empírica e inductiva (...) el método positivo significa, ante todo, la «subordinación sis-

capaz de comprender —antes de actuar sobre él— el medio en que vivimos...». Cf. Luis A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, Buenos Aires, Eudeba, 1963: 73.

20 Cf. Gino Germani, *La sociología científica: aportes para su fundamentación*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1956: 8.

21 José Medina Echavarría, *Sociología: Teoría y técnica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941: 8.

temática de la imaginación a la observación²². Y si bien es cierto que el carácter experimental de la sociología es una condición para su desarrollo y maduración como ciencia: «lo que importa, por ejemplo, no es discurrir en abstracto sobre el supuesto conflicto del individuo y de la sociedad en general, sino analizar los *conflictos* concretos en un momento dado entre determinados individuos y determinados grupos»²³. En esta perspectiva no faltan ejemplos de reflexiones e iniciativas, aisladas ciertamente, de autores muy identificados con la búsqueda latinoamericana de una disciplina volcada hacia los problemas específicos de nuestros países²⁴.

La búsqueda de una «sociología científica» se prosigue en los años cincuenta con Gino Germani en Argentina y Florestán Fernández en Brasil. Para el primero, la sociología debe ocuparse, ante todo, del estudio de la «sociedad en transición» latinoamericana, la misma que se dirige hacia la modernidad. Para el segundo, una revisión de las proposiciones teóricas de Karl Marx, Max Weber y Emile Durkheim, se impone al investigador social, a fin de alcanzar una mayor consistencia teórica y metodológica en las investigaciones empíricas concretas, en circunstancias tales que la respuesta de los intelectuales en torno de la idea de una sociología latinoamericana resulta paradójica en más de un sentido²⁵.

Una buena parte del pensamiento de derecha la rechaza, ya porque niega la posibilidad de una ciencia social, ya porque cree que existen peligrosas conexiones entre sociología y socialismo,

22 *Ibid.*: 14-15.

23 *Ibid.*: 25.

24 Es el caso de la obra pionera del cubano Roberto Agramonte, para quien es preciso proceder a la creación de una «sociología de América y para América». Cf. Roberto Agramonte, *Sociología latinoamericana*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1963: 57.

25 Cf. Florestán Fernández, *Fundamentos empíricos da explicação sociológica*, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1959: 39.

ya por ambas cosas. Por otro lado una buena parte de la izquierda también la impugna porque ve en ella un arma más del imperialismo²⁶.

De aquí que la incipiente sociología tomó desde el principio ciertas distancias con la producción ideológica: la nueva sociología se proclama por encima de las obras del pensamiento. Refiriéndose a la sociología en Brasil, Luis A. Costa Pinto observa:

Como reacción a la brillantez literaria, a las generalizaciones excesivas, a la preeminencia de las grandes ideas sobre los pequeños hechos demostrados, las ciencias sociales en América Latina entraron en su fase científica propiamente dicha, con la preocupación por la eficiencia, la organización, la enseñanza de esas disciplinas, el inventario de hechos, la estadística (...) la preocupación por formar al técnico y al «especialista» inspiró toda una serie de iniciativas culturales²⁷.

La perspectiva desarrollista. La determinación de las premisas de una «sociología científica» latinoamericana coinciden con el despliegue de la labor investigativa de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 1950). Un estudio económico de Raúl Prebisch sobre los problemas del desarrollo en América Latina tuvo decisivas influencias en la incipiente sociología regional²⁸. «Desarrollo» y «cambio social» pasaron a convertirse desde entonces en los temas privilegiados de la nueva disciplina sociológica. En un comienzo, se realizan investigaciones con el objetivo explícito de diagnosticar y explicar las causas del «subdesarrollo»

26 Aldo E. Solari, *et al.*, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*. México, Siglo XXI, 1976: 39.

27 Luis A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, Buenos Aires, Eudeba, 1963: 115.

28 Véase Raúl Prebisch, *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems*, Naciones Unidas, 1950.

latinoamericano o, aquello que, a la larga, resultará su equivalente, a saber, los «aspectos sociales del desarrollo económico»²⁹.

El grupo latinoamericano para el desarrollo de la sociología, fundado en Palo Alto, California (1961), concentró su atención en los problemas derivados de la transición de una «sociedad tradicional» a la «sociedad industrial moderna»³⁰. De este modo, la naturaleza de la acción social, la institucionalización del cambio y la especialización estructural de las sociedades latinoamericanas, pasaron a ocupar el centro de atención predominante de la «nueva sociología».

Gino Germani aparece a la cabeza de una nueva escuela sociológica, destinada a la formación de las nuevas generaciones en las universidades latinoamericanas. Con una clara perspectiva estructural-funcional, que inspira una concepción dicotómica del desarrollo, esta escuela realizará diagnósticos y planteos sobre la problemática política regional. La integración nacional, la inestabilidad política, el equilibrio social, tanto como la «ampliación de la participación», se cuentan entre los temas más relevantes y prioritarios de la investigación³¹.

El objetivo manifiesto de la nueva escuela sociológica consistía principalmente en obtener el reconocimiento de la sociología

29 Véase José Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, Buenos Aires, Soler, 1964.

30 Cf. Juan Francisco Marsal, *Cambio social en América Latina*, Buenos Aires, Soler-Hachette, 1967: 171. Entre los fundadores del grupo, Marsal señala a Torcuato Di Tella, Gino Germani, Jorge Graciarena (Argentina), Luis A. Costa Pinto, Florestán Fernández, T. P. Accioly (Brasil), Orlando Fals Borda, Armando Chaparro y Camilo Torres (Colombia), G. Briones (Chile), José A. Silva Michelena (Venezuela), Pablo González Casanova (México), Peter Heintz y L. Bram (FLACSO-Santiago de Chile).

31 Véase de Gino Germani, *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1971; *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962; *La sociología en la América Latina: problemas y perspectivas*, Buenos Aires, Eudeba, 1964. También de Torcuato Di Tella, *El sistema político argentino y la clase obrera*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

como ciencia empírica, luego, alcanzar un grado de institucionalización que asegure su desarrollo como tal y por último, fomentar la investigación empírica, al tiempo que se iba modernizando la enseñanza de la sociología como disciplina universitaria³². Por lo general, los planteos y argumentos de base de la investigación sociológica parecen encuadrarse dentro de las fronteras visibles del Estado nación. En ello, puede advertirse sobre la presencia de un cierto reduccionismo, un tanto explicable en los primeros intentos por adelantar en los primeros proyectos de investigación. En la revisión de su conocida y muy citada «invitación a la sociología», Peter Berger observó hasta qué punto la perspectiva localista es portadora de limitaciones casi insuperables:

Es posible ser un excelente físico —escribe el sociólogo estadounidense— sin haber salido de la propia sociedad; sin embargo sé que no ocurre lo mismo con el caso del sociólogo. La razón de esto es sencilla: la modernización es la gran fuerza transformadora en el mundo de hoy, pero no se trata de un proceso uniforme y mecánico, pues adopta distintas formas y provoca diversas reacciones. Por eso la sociología, que es la disciplina por excelencia para tratar de entender la modernidad tiene que ser comparativa por necesidad (...) *En la sociología, el regionalismo es mucho más que una deficiencia cultural: es la fuente de desastrosos errores de percepción*³³.

La carga ideológica en la sociología del desarrollo es hoy reconocida hasta por sus propios autores. La «norteamericanización» de la sociología latinoamericana entró en crisis cuando los modelos teóricos y paradigmas, con su jerga respectiva, resultaron inoperantes ante los datos de la realidad social. Las categorías

32 Cf. Aldo E. Solari *et al.*, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, p. 71.

33 Peter Berger, «Sociología: ¿se anula la invitación?», *Facetas*, No. 102, abril de 1983: 41 (el subrayado es mío).

y conceptos, que se apoyan en argumentaciones psicosociales y culturales para explicar la dinámica de los cambios sociales, se revelaron insuficientes para el análisis de las realidades concretas.

La sociología del desarrollo también puso el énfasis en la necesidad de proceder a la construcción de *teorías relevantes*. En una de las primeras investigaciones sobre la realidad social en Venezuela, se llega hasta prevenir a los cultivadores de la nueva disciplina sobre el hecho de que:

Si es cierto que nuestras ciencias son ricas en datos y pobres en teorías, estamos entonces en una posición privilegiada para explotar al máximo esas limitaciones y no solamente lamentarnos de ellas. No estamos procediendo con una ingenua fe positivista en la colección enciclopédica de datos. *Los hechos complejos exigen una reintegración lógica, también compleja, o sea, una teoría con grandes variables de poder interpretativo*³⁴.

Asimismo, a fines de la década de los sesenta, se comienza a advertir sobre la necesidad de una sociología crítica, lo que está en el origen de la llegada de unos cuantos cambios de orientación en otras tantas investigaciones. Es la época en la cual algunos autores, como el mexicano Pablo González Casanova, llegaron a la conclusión de que la sociología «científica» del desarrollo estaba peligrosamente afectada por «la fobia a la historia, a la filosofía, al buen español, al análisis político, y no se diga ya a la lucha contra el statu quo»³⁵.

34 Frank Bonilla y José A. Silva Michelena (eds.), *Cambio político en Venezuela. Exploraciones en análisis y en síntesis*, Caracas, Centro de Estudios del Desarrollo/Universidad Central de Venezuela y Centro de Estudios Internacionales/Instituto Tecnológico de Massachusets, 1967: 75.

35 Pablo González Casanova, *Sociología del desarrollo latinoamericano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970: 25. Cita-do por Aldo Solari, *op. cit.*: 35.

En efecto, el ponderado cientificismo inicial de la sociología del desarrollo poco a poco se fue esfumando hasta dar paso a nuevos planteamientos, más concentrados en el estudio y diagnóstico de los principales conflictos y antagonismos sociales. De acuerdo con Fernando Henrique Cardoso:

Habría que politizar otra vez el análisis para tratar de superar la *impasse* entre una situación que impide de hecho la creación de movimientos o líderes capaces de organizar el orden establecido en función de valores e instrumentos técnico-rationales, y una conciencia intelectual de que las puras aventuras de la razón —aún cuando revestidas de su ropaje técnico-instrumental— no llegan a valorar el mundo que quieren explicar»³⁶.

Y es que la sociología del desarrollo, en los sesenta, parecía más encaminada hacia el logro de un estatus académico que, de hecho, lo consiguió provisionalmente, desentendiéndose al mismo tiempo de las situaciones estructurales y coyunturales que pretendía explicar. Y ello a tal punto que las contribuciones más relevantes de la escuela desarrollista no llegaron a incorporarse a los trabajos de los economistas, ni a la toma de decisiones de los responsables políticos.

Por consiguiente, el análisis funcionalista del desarrollo no pasó de ser una ideología académica, de inspiración norteamericana, cuya irrelevancia práctica redujo sus posibilidades teórico-metodológicas para la investigación de campo propuesta. En el campo del análisis político parece haber inspirado más bien investigaciones especializadas en los Estados Unidos, particularmente sobre los problemas políticos del desarrollo económico, de

36 Fernando Henrique Cardoso, «Desarrollo y Dependencia: perspectivas teóricas en el análisis sociológico» en Centro Latinoamericano en Ciencias Sociales-UNESCO, *Sociología del desarrollo. Seminario sobre aspectos teóricos y metodológicos*, Buenos Aires, Soler-Hachette, 1970: 18.

la inestabilidad política persistente y, en fin, de la modernización sociopolítica³⁷. Y si bien es cierto que la sociología latinoamericana del desarrollo, de corte funcionalista, resultó decisiva para la institucionalización de la investigación sociológica, a ella se debe una relativa maduración de la disciplina en los medios académicos universitarios. La ciencia política estadounidense tuvo sus primeros contactos con las realidades políticas de nuestros países a través de esta sociología que, basada en el cambio social, abordó originalmente los problemas de la inestabilidad de los sistemas políticos, la estratificación social, el carácter social de los movimientos populistas. En el plano de la acción política fue muy influyente en las primeras estrategias *desarrollistas* de las instancias oficiales y ello hasta la década de los setenta cuando una nueva perspectiva comienza a imponerse entre los investigadores.

La perspectiva dependentista. El «desarrollismo» como ideología política predominante parecía haber conducido a la sociología del desarrollo a un callejón sin salida. La crisis de esta perspectiva está en el origen de nuevos y alternativos planteamientos. Porque si la «sociología científica» no había explicado suficientemente las realidades de nuestros países «periféricos», debido a la utilización de teorías y conceptos elaborados en otros contextos, se imponía entonces al investigador una reformulación, a partir de una revisión crítica de los mismos, a fin de abrir nuevos caminos a la investigación social en nuestro medio.

Asimismo, el resurgimiento del marxismo en América Latina, como la ideología natural de los movimientos de liberación, si no como la teoría sociológica alternativa, tuvo una influencia significativa en la práctica investigativa crítica de un buen número de investigadores, aunque resulta relevante el hecho de que en los planteamientos dependentistas se encuentren también unos cuantos elementos de la sociología weberiana.

37 Véase de John J. Johnson, *La transformación política de América Latina. Surgimiento de los sectores medios*, Buenos Aires, Hachette, 1961.

El libro de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto sobre la dependencia y el desarrollo latinoamericano inicia un movimiento o corriente de renovación y ruptura en la sociología latinoamericana³⁸. De acuerdo con estos dos autores, el análisis global (integral) del desarrollo:

Requiere un doble esfuerzo de redefinición de perspectivas: por un lado considerar en su totalidad, las «condiciones históricas particulares» —económicas y sociales— subyacentes en los procesos de desarrollo, en el plano nacional y en el plano externo; por otro, comprender, en las situaciones estructurales dadas, los objetivos e interés que dan sentido, orientan o alientan el conflicto entre los grupos y clases y los movimientos sociales que «ponen en marcha» las sociedades en desarrollo»³⁹.

Una tal perspectiva invitaba, por consiguiente; a la redefinición de los objetivos de toda investigación. Y es en este sentido que se llega hasta proponer una *reintegración* de las ciencias sociales en un enfoque general e integral, a fin de resolver los problemas derivados de la situación de aislamiento de las perspectivas especializadas, de modo tal que se pueda establecer, entre los investigadores, «una perspectiva que permita vincular concretamente los componentes económicos y los sociales del desarrollo en el análisis de la actuación de los grupos sociales, no solo de yuxtaponerlos...»⁴⁰.

En todo caso, esta perspectiva asigna a *lo político* un rol fundamental si no determinante: «el problema teórico fundamental lo constituye la determinación de los modos que adoptan

38 Fernando Henrique. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1969.

39 *Ibid.*: 17-18.

40 *Ibid.*: 18. Véase también Antonio García, *La estructura del atraso en América Latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*, Buenos Aires, El Ateneo, 1978: 5-15.

las estructuras de dominación, porque por su intermedio se comprende la dinámica de las relaciones de clase»⁴¹.

En este sentido, el estudio de la dominación no debe circunscribirse a los marcos nacionales o internos de nuestras sociedades sino que «implica establecer las conexiones que se dan entre los determinantes internos y externos, pero estas vinculaciones, en cualquier hipótesis, no deben entenderse en términos de una relación «causal-analítica», ni mucho menos en términos de una determinación mecánica e inmediata de los intereses por lo externo»⁴².

Por consiguiente, si partimos del hecho de que la situación del «subdesarrollo» se debe a la posición que ocupan las economías de los países latinoamericanos en la estructura global del sistema capitalista, no se trata por tanto de una «etapa» del sistema productivo en tales países, sino más bien de una posición funcional a la estructura económica internacional de producción y distribución. Esta posición da origen a una situación de *dependencia*, estrechamente vinculada con la *forma de dominación* de las sociedades periféricas por las sociedades centrales, condicionando el funcionamiento del sistema económico y del sistema político, tanto en el plano interno como en el externo.

Así planteada la relación, las investigaciones posteriores asignaron a la presencia de ese determinismo externo, un lugar crucial en las hipótesis de trabajo y en las explicaciones propuestas. Explícitamente, la hipótesis básica en el trabajo de Cardoso y Faletto se apoyaba en el hecho de que los patrones de integración social y los tipos de movimientos sociales en América Latina asumen connotaciones distintas, según el grado de control nacional del sistema exportador⁴³. De aquí que según estos autores, «en América Latina es posible determinar dos situaciones básicas de

41 *Ibid.*: 19.

42 *Ibid.*

43 *Ibid.*: 55.

relación de las clases entre sí, con el Estado y con el sistema productivo, en función del modo de relación de éste con el mercado internacional y de la forma de control de la producción»⁴⁴.

De este modo, la orientación general de las investigaciones dependencistas estuvo siempre y fundamentalmente inclinada hacia el estudio de los mecanismos de la relación centro-periferia. Para Vania Bambirra, por ejemplo, el concepto de dependencia no es sino «la categoría analítico-explicativa fundamental de la conformación de las sociedades latinoamericanas», a partir de la cual se puede definir «el carácter *condicionante concreto* que las relaciones de dependencia entre centro hegemónico y países periféricos tuvieron en el sentido de conformar determinados tipos específicos de estructuras económicas, políticas y sociales atrasadas y dependientes»⁴⁵.

Si bien es cierto que en la obra de los investigadores dependencistas encontramos una preocupación básica por el estudio de las estructuras de poder, tanto locales como regionales, no es menos cierto que esa preocupación se diluyó a lo largo de los trabajos propuestos: la sociología de la dependencia no llegó a constituirse en una sociología política. En otros términos, la misma no pasó en momento alguno de ser una sociología económica.

Asimismo, debe destacarse el hecho de que las aportaciones teóricas de la sociología de la dependencia se revelaron muy reduccionistas e insuficientes para promover una teoría política latinoamericana coherente. Y en tal sentido, la búsqueda de un «análisis integrado» o global terminó por limitar sus posibilidades como análisis especializado. Porque si bien es cierto que las teorías de la dependencia representaron un progreso para la ciencia social en nuestro medio, su aportación teórico-metodológica

44 *Ibid.*: 162.

45 Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1974: 7-8. Véase también Theotonio Dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*, Santiago, CESO, 1968. André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Signos, 1970.

resultó reducida, en la medida en que varios de sus teoremas fundamentales se mantuvieron demasiado vagos e imprecisos. En tal sentido, no faltan razones para advertir sobre el hecho de que las principales premisas de la investigación dependentista, de acuerdo con la reflexión de un connotado investigador europeo, «tienen pendiente todavía su revisión empírica mediante indicadores cuantificables, de forma análoga a las afirmaciones demasiado globales de las teorías de la convergencia respecto al estudio del «segundo mundo»⁴⁶.

Además, el Estado nacional, como actor privilegiado en la dinámica social de nuestros países todavía no ha sido objeto de estudio específico dentro de esta perspectiva y ello muy a pesar de los mismos investigadores. A nivel teórico, los escritos dependentistas no llegaron a explicar el entramado complejo de las relaciones entre *economía y política*. Ello está en el origen de no pocas ambigüedades, como la recurrente referencia a la relación entre crecimiento económico y democratización política, eludida una y otra vez en los análisis propuestos por la sociología de la dependencia.

Y esto parece ser la encrucijada teórica de la sociología dependentista. Se impone, por consiguiente, a la investigación politológica naciente la exploración de este «espacio» oscuro de la realidad social. Porque, continuar con el abordaje de los procesos políticos y sociales latinoamericanos, como epifenómenos del capitalismo internacional, solo conduce a escamotear las posibilidades de una ciencia política latinoamericana independiente. La realidad de la dependencia solo alcanza a ser explicada si las relaciones de poder y las formas políticas que éstas revisten en nuestros países son abordadas desde perspectivas especializadas. Y el interés por esta orientación rebasa ciertamente el campo de lo académico.

46 Klaus von Beyme, *Teorías políticas contemporáneas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1977: 427. Véase también las observaciones relevantes de Salomón Kalmanovitz, «Cuestiones de método en la teoría del desarrollo», en *Comercio Exterior*, México, vol. 32, No. 5, mayo de 1982.

C. EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE UNA CIENCIA POLÍTICA LATINOAMERICANA

El positivista chileno Valentín Letelier, en un libro publicado en 1886, se planteó por primera vez la necesidad y posibilidad de lo que, en sus palabras, consistía en una rama del saber o «ciencia de los fenómenos políticos», a fin de superar definitivamente las explicaciones «teológicas o metafísicas» de la realidad social. Como Auguste Comte con la sociología, Letelier estaba convencido del hecho de que esta nueva ciencia debía alcanzar el estatus de las ciencias naturales: «todos los sucesos, la formación y el desarrollo de los estados, los cambios de instituciones, las revoluciones, etcétera, se efectúan por obra de causas generales más bien que por voluntad de los gobernantes»⁴⁷.

Las reflexiones positivistas no condujeron a la construcción de una ciencia política latinoamericana, aunque sí a la búsqueda de una ciencia histórica que no se había formado todavía. De aquí que los mayores esfuerzos por construir una politología regional no se remontan más allá de los años sesenta. En plena declinación del desarrollismo sociológico —fines de los sesenta— y apogeo de la perspectiva dependentista, investigadores aislados como Marcos Kaplan inician una práctica investigativa más especializada de la política. Y ello no sin señalar los obstáculos y dificultades que va a confrontar tal empresa⁴⁸.

De acuerdo con Marcos Kaplan,

47 Valentín Letelier, *De la ciencia política en Chile y de la necesidad de su enseñanza*, Santiago de Chile, 1886. Citado por Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, Ariel, 1976: 266. Una *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, fundada por Rodolfo Rivarola, aparece en 1910 y se publica ininterrumpidamente durante diecinueve años, hasta 1928.

48 Marcos Kaplan, *La ciencia política en la encrucijada*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1970.

resulta indispensable elaborar ya una nueva actitud y una nueva práctica de la ciencia política frente y a partir de su propia crisis. Ello exige interrogarse sobre lo que ésta ha sido y lo que es, sobre las alternativas y opciones, requisitos y costos con el fin de descubrir si es posible un camino para la supervivencia y la eficacia⁴⁹.

Las dificultades y problemas iniciales son evidentes. Para una ciencia que trata de construir su objeto de estudio en un clima que no es propicio para la investigación —regímenes represivos y falta de recursos— la tarea a realizar resultaba ciertamente ardua. Puesto que, tratándose de una ciencia que se proponía el esclarecimiento de los conflictos sociales, de las estructuras de dominación y de los mecanismos de movilización social, los obstáculos no tardaron en manifestarse. Si añadimos a ello el «monopolio» de la explicación que, en este terreno, retenían las disciplinas más avanzadas, por una parte, y las imposiciones circunstanciales y la demagogia de la clase política, por otra, el panorama resultaba poco favorable para los primeros intentos de reflexión e intuición innovadoras. De aquí que la incipiente *politología* de fines de los sesenta tuvo que negarse un poco para hacerse aceptar como disciplina científica en las universidades, a punto tal que allí donde es incorporada como especialización, la encontramos jugando el papel de «hermana menor» de las ciencias sociales.

El desarrollo de una ciencia política latinoamericana también estuvo supeditado al avance de la investigación histórica en los diversos países. Ello parece haber limitado sus posibilidades iniciales, dado el evidente retraso de la misma: sin historia no hay «materia prima» para el análisis político especializado. Y si bien es cierto que, tradicionalmente, los estudios históricos preferían orientarse por lo coyuntural en detrimento de lo estructural —cul-

49 Marcos Kaplan, *Teoría política y realidad latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976: 8.

tivada preponderantemente por «hombres de letras» y uno que otro líder político—, la naciente ciencia política despertó reacciones escepticas de los líderes políticos, a punto tal que quienes afirmaban su apoyo a los primeros intentos por construir una ciencia política para la región, al parecer hacían todo para impedirlo.

Por otra parte, una ciencia política latinoamericana como tal tardó mucho en ser incorporada a los programas de estudios universitarios y, cuando ello sucede, es la concepción jurídica la que prevalece: ciencia política y derecho constitucional se confunden. Ello parece la regla hasta bien entrados los años setenta⁵⁰.

Mientras tanto, la explicación política se improvisa o bien pasa a convertirse en el eco o reflejo de la producción «latinoamericanista» proveniente de Europa y de Estados Unidos. Como bien lo observó Marcos Kaplan, en sus primeros avances como pionero de la nueva disciplina:

La ciencia política en América Latina tiene hoy una existencia incierta en cuanto a diferenciación disciplinaria, inserción institucional, jerarquía, posibilidades de perduración, de actividad y de eficacia. Recién nacida, se encuentra ya directamente amenazada por situaciones, fuerzas y procesos de diversa índole. La limitación de los recursos, la inestabilidad institucional, la discontinuidad del trabajo se ven reforzadas por las presiones y los ataques directos de los grupos reaccionarios y del sistema de poder. Ciencia adolescente, sin seguridad sobre su presente y menos aún sobre su futuro, quienes la practican se ven obligados a interrogarse, a vacilar, a marchar a tientas⁵¹.

50 De simple disciplina universitaria, la ciencia política pasa a constituir escuelas o departamentos especializados en la última década. Ello sucede en México, Brasil, Venezuela, Colombia, Costa Rica. En los demás países parece haber sido absorbida por la sociología cuando no por el Derecho Constitucional.

51 Marcos Kaplan, *Sociedad, política y planificación en América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980: 7.

Esta «marcha a tientas» se realiza en momentos en que los estudios sobre la «realidad política latinoamericana» adquieren un considerable desarrollo en los Estados Unidos y Europa. Porque la visión especializada, proveniente de los centros de investigación norteamericanos y europeos resultó, con frecuencia, distorsionadora de nuestras realidades. Con mayores recursos y posibilidades, la investigación del especialista europeo y del experto norteamericano llegaron hasta el intelectual o investigador latinoamericano, no pocas veces, bajo la forma de «provocación», tanto más cuanto que uno y otro siempre tuvieron el cuidado de hacer hincapié en la «excepcionalidad latinoamericana». De aquí que, una ciencia de la política latinoamericana se proyectaba paradójicamente desde fuera, desde el exterior de nuestros países. En todo caso, cabe aceptar el hecho de que esta producción «foránea» impulsó, inicial y decisivamente, al investigador político de nuestros países hacia una reflexión y abordaje diferenciado frente a una sociología en pleno proceso de desarrollo. Y si bien es cierto que los fenómenos políticos más relevantes de la época reciente, tales como los nacionalismos populistas, las revoluciones populares, los movimientos insurreccionales, los militarismos reformistas y terroristas, ocuparon buena parte de esa producción de los centros de investigación norteamericanos y europeos, la incipiente producción latinoamericana no se hizo esperar, como lo veremos más abajo.

Influencias norteamericana y europea

En la producción norteamericana sobre América Latina, tanto las *Foundations* como los *Research Institutes*, adelantaron sus investigaciones con particular interés en los problemas políticos específicos de la región y de los diversos países. De modo tal que la búsqueda de informaciones y datos sobre la política regional y local estuvo siempre acompañada del despliegue de recursos financieros y humanos, que hicieron posible la conformación de

unos cuantos centros de información y «bancos de datos», bases «logísticas» de las dependencias especializadas de la Administración estadounidense.

Es la época en que la masa enorme de datos que se recogen en los *surveys* y *case studies*, sobre los países de América Latina, solo en muy pocos casos aportaron elementos teórico-metodológicos relevantes para el estudio científico de nuestras realidades. Y es que el empirismo puro y simple de la mayoría de los proyectos iniciales impedían dar cuenta de realidades que, ciertamente, no habían sido abordadas aún. Y todo parecía indicar que hasta los sociólogos y politólogos radicales, muy ocupados en la reflexión y análisis de su propia experiencia, solo excepcionalmente se aproximaron a los fenómenos latinoamericanos⁵².

Sin embargo, las revistas especializadas, recogían aquí y allá, en una buena proporción, un no despreciable número de trabajos, cuya relevancia, las más de las veces, resultaba bastante limitada. La prueba radica en el hecho de que tales trabajos, a la vuelta de pocos meses —el tiempo que tardaban en llegar a nuestro medio— ya se encontraban obsoletos⁵³. Por otra parte, no se puede pasar por alto ciertos trabajos más densos y con preocupaciones teóricas. Aunque, estos últimos, en su gran mayoría, pusieron énfasis en el estudio del desarrollo político recurriendo una y otra vez por vía de ejemplo a los casos latinoamericanos. La perspectiva estructural-funcional, predominante en este tipo de investigaciones, se detuvo casi siempre en la determinación de los aspectos sociopolíticos del desarrollo económico, en la medida en

52 Tanto Charles W. Mills en México, como Irving Louis Horowitz en Brasil y Argentina, dejaron el camino abierto para estudios y reflexiones de los investigadores latinoamericanos. Véase Irving L. Horowitz, *Revolution in Brazil: Politics and Society in a Developing Nation*, New York, Dutton, 1964.

53 Entre las revistas especializadas de mayor divulgación tenemos: *Journal of Inter-American Studies*, Florida; *Latin American Research Review*, Austin-Texas; *The Journal of Politics*, Gainesville; *Political Development and Social Change*, New York.

que casi todos parecían «presionados» por la necesidad de demostrar las formas bajo las cuales se establece la relación causal entre desarrollo económico y democracia⁵⁴. Ya en 1963, Merle Kling señalaba a este respecto el hecho de que «la investigación política sobre América Latina (...) mantiene rasgos subdesarrollados y tradicionales y está bajo presiones internas y externas para modernizarse»⁵⁵.

Asimismo, la concepción estructural-funcional, predominante en la producción sociológico-política norteamericana, fue por demás influyente entre los sociólogos latinoamericanos en una primera etapa —la de la recepción de nuevas teorías—, pero tiende a disminuir en la época reciente. Helio Jaguaribe, quien en sus primeros trabajos se apoyaba fundamentalmente en esa concepción de la política, se presenta más dispuesto a la búsqueda

54 Además de los trabajos de Almond, Powell, Apter y Pye (Nota 18) encontramos, entre los más relevantes: Seymour M. Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, New York, Free Press, 1967. Albert O. Hirschman, *Salida, voz y lealtad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977. Martin Needler (comp.), *Political Systems of Latin America*, New York, Van Nostrand Press, 1970. Juan J. Linz y Alfred Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1978. Alfred Stepan, *The Military in Politics. Changing Patterns in Brazil*, Princeton, Princeton University Press, 1971. Charles Anderson, *Cambio económico y político en la América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974. John J. Johnson, *La transformación política de América Latina: surgimiento de los sectores medios*, Buenos Aires, Hachette, 1961; *The Military and Society in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1969. Edwin Lieuwen, *Generales contra presidentes en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1965. Kenneth F. Johnson, *Política de poder, participación política en América Latina*, Buenos Aires, Idela, 1973. Ivan Vallier, *Catolicismo, control social y modernización en América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971.

55 Merle Kling, «The state of Research on Latin American: Political Science» en Charles Wagley (comp.), *The State of Social Science on Latin America*, New York, Columbia University Press, 1964: 168. Citado por Aldo E. Solari, *et al.*, *op. cit.*: 497.

y adopción de otras orientaciones en su trabajo más reciente⁵⁶. Sin embargo, una visión más radical o crítica de la política latinoamericana, aunque marginal, tiende a ocupar en nuestros días un lugar reducido en la investigación política especializada⁵⁷.

En cuanto a la influencia europea, es principalmente en Francia donde el interés por la política latinoamericana se traduce en una producción apreciable. La vinculación del investigador social, en Francia, con las realidades latinoamericanas tiene antecedentes notables. Los trabajos de André Siegfried, Jacques Lambert y François Chevalier deben considerarse pioneros en este sentido⁵⁸. Más recientemente, el esfuerzo por explicar América Latina ha dado origen a la conformación de centros de investigación especializada en casi todos los países europeos⁵⁹. A diferencia de la producción estadounidense, encontramos en los autores europeos una común preocupación teórico-metodológica, en la medida en que la búsqueda de la sistematización de los

56 Se trata de una «perspectiva funcional-dialéctica», según el autor, una alternativa teórica «emergente», según este autor. Cf. Helio Jaguaribe, *Hacia la sociedad no represiva. Breve estudio comparativo y crítico de las perspectivas liberal y marxista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980: 35.

57 Véase principalmente de James Petras, *Politics and Social Structure in Latin America*, New York, Monthly Review Press, 1970. Irving L. Horowitz, *Latin American Radicalism. A Documentary Report on Left and National Movements*, New York, Random House, 1969. Alfred Stepan, *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*, Princeton, Princeton University Press, 1971.

58 Véase André Siegfried, *L'Amérique latine*, París, Armand Colin, 1934. Jacques Lambert, *América Latina. Estructuras sociales e instituciones políticas*, Barcelona, Ariel, 1964. François Chevalier, *América Latina. De la independencia a nuestro días*. Barcelona, Labor, 1979. También Pierre Chaunu, *L'Amérique et les Amériques. De la préhistoire á nos jours*, París, Armand Colin, 1964.

59 Cerca de veinte solamente en Francia, quince en Alemania Federal, diez en Gran Bretaña, ocho en Italia, doce en España, tres en Bélgica, tres en Suiza, dos en Suecia, y prácticamente en todos los países de Europa Oriental.

datos, no deja lugar al empirismo puro y simple, alcanzando así niveles aceptables para la explicación⁶⁰.

Si la vinculación del investigador latinoamericano ha sido mayor con la ciencia social europea, el investigador europeo también se ha volcado hacia la singularidad y especificidad de las realidades latinoamericanas. Ello ha ocurrido en el pasado en el campo de la investigación antropológica, histórica, económica, sociológica y, más recientemente, en el de la investigación politológica, a punto tal que la vertiente europea, en sus diversas corrientes, se refleja con mayores influencias en la investigación regional y local⁶¹.

En el terreno del pensamiento político o historia de las ideas, de la teoría del Estado, la sociología de los partidos y la teoría de las relaciones internacionales, la producción politológica europea ha promovido la formulación de nuevas y fecundas hipótesis en los años recientes. Esta «hegemonía» teórico-meto-

60 Véase principalmente de François Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Buenos Aires, Sur, 1967. Alain Touraine, *Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina*, México, Siglo XXI, 1978. Leslie Manigat (comp.), *Tableau des partis politiques en Amérique du sud*, París, Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1969. Pierre Gilhodes, *La question agraire en Colombie (1958-1971): politique et violence*, París, Presses de la Fondation Nationale de Science Politique, 1974. Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1980; *El Estado militar en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984. Alain Joxe, *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno*, Santiago, Ed. Universitaria, 1970. Tilman Evers, *El Estado en la periferia capitalista*, México, Siglo XXI, 1979.

61 Entre los principales trabajos: en antropología, Claude Lévi-Staruss, *Tristes tropiques*, París, Plon, 1955; Pierre Clastres, *La sociedad contra el Estado*, Caracas, Monte Avila, 1979; Régis Bastide, *Les Amériques noires*, París, Payot, 1967. En historia, François Chevalier, *América Latina. De la independencia a nuestros días*, Barcelona, Labor, 1979; Jean Meyer, *La révolution mexicaine*, París, Calmann-Lévy, 1973. En economía, Denis Lambert y Jean M. Martin, *América Latina: Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976; Pierre Léon, *Economies et sociétés de l'Amérique latine*, París, SEDES, 1969.

dológica solo se resiente cuando el desarrollo de las investigaciones tiende a estancarse, perdiendo continuidad y reduciendo las posibilidades de crítica y debate, fenómeno que caracteriza la producción en los años recientes. Sin embargo, no faltan indicios para advertir sobre la existencia y vigencia de un *latinoamericanismo* en ciernes⁶².

La búsqueda de la autonomía

Como hemos visto más arriba, el análisis político, aparentemente, había sido descartado en los trabajos de la «sociología del desarrollo». En la «sociología de la dependencia», aquél era subyacente a los planteamientos económico-políticos. De acuerdo con Aldo Solari, «desde la independencia hasta el siglo XX, el pensamiento social latinoamericano tuvo una fuerte tradición de análisis político, la que sin embargo se perdió en varios países del continente durante el primer tercio de este siglo, acentuándose sobre todo, los aspectos formales jurídicos del análisis político»⁶³.

En las últimas décadas, los encuentros con la política parecen más bien «esporádicos». Si la búsqueda del «análisis integrado o unificado» ha sido dominante en buena parte de investigadores, ello no ha impedido el hecho de que en «el análisis de las coyunturas políticas (sea) necesario para comprender cómo, en la lucha social (económica y política), seleccionan alternativas los grupos, clases e individuos que de manera determinada recrean la historia»⁶⁴. Pero este planteamiento «aislado» está lejos de promover sistemas teóricos coherentes para una ciencia política regional. Gino Germani afirmaba años atrás el hecho de que una sociología latinoamericana original constituirá siempre un deseo

62 Véase Jacques Chonchol y Guy Martinière, *L'Amérique latine et le latinoamericanisme en France*, Paris, L'Harmattan, 1985.

63 Aldo E. Solari *et al.*, *op. cit.*: 497.

64 Fernando Henrique Cardoso, *Estado y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972: 67.

justificado, que exige algo más que declaraciones, es decir prácticas creadoras efectivas que conduzcan a la fundación de una tradición científica seria⁶⁵.

Sin haberse convertido aún en una tradición científica —en el sentido propuesto por Germani— o en «escuela analítica», la incipiente ciencia política latinoamericana encuentra hoy condicionado su desarrollo por las posibilidades de recolección de información empírica sobre nuestras realidades, por una parte, y por la maduración teórico-metodológica de la investigación especializada, por otra. Si partimos del hecho de que son las universidades y ciertos órganos de planificación estatal o internacional los que se encuentran en capacidad de impulsar este tipo de investigación, es forzoso constatar entonces que la situación de «atraso» o retardo de la ciencia política se debió un tanto a su carácter de disciplina incipiente, «la menos desarrollada» de las ciencias sociales.

En efecto, mientras la ciencia política se mantuvo integrada a la sociología o economía, sus posibilidades de autonomía eran escasas. De aquí que haya sido la «crisis» de explicación en tales disciplinas la que impulsó a la investigación política a una renovada búsqueda de autonomía. Y si bien es cierto que hasta hace poco, el predominio de la investigación económica, sociológica, en el conjunto de la investigación social, limitaba decisivamente la viabilidad y legitimidad de una investigación política relativamente autónoma, fue el abordaje y estudio de los fenómenos políticos, desde perspectivas menos subordinadas a la sociología y economía, el factor desencadenante de una búsqueda decisiva de autonomía en el conjunto de las ciencias sociales más avanzadas.

Haciendo referencia a la producción latinoamericana en ciencias sociales de la época, Luis Aníbal Costa Pinto observó el hecho de que:

65 Cf. Gino Germani, *La sociología en América Latina: problemas y perspectivas*, Buenos Aires, Eudeba, 1964: 5; *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1971.

desde el punto de vista del enfoque metodológico se podría agrupar la bibliografía existente de acuerdo a las diferentes disciplinas o ciencias sociales que concurren al estudio del desarrollo. Desde este ángulo observamos la preeminencia de los estudios económicos y sociológicos, la menor frecuencia e importancia de los estudios demográficos y antropológicos, y menos aún, de los análisis efectuados desde el punto de vista de la ciencia política y el derecho⁶⁶.

Ciertamente, la influencia específica de la economía llegó a ser tan significativa para el progreso de las ciencias sociales, que los trabajos de sociología y política de esos años se limitaban a tratar los «aspectos sociales o políticos» de las realidades económicas, consideradas las más importantes. En circunstancias tales que la incipiente ciencia política regional debió proceder a liberarse de esas ataduras con la así considerada «disciplina madre», a fin de hacer su propio camino. Y en tal sentido, el desarrollo reciente de la investigación politológica en Europa y Estados Unidos puede servir de estímulo para la creatividad del investigador latinoamericano de la política. En este punto, cobran mayor relevancia las observaciones de Marcos Kaplan, cuando procedió a la identificación de los principales condicionamientos de la nueva disciplina:

La posibilidad de supervivencia, de autonomía y creatividad de esta ciencia en la región pareciera estar ligada a la necesidad de elaborar y aplicar una perspectiva y una estrategia que, de algún modo, combinen la rigurosidad y la fecundidad científicas de quienes la ejercen con la creación de condiciones que garanticen a los científicos políticos la estabilidad y la seguridad de un trabajo libre y creador, la inserción en la realidad, la participación movilizadora en el desarrollo, el cambio, la democratización y

66 Luis A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, Buenos Aires, Eudeba, 1963: 129.

la autonomía de los países latinoamericanos y de la región en su conjunto⁶⁷.

Esta búsqueda de la autonomía —y de eficacia, según algunos— también debe partir de un cuestionamiento de la práctica de la investigación más corriente en nuestro medio. Para el politólogo latinoamericano sería frustrante hacer depender su trabajo únicamente de la demanda de las instancias oficiales o gubernamentales. Y si bien es cierto que la investigación politológica debe estar estrechamente vinculada con las necesidades del desarrollo, ello no debe, en modo alguno, restringir las posibilidades de formulación de nuevos proyectos de investigación e hipótesis de trabajo autónomas y críticas, en relación con el pensamiento dominante en ese campo.

Por otra parte, las interferencias dogmáticas o sectarias —presentes en el pasado inmediato— de las organizaciones políticas activas han ido cediendo su lugar cada vez más a la reflexión independiente, más encaminada hacia la identificación de los principales problemas nacionales y regionales. Es en este sentido que cobra todo su valor una ciencia política autónoma, con clara proyección hacia la acción social.

También la creación de centros de investigación política que canalicen las iniciativas, hasta ahora aisladas, debería favorecer el desarrollo de esta actividad y, de hecho, abriría mayores posibilidades para la comunicación de ideas y trabajos entre los investigadores. Ello a fin de fortalecer la disciplina como actividad investigativa. A Marcos Kaplan no le han faltado razones para destacar el hecho de que,

considerados como grupo técnico-profesional, los científicos políticos carecen de integración y de homogeneidad en los en-

67 Marcos Kaplan, *Sociedad, política y planificación en América Latina*, op. cit.: 8.

foques y estrategias de trabajo. Ello parece estar determinado, entre otros factores, por las diferencias de origen, formación, orientación teórica e ideológica, inserción institucional, y por los conflictos que plantea todo esto, las limitadas posibilidades ocupacionales, y la inseguridad social y política⁶⁸.

Efectivamente la homogeneidad teórico-metodológica de la nueva ciencia política se ha visto afectada por la práctica —institucionalizada desde hace poco— de los «informes», que retardan o neutralizan la formulación de hipótesis innovadoras. Porque un descriptivismo empírico afecta y reduce los alcances del análisis especializado, conduciendo directamente al investigador hacia la mistificación periodística. Porque sin el rigor y la vigilancia en las construcciones teóricas, difícilmente la ciencia política podría acceder a la práctica del tantas veces requerido *análisis concreto de las realidades concretas*.

También es preciso señalar el carácter crítico de la ciencia política latinoamericana. En países donde rigen sistemas de dominación autoritarios, la práctica de la investigación política se ha visto reducida al mínimo. Bajo regímenes democráticos habían mejores condiciones para la superación de los obstáculos señalados por Marcos Kaplan. Si a ello añadimos el hecho de que sin discusión y cuestionamiento permanentes las proposiciones de la ciencia política latinoamericana no tendrían posibilidades de servir de apoyo a las investigaciones concretas, tenemos que concluir afirmando que los caminos de una ciencia política regional deberían establecerse mediante el esfuerzo consciente de los investigadores. Hasta aquí nadie ha negado la necesidad y utilidad de una ciencia política para América Latina, pero resulta evidente que hasta nuestros días no ha podido consolidarse aún en los centros de investigación, destinados al cultivo de las cien-

68 Marcos Kaplan, *Teoría política y realidad latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979: 43.

cias sociales. Este es el reto actual para la ciencia política latinoamericana de fin de siglo.

Las principales orientaciones

Si, como hemos visto más arriba, la investigación politológica adquiere mayor relevancia para el conjunto de la investigación social a partir de la década de los setenta., deben distinguirse, en un primer análisis y esquemáticamente, las diversas tendencias u *orientaciones* que obedecen, por lo general, a la necesidad de explicar fenómenos que no habían sido abordados por la investigación económica y sociológica en la época precedente. Y es que los trabajos realizados individualmente por investigadores aislados *free lance* o las contribuciones parciales a trabajos colectivos sobre temas políticamente relevantes nos revelan el carácter limitado, casi siempre distante de los objetivos propuestos, de sus conclusiones.

La perspectiva política continental, base de los planteamientos de los *pensadores* del siglo XIX y de los *ideólogos* de principios del siglo XX, fue decididamente abandonada por los *científicos* de la época de la postguerra. De modo tal que las realidades «nacionales» fueron cediendo su lugar a estudios y aproximaciones más regionales o continentales, respondiendo, hasta cierto punto, al aislamiento imperante de nuestros países hasta una época muy reciente. A ello se debe el hecho de que «tradicionalmente», como lo hemos visto más arriba, los estudios sobre las realidades políticas regionales hayan venido planteándose a partir de la realidad más inmediata, más familiar para el investigador.

En lo que concierne a la investigación teórica y metodológica, ésta luce en nuestros días como «tierra de nadie». Porque generalmente se priorizaban las contribuciones mayores en ese campo, provenientes por lo demás de autores europeos o estadounidenses. En la época de la «sociología del desarrollo» o del «desarrollo de la sociología», esta preocupación lucía básica si

no indiscutible. Años más tarde, ya en la etapa de la sociología de la dependencia, como hemos visto más arriba, los enfoques especializados fueron considerados, no sin sospecha, como instrumentos que obstruían al tantas veces propuesto «análisis integrado» de las realidades sociales y políticas. Así, poco a poco, la investigación coyuntural de la política resultó subordinada ante búsquedas más estructurales: la investigación aplicada debía esperar un mayor desarrollo de la investigación fundamental, por lo general importada de Europa y de los Estados Unidos. Y ello, a tal punto que, «pareciera que nos encontramos en una fase de la investigación social en la cual en vez de proponer hipótesis nuevas que reformulen el marco interpretativo de nuestra realidad, de lo que se trata es de poner a prueba hipótesis ya conocidas y demostrar su validez en distinto tipo de circunstancias»⁶⁹.

Esta ausencia de investigación fundamental en la ciencia política latinoamericana restringe sus potencialidades. En nuestros días, cuando se habla menos de «desarrollo» y de «dependencia», las hipótesis nuevas todavía se hacen esperar. Ciertamente, en la medida en que la investigación teórico-metodológica es más exigente, en cuanto al rigor y vigilancia en la construcción, ello incide decisivamente en su viabilidad y posibilidades en el futuro. Porque, una mayor disponibilidad del investigador y un compromiso mayor con el descubrimiento de la verdad pueden hacer viable este trabajo de invención y creación. Es cierto que esta actitud intelectual no está libre de obstáculos ni dificultades en nuestros países. Pero, si no empezamos ahora, después las posibilidades serán más escasas. Todo ello implica que nos preguntemos, primero, ¿qué es lo que tenemos? y, solo después, ¿qué es lo que podemos hacer? Puesto que la respuesta a estas dos cuestiones debe, en el corto y mediano plazo, echar a andar una ciencia po-

69 Francisco Zapata, «Fuentes para el análisis coyuntural en América Latina», *Le Monde Diplomatique*, No. 54, junio 1983: 25.

lítica latinoamericana, a la altura de las exigencias y demandas de nuestras sociedades.

Si aceptamos el hecho de que la producción latinoamericana en ciencia política ha ido incrementándose a un ritmo mayor en los últimos años, en la medida en que los «temas» políticos han ido ocupando el centro de observación de los investigadores, resulta significativo también el hecho de que los problemas del desarrollo y de la dependencia comienzan a identificarse y abordarse como genuinos problemas políticos. Su solución es política. Ello se ha podido comprobar con los nuevos enfoques sobre la situación nacional y regional.

Una *revisión* del conjunto de esta nueva producción nos permite distinguir tres principales orientaciones⁷⁰.

Estudios generales

Se trata de aquellos estudios e investigaciones que toman América Latina como objeto de estudio, en su realidad estructural global. En este sentido, el esfuerzo de teorización inicial, complementario a los estudios del desarrollo y la dependencia, ha tenido el mérito de resaltar las manifiestas deficiencias de la producción foránea sobre América Latina. Y, por paradójico que parezca, hasta cierto punto, es allí precisamente donde radica la posibilidad de nuevos planteamientos e hipótesis. Porque, a pesar de la notable escasez de análisis comparativos, encontramos algunos *temas de investigación* que, siendo claves para la ciencia política,

70 No pretendemos aquí una exhaustividad que no está planteada en el estado actual de la investigación. Así, dentro de los alcances del presente trabajo, nos limitaremos a destacar las publicaciones periódicas especializadas, que recogen otras tantas contribuciones relevantes sobre la política latinoamericana. Entre éstas: *Revista Mexicana de Sociología*, México. *Cuadernos Políticos*, México. *Nueva Política*, México. *DADOS*, Río de Janeiro. *Crítica y Utopía*, Buenos Aires. *Nueva Sociedad*, Caracas. *Revista de Estudios Políticos*, Caracas.

contribuyen significativamente a la explicación e interpretación de las realidades políticas regionales. Veamos los más representativos de la tendencia⁷¹.

El Estado. Los trabajos sobre el Estado en América Latina son particularmente escasos. Hace poco, Norbert Lechner observó el hecho de que «las dificultades por precisar qué y cómo es el Estado capitalista sui generis en la región revelan un «déficit teórico» que contrasta con la movida lucha política»⁷².

En efecto, todos los actores políticos en nuestros países parecen estar de acuerdo en lo que es el Estado. Sin embargo, ninguno asume la tarea de determinar sus engranajes y sus prácticas reales y efectivas. Porque si bien es cierto que una teoría del Estado latinoamericano está definitivamente planteada para el conjunto de la investigación social, su conceptualización sigue siendo una tarea inaplazable. Los trabajos pioneros de Marcos Kaplan, Norbert Lechner y Guillermo O'Donnell, sobre la formación del Estado Nacional, la naturaleza del Estado latinoamericano y las formas burocrático-autoritarias en algunos países, aparte de otras contribuciones parciales, representan hoy en día las únicas y principales referencias en la materia⁷³.

71 Tomamos como producción básica para la ciencia política latinoamericana aquellos estudios publicados como resultado de investigaciones individuales o de equipos institucionales que constituyen un aporte al desarrollo de la disciplina.

72 Norbert Lechner (comp.), Presentación de la obra colectiva *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981: 7.

73 Véase de Marcos Kaplan, *La formación del Estado Nacional en América Latina*, Santiago, Editorial Universitaria, 1969; *El Estado en el desarrollo y la integración de América Latina*, Caracas, Monte Avila, 1970 y *Estado y sociedad*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1979. Norbert Lechner, *La crisis del Estado*, Caracas, El Cid, 1977. Guillermo O'Donnell, *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972. Varios Autores, *Estado y proceso político en América Latina*, Revista Mexicana de Sociología, México, UNAM, 1977.

En todo caso, buena parte de los investigadores han preferido esperar la maduración de hipótesis planteadas en un plano más general sobre el Estado. Ello sucede con las investigaciones que se ubican dentro de la perspectiva marxista⁷⁴. En este sentido, también parecen orientarse algunos trabajos parciales menores, más bien fragmentarios, que abordan la realidad del Estado a partir de problemáticas más locales⁷⁵.

Las relaciones de fuerzas: las clases sociales. Este problema ha sido abordado por la gran mayoría de los investigadores, como algo derivado unilateralmente de las posiciones de clase en la estructura socio-económica. En esto, el reduccionismo economicista de cuño marxista resulta muy transparente. Sin embargo, un esfuerzo de conceptualización reciente ha dejado atrás las explicaciones deterministas. Así, las contribuciones de los seminarios de Mérida y Oaxaca (México) a una reflexión teórica general sobre esta realidad han sido decisivas para el replanteamiento de ciertas hipótesis, predominantes en el pasado⁷⁶.

Sobre las relaciones de fuerzas, la producción ha sido bastante pobre. Trabajos aislados se aventuraron tímidamente en la presentación de avances de investigación alternativos a los trabajos economicistas⁷⁷. Es aquí donde el análisis de las coyunturas

74 Véase Heinz R. Sonntag y Héctor Valecillos (comps.), *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1977. También Norbert Lechner (comp.), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981.

75 Véase Fernando Henrique Cardoso, *Estado y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972. Enrique Bernales *et al.*, *Burguesía y Estado liberal*, Lima, Desco, 1979.

76 Véase Raúl Benítez C. (comp.), *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973 y (comp.), *Clases sociales y crisis política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1977.

77 Es el caso de los trabajos de Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1967. Torcuato Di Tella, *Clases sociales y estructuras políticas*, Buenos Aires, Paidós,

políticas exige mayor elaboración. Así, el problema de la naturaleza de las fracciones de la burguesía interior de los países latinoamericanos queda aún sin explicar. Asimismo, el rol de las pequeñas burguesías y su vinculación con las clases dominantes en el proceso de «democratización» reciente demanda ser estudiado sistemáticamente.

Por otra parte, las estrategias particulares a los diversos grupos sociales y su vinculación o participación en las diversas organizaciones políticas conforman una realidad que, al parecer, no ha sido planteada ni indirectamente. Asimismo, la determinación de los procesos que conducen a los grupos económicos a convertirse en protagonistas de la política parece haber sido abandonada, quedándose a medio camino de la explicación y debate propuestos. De aquí que las teorías del «cambio» y la «revolución» no hayan adquirido hasta aquí la necesaria consistencia teórica. Este es un terreno donde la politología latinoamericana debe ocupar decisivamente en los años por venir. Ciertamente en ese terreno hace falta una gran recolección de datos empíricos. También, el análisis de la decisión política, clave para la determinación de las relaciones de fuerzas, exige elaboraciones teórico-metodológicas particulares a las situaciones concretas en cada uno de nuestros países.

El desarrollo político. En la producción latinoamericana sobre esta temática han sido decisivas las influencias de la escuela norteamericana del desarrollo político en una primera etapa. Si bien es cierto que la mayor parte de la producción sobre los problemas del cambio y evolución política estructural conforma la problemática central de la sociología del desarrollo, en los años recientes encontramos indicios ciertos sobre la superación de los esque-

1974. Darcy Ribeiro, *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, México, Siglo XXI, 1971. Luis A. Costa Pinto, *Estructura de clase y cambio social*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

mas rígidos de esa tendencia⁷⁸. Más tarde, los trabajos de Helio Jaguaribe, dentro de la perspectiva estructural-funcional, representan la tentativa de mayor envergadura en la sistematización de la historia latinoamericana⁷⁹. Aunque, tales trabajos, habiendo descartado la dinámica de los antagonismos de clase y su expresión en conflictos colectivos, dejaban sin explicación fenómenos decisivos para el desarrollo social y político de cada uno de los países de la región y para el continente tomado en su conjunto.

Otros aportes posteriores, más cuidadosos con la historia concreta regional y nacional de los países, han tenido, en este sentido, mayor relevancia, a pesar de sus limitados alcances teóricos⁸⁰. Y es que este campo del desarrollo político, íntimamente vinculado con la génesis y procesos de formación del Estado, constituye un campo privilegiado para el análisis político.

Por otra parte, la escasez de trabajos históricos ha sido factor determinante para la ausencia de elaboraciones básicas para la investigación politológica. Enfrentados a una historia regional que no se escribe todavía, el investigador político latinoamericano no ha contado con bases suficientes para la proposición de generalizaciones, tan necesarias para el análisis comparativo de los países del área. De aquí que no contemos con estudios consistentes

78 Es el caso de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962. Federico Gil, *Instituciones y desarrollo político de América Latina*, Buenos Aires, INTAL, 1969.

79 Véase Hélio Jaguaribe, *Desarrollo político: una investigación en teoría social y política y un estudio del caso latinoamericano*, 3 vol., Buenos Aires, Paidós, 1972; *Desarrollo económico y político*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

80 Véase la colección de artículos de Antonio García, *El proceso histórico latinoamericano*, México, Nuestro Tiempo, 1979. Juan C. Rey, *Problemas socio-políticos de América Latina*, Caracas, Ateneo-Jurídica, 1980. También las contribuciones de autores de diversos países, con perspectivas un tanto disímiles, recogidas en Pablo González Casanova (comp.), *América Latina: historia de medio siglo*, 2 vol., México, Siglo XXI, 1977.

tes sobre las diversas formas de poder, aquellas que se construyen dentro de la evolución política regional. El caudillismo, el poder oligárquico y las variantes del Estado, quedan como categorías de análisis imprecisas, que no han sido objeto de revisión y crítica conceptuales.

Generalmente, en este campo de la investigación política, se ha venido insistiendo en aproximaciones acríticas, dejando lo esencial de la cuestión sin responder. Ello ha conducido, en el pasado reciente, a buena parte de los investigadores hacia la formulación de propuestas basadas en sus propias interpretaciones, desentendiéndose de las exigencias teóricas o fundamentales.

Las ideologías políticas. Como hemos visto más arriba, la herencia de los *pensadores* del siglo XIX y principios del XX fue prácticamente abandonada por los investigadores identificados con la «sociología científica». Sin embargo, trabajos de investigadores aislados dieron cuenta, aunque parcialmente, de los principales «sistemas de ideas» políticas latinoamericanas⁸¹. En ello también la historia latinoamericana sufre un cierto retraso. En cuanto a la sociología de la dependencia, bien determinadas contribuciones sobre las ideologías dominantes, centradas sobre la «idea del desarrollo», dejaron abiertas pistas de investigación que no han sido continuadas en los años recientes⁸².

81 Véase José Luis Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1970; *Latinoamérica. Situaciones e ideologías*, Buenos Aires, Ediciones del Candil, 1967. Abelardo Villegas, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1972. Enzo Falletto y J. Kirkwood, *El liberalismo*, Caracas, El Cid, 1977. Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

82 Véase de Fernando H. Cardoso, *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes*, México, Siglo XXI, 1971. Miriam Limoeiro-Cardoso, *La ideología dominante, Brasil-América Latina*, México, Siglo XXI, 1975. Ricardo Kesselmann, *Las estrategias de desarrollo como ideologías*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

Y es que el estudio de las ideologías políticas exige una cuidadosa recolección de información previa en cada uno de los países, tarea que apenas se ha iniciado en los años recientes, dentro del ya señalado debate sobre la existencia de una incipiente «filosofía» de lo americano. Si añadimos a ello la ausencia de planteamientos teórico-metodológicos sobre la cuestión, el panorama se presenta oscuro.

En todo caso, los renovados esfuerzos dirigidos hacia el análisis del pensamiento político latinoamericano recibieron mayores impulsos con el desarrollo de la investigación filosófica en torno de la «idea de América Latina» y la reactualización de una búsqueda ideal de la unidad e integración regionales⁸³. Un análisis sociológico de las ideologías políticas resulta necesario, desde el momento en que la producción ideológica rebasa el discurso político y parece expresarse en las actitudes de una clase política cada vez más homogénea. Asimismo, la declinación ideológica de las principales organizaciones políticas en los países latinoamericanos hace prever para los próximos años la llegada de cambios decisivos en las relaciones de fuerzas y, eventualmente, el surgimiento de inéditas situaciones políticas, afectando los datos cruciales sobre la vida política en los diversos países.

Pasada la hora de los dogmatismos paralizantes, de los esquemas doctrinarios, la crítica de las ideologías vigentes comien-

83 En el Congreso sobre el pensamiento político latinoamericano, reunido en Caracas (julio 1983), con la asistencia de líderes políticos, científicos sociales y analistas de todas las ideologías y tendencias, provenientes, en su mayor parte, de los países de América Latina y el Caribe, se dieron los primeros pasos hacia el rescate del pensamiento político regional. Con la presentación de alrededor de 250 ponencias sobre temas que van desde el pensamiento político tradicional hasta las ideologías contemporáneas, el clima fue siempre favorable a la proposición de proyectos de investigación alternativos a los viabilizados en el pasado reciente. Véase Congreso de la República de Venezuela, *Primer Congreso del Pensamiento Político Latinoamericano*, 2 tomos, 10 vol., Caracas, 1984.

za a manifestarse bajo nuevos tonos. Esto es particularmente evidente en la producción intelectual de la izquierda latinoamericana⁸⁴. El pensamiento de los sectores marginados y excluidos también adquiere nuevas dimensiones, significativas para el análisis de los procesos sociales y políticos continentales⁸⁵.

Existe, por consiguiente, un material disperso y fragmentario que podría servir de base para la construcción de nuevas hipótesis de investigación en el futuro. El fenómeno ideológico latinoamericano, muy poco estudiado hasta aquí, conforma sin duda una realidad específica, diversa al pensamiento político europeo. De aquí que constituya, en adelante, un dato esencial de la originalidad política regional. Y, si las concepciones políticas latinoamericanas desde el siglo pasado son susceptibles de sistematización, están en el origen de ideologías particulares, que se distinguen de las fuentes europeas donde se formaron las ideas matrices.

Instituciones y comportamientos políticos. Las investigaciones en este campo poseen un acentuado carácter exploratorio. Ello las ubica en un plano demasiado general. A nivel regional, los problemas de la participación política, los comportamientos electorales, la acción política efectiva en los procesos de construcción democrática y la resistencia a los regímenes autoritarios, continúan siendo objetos de estudio casi inexplorados. Son escasos los

84 Véase, José Aricó, *Marx y América Latina*, Lima, CEDEP, 1980; (comp.), *José Carlos Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Cuadernos del Pasado y Presente, 1978. Carlos Franco, *Del marxismo eurocéntrico al marxismo latinoamericano*, Lima, CEDEP, 1981. Michael Lowy, «Trayectoria de la Internacional Socialista en América Latina», *Cuadernos Americanos*, México, No. 29, julio-septiembre 1981: 36-45. Manuel Caballero, *La pasión de comprender. Ensayo de historia (y de) política*, Barcelona, Ariel, 1983.

85 Véase Guillermo Bonfil Batalla, *Utopía y revolución (el pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina)*, México, Nueva Imagen, 1981.

trabajos a nivel nacional y regional con los que contamos hoy en día. En las décadas pasadas, algunos ensayos se propusieron la tarea de ordenar el material acumulado, simplificando hasta la medida de lo posible las informaciones y datos resultantes de la práctica de la observación empírica. Tales trabajos contribuyeron significativamente en la corrección de las evidentes distorsiones, presentes en publicaciones foráneas, sin la identificación y familiaridad con la vida política de nuestros países⁸⁶.

En la medida en que tales ensayos aparecen muy de cuando en cuando, la tendencia que se impone en los años recientes no pasa de retener observaciones parciales o fragmentarias sobre las instituciones y los comportamientos políticos. Así, junto a una exuberante literatura regional, que toma la política frecuentemente como el centro de creación y proyección de imágenes y representaciones estereotipadas, los análisis de la cotidianidad política no pasan del artículo ocasional de la revista o periódico. La observación no adquiere profundidad porque nuevos «sujetos» y «objetos» van ocupando la mente y disponibilidad del analista potencial. ¿Cómo recoger una actualidad que se escapa a cada momento?

El estudio de las instituciones como las iglesias, las Fuerzas Armadas, la Universidad, no han retenido la atención de los investigadores políticos. El interés que despertaban en las décadas pasadas parece haberse diluido. Y la producción foránea en este campo sigue siendo predominante.

En el plano de los comportamientos políticos es notable el esfuerzo de investigadores aislados⁸⁷. Pero, los estudios sobre la

86 Es el caso de los trabajos de Louis Mercier Vega, *Mecanismos de poder en América Latina*, Barcelona, Edime, 1968. Antonio García, *Dialéctica de la democracia*, Buenos Aires, Ateneo, 1975. Carlos M. Rama, *Sociología de América Latina*, Barcelona, Península, 1977.

87 Véase Cándido Méndes, *Después del populismo. Impugnación social y desarrollo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974. También Julio Barreiro, *Violencia y política en América Latina*,

democracia latinoamericana, por ejemplo, siguen haciendo falta. Un estudio sistemático de este problema, intrínsecamente vinculado al estudio de la participación política, requiere una mayor comunicación y discusión entre los investigadores. En una época en que los regímenes de fuerza van cayendo en desgracia, las incipientes democracias locales demandan una mayor concentración de esfuerzos e ideas. Solo ensayos aislados han tratado de recuperar para la historia latinoamericana los ideales de la democracia y la participación popular, en una clara proyección hacia el futuro inmediato⁸⁸.

Refiriéndose a estas limitaciones, Sergio Sporer observó:

Construir un Estado nacional exige también del movimiento popular superar toda una tradición teórica y política sobre el Estado, la democracia y los procesos revolucionarios; tradición en que se combinan con resultados negativos, que la historia suficientemente demostró, el empirismo del sentido común, impregnado de las prácticas políticas de la burguesía que reducen al Estado al texto constitucional y la democracia al legalismo, con toda una desviación teoricista nacida de un marxismo dogmático, que también sería posible llamar sectarismo ilustrado⁸⁹.

Es esta voluntad de trascender la *empiria* y de construir conceptos la que demanda mayores esfuerzos en los próximos años. Y ello, orientándose cada vez más hacia la acción política misma: el investigador deviene actor político en la medida en que produce

México, Siglo XXI, 1976. Darcy Ribeiro, *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, México, Siglo XXI, 1971. Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*, México, Siglo XXI, 1978.

88 Véase de Sergio Sporer, *América Latina: los desafíos del tiempo fecundo*, México, Siglo XXI, 1980. Julio Barreiro, *Los molinos de la ira. Pronóstico sobre la situación en América Latina*, México, Siglo XXI, 1980.

89 Sergio Sporer, *op. cit.*: 93.

conocimientos susceptibles de ser llevados a la práctica concreta. De este modo, el análisis tiende a constituirse en el pretendido análisis concreto de una realidad concreta. Ello viene estrechamente vinculado con el hecho de que el proceso de elaboración de teorías no refleja simplemente la praxis, sino que influye sobre ella y la determina en cierto sentido. Es más, la teoría puede asumir un papel activo y creador de praxis⁹⁰.

En efecto, una investigación «espontánea» o «práctica» no alcanza todavía niveles de madurez. Si este tipo de aproximación a los fenómenos políticos se ha presentado como el más viable, sus resultados se han visto limitados por la ausencia de una «mínima» base teórica. De aquí que las concepciones políticas particulares de los principales protagonistas de la política se presenten tan dispersos como fragmentarios. Hay en este terreno grandes posibilidades de convertir tales concepciones en elementos decisivos para la explicación o interpretación de las prácticas políticas efectivas. Ello demanda una mayor elaboración de teorías que, en última instancia, son las llamadas a establecer la relación entre actividad teórica y actividad práctica.

La proyección política de las teorías implica también una mayor inserción del investigador en la acción (observación participante). Pero ello no puede hacer olvidar el papel específico de la investigación en los procesos reales de transformación. Por el contrario, todo investigador político está consciente de las implicaciones prácticas de su «quehacer». En otros términos, todo investigador político sabe que su trabajo forma parte constitutiva de una práctica política concreta. Esto es tanto más importante que, en nuestro medio latinoamericano, la práctica de la investigación ha venido siendo afectada por orientaciones dogmáticas, que limitaban el desarrollo mismo de la disciplina. La ciencia política latinoamericana ha debido enfrentar así la desviación «cientifi-

90 Cf. Clodomiro Almeyda, *Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976: 38.

cista» de los comienzos de la sociología regional y el empirismo puro y simple, típico de los centros burocráticos creados para la recolección de información.

Estudios específicos

Estos abordan aspectos particulares de la vida política regional. A menudo, a partir de la experiencia de un pequeño número de países, se propone la identificación del contenido contextual de los problemas objeto de indagación. Ello parece haber ocurrido específicamente con los primeros estudios sobre el *fenómeno populista*⁹¹. Así, la gran mayoría de autores parece estar de acuerdo sobre el contenido sociológico de este término, a tal punto que ha sido utilizado para la determinación de las más disímiles situaciones histórico-políticas: desde el peronismo (Argentina) y getulismo (Brasil) hasta el velasquismo (Perú) pasando por el cardenismo (México).

Una visión sistemática del populismo solo es posible bajo la condición de superar el carácter intuitivo y recurrente que lo ha caracterizado hasta aquí en buena parte de la investigación histórico-social. Y ello pasa por admitir el hecho de que no todo movimiento popular es populista, ni toda ideología populista es necesariamente popular.

Otro tanto ocurre con el *militarismo*. Si el estudio de las Fuerzas Armadas nacionales como instituciones o fuerzas políticas es bastante pobre, los regímenes políticos que surgen con los

91 Véase Gino Germani, Torcuato S. Di Tella y Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*, México, Era, 1973. Octavio Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*, México, Era, 1975. Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972. Una contribución relevante a la discusión sobre la teoría del populismo latinoamericano puede encontrarse en Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

golpes de Estado se presentan al investigador como una «tierra de nadie». Salvando pocas excepciones, el sistema militarista o «Estado militar» ha constituido un sujeto casi inaccesible. La pobreza de la información en este campo, la ausencia de condiciones mínimas para la investigación y hasta los prejuicios, aparecen como los principales obstáculos para la formulación de nuevas hipótesis sobre este problema. Una sociología militar queda aún por hacerse⁹².

También este es el caso de los estudios sobre los grupos dominantes o élites, los aparatos burocráticos y tecnocráticos. Aunque en este punto las investigaciones brillan por su ausencia, resulta difícil admitir que, en nuestros días, las referencias regionales o nacionales sobre estas cuestiones sean casi inexistentes⁹³. A ello se debe la frecuencia con que el investigador local recurre a las publicaciones especializadas europeas y norteamericanas.

92 De entre la copiosa literatura sobre el militarismo merecen rescatarse los trabajos de Mario E. Carranza, *Fuerzas Armadas y Estado de excepción en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978. Anibal Quijano, *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*, Buenos Aires, Periferia, 1971. Louis Mercier Vega *et al.*, *Fuerzas Armadas, poder y cambio*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1970. Mauricio Solaun, *Sociología de los golpes de Estado latinoamericanos*, Bogotá, Universidad de Los Andes, 1969. Luis A. Costa Pinto, *Nacionalismo y militarismo*, México, Siglo XXI, 1979. Mario Miranda *et al.*, *Radicalización y golpes de Estado en América Latina*, México, UNAM, 1973.

93 Sobre estas cuestiones véase las aportaciones individuales reunidas en: Seymour Lipset y Aldo Solari, (comps.) *Élites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1971. También la obra colectiva *Constitución y grupos de presión en América Latina*, México, UNAM, 1977. Una visión crítica reciente sobre los sectores dominantes en América Latina se puede encontrar en Louis Mercier Vega, *La révolution par l'Etat. Une nouvelle classe dirigeante en Amérique Latine*, París, Payot, 1978. También François Bourricaud, Jorge Bravo Bresani *et al.*, *La oligarquía en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1971. Ciro F. C. Cardoso *et al.*, *De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios*, 3 vol., México, UNAM/Siglo XXI, 1980.

Por otra parte, los trabajos sistemáticos sobre los partidos políticos no aparecen por ningún lado. Trabajos tradicionales de corte jurídico ocupan este espacio junto a las monografías descriptivas desprovistas de cualquier preocupación teórica. Solo un incipiente periodismo de investigación ha venido ocupando este espacio. La originalidad de los movimientos sociales y partidos latinoamericanos siguen esperando plasmarse en hipótesis explicativas que den cuenta del origen, constitución, estructura y funciones de los protagonistas colectivos de la vida política nacional y regional. Aquí también la producción foránea es largamente preponderante.

Estudios nacionales

El interés por la explicación política impulsa cada vez más la demanda de estudios politológicos en todos y cada uno de los países latinoamericanos. Si bien es cierto que ello es por demás evidente en un número bien determinado de países, la tendencia hacia la explicación nacional especializadas, particularmente los «estudios de caso», es apreciable en los años recientes, en casi todos los países del área.

Otra variable importante es la del nivel de los cambios políticos operados al interior de cada sociedad nacional. Si aceptamos el hecho de que los resultados de una investigación no tienen otro interés para sus autores y propulsores que el de ser útiles para el esclarecimiento de las realidades, esa «utilidad operativa» solo puede ser medida a partir de la relevancia práctica en los procesos cruciales de decisión política. De aquí que las posibilidades de publicación y divulgación de los trabajos sea decisivo a la hora de hacer el balance respectivo.

Tradicionalmente, la explicación política a nivel nacional estuvo monopolizada por la historia y el derecho. Por una parte, la historia política, en su versión *événementielle*, que se limita-

ba a la narración de los hechos de gobierno y, por otra, el derecho constitucional y administrativo, orientados hacia el análisis institucional, ocupaban el lugar de una explicación política casi inexistente. Ello se extiende hasta la última década, cuando la explicación sociológica adquiere mayor significación.

En todo caso, en los estudios nacionales la orientación continúa apoyándose sobre hipótesis netamente económicas. En este sentido, fueron precisamente las limitaciones de la explicación económica las que motivaron y alentaron un renovado interés por las relaciones y estructuras de poder en nuestros países. Incluso los estudios sociológicos más generales en las últimas décadas van dando paso cada vez más a enfoques más especializados.

Hoy por hoy podemos hablar de una ciencia política en proceso de construcción a nivel de cada país. En algunos de ellos —México, Argentina, Brasil, Chile, Venezuela, Colombia, Perú, Uruguay y Ecuador—, la práctica de la investigación política parece definitivamente implantada en las principales universidades. También, los principales centros de investigación regionales tienden hacia la consolidación de líneas de investigación especializada que resultarán a la larga estimulantes⁹⁴. Todo esto acompañado de una mayor discusión y crítica de los trabajos y un retroceso —esperemos que sea definitivo— del sectarismo dogmático, que había enrarecido el ambiente intelectual en nuestro continente.

Así, en los trabajos más representativos de cada país puede encontrarse reflejada la situación particular que caracteriza a la producción especializada en ciencia política:

— *En México*; sin lugar a dudas el país donde la ciencia política alcanza mayor desarrollo. A tal punto que, conjuntamente con Brasil, parece haber superado el aislamiento que carac-

94 Me refiero al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS).

teriza a la producción politológica de los demás países. La vecindad académica con las universidades norteamericanas y la ventaja de contar con editoriales de prestigio continental, ubican a México en una situación de privilegio⁹⁵.

- *En Brasil*; la ciencia política adquiere un mayor dinamismo en los últimos años. La experiencia militarista y el proceso de democratización en marcha exigen el planteamiento de nuevas hipótesis de investigación. También, el desarrollo apreciable de la sociología y economía nacionales ha constituido un gran estímulo para el surgimiento de una ciencia política cada vez más influyente⁹⁶.
- *En Argentina*; con el desarrollo de la investigación sociológica —década de los sesenta— el análisis político tiende a ser cada vez menos ideológico que en el pasado. Sin embargo, la agudización de la lucha política y su secuela represiva en los setenta parecen haber detenido toda producción. Desde entonces los estudios políticos sobre la realidad argentina

95 Véase Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 1965; *El Estado y los partidos políticos en México*, México, Era, 1982. Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, México, Era, 1975. Américo Saldívar, *Ideología y política del Estado mexicano (1970-1976)*, México, Siglo XXI, 1980. Juan F. Leal, *El Estado mexicano 1915-1973*, México, UNAM, 1974. A. Aguilar y J. Carrión, *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, México, Nuestro Tiempo, 1974. Pablo González Casanova y Enrique Florescano (coord.), *México hoy*, México, Siglo XXI, 1980. Monteforte Toledo, Mario (comp.), *El discurso político*, México, Nueva Imagen, 1980.

96 Véase Florestán Fernandes, *La revolución burguesa en Brasil*, México, Siglo XXI, 1978. Fernando H. Cardoso, *O Modelo político Brasileiro*, Sao Paulo, Difusao Europeia do Livro, 1973. *Autoritarismo e democratização*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975. Octavio Ianni *et al.*, *Política e revolução no Brasil*, Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira, 1966. Ruy Mauro Marini, *El subimperialismo brasileño*, Santiago, Cesó, 1971. Glaucio Soares, *Sociedade e política no Brasil*, Sao Paulo, Sociedade Europeia do Libro, 1973. Francisco Weffort, *Empresario, Estado e capitalismo no Brasil*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978.

- se realizan fuera del país. Con la instauración del régimen democrático se abren mayores posibilidades, en los años por venir, para el incremento y desarrollo de la investigación⁹⁷.
- *En Chile*; aunque después de 1973 la investigación en ciencias sociales quedó reducida prácticamente a cero, en los años recientes algunos centros de investigación semiprivados comienzan a impulsar nuevamente una investigación especializada e independiente. Se da así una concentración de esfuerzos de teorización sobre la naturaleza del régimen autoritario, sobre el proceso político en la década militarista. Existe también una preocupación creciente por los problemas que derivan de la crisis institucional y las posibles alternativas democráticas. En el caso chileno, resulta particularmente significativa la estrecha vinculación entre análisis político y estrategia de los partidos y movimientos políticos. La experiencia chilena ha sido rica en implicaciones, constituyéndose, desde la década de los setenta, en el punto de convergencia de una reflexión y análisis con carácter y alcance continentales⁹⁸.
- *En Perú*, con una gran tradición de luchas y debates políticos de trascendencia continental, los estudios políticos especializados aparecen fuertemente vinculados a las expe-

97 Véase Luis de Imaz, *Los que mandan*, Buenos Aires, Eudeba, 1965. Torcuato S. Di Tella, *El sistema político argentino y la clase obrera*, Buenos Aires, Eudeba, 1964. Torcuato S. Di Tella *et al.*, *Argentina sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1966. Carlos S. Fayt, *El partido armado. Dinámica del proceso político argentino*, Buenos Aires, Panne-dille, 1971. Más reciente, Alain Rouquié *et al.*, *Argentina hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.

98 Véase Federico Gil, *El sistema político de Chile*, Santiago, Ed. Andrés Bello, 1974. Entre los trabajos más recientes, Oswaldo Buzeta, *Chile geopolítico. Presente y futuro*, Santiago, Cisec, 1978. A. Varas, Felipe Agüero y Fernando Bustamante, *Chile. Democracia y Fuerzas Armadas*, Santiago, FLACSO, 1980. Manuel A. Garretón, *El proceso político chileno*, Santiago, FLACSO, 1983.

riencias económico-políticas del régimen militar-populista que se instaura desde 1968. Con grandes influencias del marxismo y, en cierto sentido, en la línea de José Carlos Mariátegui y Haya de la Torre, la investigación política peruana se realiza en centros universitarios y oficiales y parece más vinculada que en otros países a la práctica de las organizaciones políticas⁹⁹.

- *En Colombia*; la investigación politológica es importante en los últimos años. La creación de departamentos de ciencia política en las principales universidades y la consolidación de algunos centros de investigación especializados contribuyen al desarrollo de una ciencia política nacional. Son particularmente importantes los trabajos sobre el desarrollo político y la participación política electoral¹⁰⁰.
- *En Venezuela*; la ciencia política local, parcialmente implantada en algunas universidades, empieza a dar resultados en una época muy reciente. La investigación especiali-

99 Véase José Matos Mar, *El Perú actual: sociedad y política*, México, UNAM, 1970 (comp.), *Perú hoy*, México, Siglo XXI, 1975. Julio Cotler, *Clases, Estado y Nación en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978. Henry Pease, *El ocaso del poder oligárquico*, Buenos Aires, El Cid, 1979. Aníbal Quijano, *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú*, Lima, Mosca Azul, 1979.

100 Véase Francisco Leal Buitrago, *Análisis del desarrollo político nacional 1930-1970*, Bogotá, Tercer Mundo, 1973; *Estado y política en Colombia*, México, Siglo XXI, 1984. Rodrigo Losada *et al.*, *Los partidos políticos colombianos*, Bogotá, Fedesarrollo, 1983. Rodrigo Losada, *Las elecciones de 1978 en Colombia*, Bogotá, Fedesarrollo, 1979. Mario Latorre Rueda, *Política y elecciones*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1980. Rodrigo Losada y Eduardo Bustillo, *Identificación y participación política en Colombia*, Bogotá, Fedesarrollo, 1982. José Silva-Colmenares, *Los verdaderos dueños del país*, Bogotá, Suramérica, 1977; *Tras la máscara del subdesarrollo: dependencia y monopolios*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1983. Rodrigo Lara Bonilla, Rodrigo Losada y Humberto Uribe Toro, *Los partidos políticos colombianos. Presente y futuro*, Bogotá, Fundación Simón Bolívar, Universidad Javeriana, 1983.

zada continúa pero sus progresos son lentos. Sin embargo, un nuevo clima de discusión y crítica en los principales centros y departamentos de investigación es propicio para la maduración y consolidación de la disciplina. La vigencia de la democracia en las últimas décadas y la hegemonía bipartidista en el sistema político caracterizan una situación sui generis que está en el origen de una dinámica política particular. Este fenómeno partidista y la participación política son temas que aún no han sido abordados en un nivel aceptable de sistematización¹⁰¹.

- *En Ecuador*; a fines de los setenta y con impulso de la sociología, los estudios políticos aparecen primero como resultado de investigaciones aisladas, luego, la creación de centros e instituciones de investigación política favorece la práctica de la investigación especializada. El ocaso del militarismo y el proceso de democratización que arranca en 1979 plantea nuevas situaciones que exigen nuevas hipótesis e interpretaciones. Los estudios sobre los partidos y particularmente el desarrollo político nacional han sido los temas privilegiados de la investigación local¹⁰².

101 Frank Bonilla, *El fracaso de las élites*, Caracas, CENDES-UCV, 1972. Alan-Randolf Brewer Carías, *Cambio político y reforma del Estado en Venezuela*, Madrid, Tecnos, 1975. José Agustín Silva Michelena y Heinz R. Sonntag, *El proceso electoral de 1978. Su perspectiva histórico-estructural*, Caracas, Ateneo, 1979. Andrés Stambouli, *Crisis política en Venezuela 1945-1958*, Caracas, Ateneo, 1982. Ricardo Combellas, *COPEI: Ideología y liderazgo*, Barcelona, Ariel, 1985.

102 Véase Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en Ecuador*, Quito, Crítica, 1972. Oswaldo Hurtado, *El poder político en el Ecuador*, Quito, Universidad Católica del Ecuador, 1977. Patricio Moncayo, *Ecuador: grietas en la dominación*, Quito, Universidad Central del Ecuador, 1977. Enrique Ayala Mora, *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*, Quito, Universidad Católica, 1978. Rafael Quintero, *El mito del populismo en el Ecuador*, Quito, FLACSO, 1980.

En el resto de países, la ciencia política no es asumida como una disciplina específica de las ciencias sociales. Todavía se mantiene como parte complementaria de la economía o el derecho. El alcance de una autonomía, al parecer, llegará —como ha sucedido en el pasado con otras disciplinas sociales— como reflejo de la situación predominante en los países más avanzados del continente. Esto comienza a hacerse evidente en Uruguay, otrora centro de reflexión política continental, en Bolivia, Costa Rica y Panamá. La investigación política sobre las realidades nacionales de otros países sigue siendo tarea de investigadores muy aislados. En la época reciente ha sido básicamente el trabajo del exilio o en centros de investigación de otros países el que ha mantenido viva la investigación política¹⁰³.

103 Véase en Uruguay, Aldo E. Solari, *El desarrollo social del Uruguay en la postguerra*, Montevideo, Alfa, 1967. Gerónimo de Sierra, *Uruguay: desarrollo dependiente, democracia representativa y dictadura*, México, Siglo XXI, 1977. En Bolivia, René Zavaleta Mercado, *Bolivia: el desarrollo de la conciencia nacional*, Montevideo, Estrategia, 1970; *El poder dual*, México, Siglo XXI, 1974. Mario Rolón Anaya, *La política y los partidos en Bolivia*, La Paz, Editorial Juventud, 1966. En Centroamérica, Edelberto Torres Rivas, *Interpretación del desarrollo social centroamericano*, San José, EDUCA, 1971. Jaime Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1975.

4

LA PERSPECTIVA LATINOAMERICANA EN LOS OCHENTA

El análisis científico de la política tiende a constituirse en el objeto privilegiado de la investigación social en la época más reciente. Hay en ello un acuerdo general, aunque las propuestas se traducen difícilmente en prácticas concretas. De modo tal que, la investigación especializada de la política, como hemos visto más arriba, sigue siendo una actividad aislada y a menudo incomprendida: las investigaciones concretas no obtienen los recursos necesarios para su realización.

Ha sido tal vez la falta de «productividad» la que en buena medida le ha negado la posibilidad de incursionar en el mundo de los negocios y de la empresa privada. Pero esto también ocurre en la Administración Pública. Los «rendimientos» esperados están lejos de las posibilidades de nuestra incipiente investigación política. De aquí que en el pasado se haya preferido pagar la información obtenida de centros de investigación o bancos de datos extranjeros. Por consiguiente, los pocos logros que podrían descontarse en favor de una ciencia política latinoamericana corresponden a esfuerzos bien determinados de investigadores particulares. Se impone por tanto la adopción de una estrategia para la presente década, que marcará la proyección de la disciplina en el futuro.

El investigador político en nuestros países no cuenta con centros de documentación y bibliotecas aceptables. La comunicación entre investigadores es muy ocasional, lo que vuelve irrealizable a corto plazo la práctica de la investigación colectiva y comparada. Asimismo, se ha podido constatar el hecho de que uno de los mayores obstáculos radica en la endeble formación teórico-metodológica de los investigadores. Esto debido en buena parte a la ausencia de investigadores-docentes especializados. De aquí que en los últimos años la improvisación y la práctica de los «*surveys*», de origen norteamericano, tienden a ocupar el lugar de una investigación politológica que se mantiene aislada. Hasta cierto punto esta práctica ha sido nociva para el desarrollo de la investigación politológica fundamental. Las realidades políticas latinoamericanas requieren de elementos de análisis que conduzcan a su explicación e interpretación. Y esta explicación, más que descripciones, reclama conceptos y categorías de análisis que le permitan ascender a niveles aceptables de coherencia sistemática. De aquí que la sistematización de los datos sea una tarea urgente e inaplazable.

A la nueva ciencia política latinoamericana corresponde un lugar clave en el proceso de renovación de la investigación social en nuestro medio. Y es que la «crisis» recurrente de explicación en las ciencias sociales afecta también a la naciente ciencia política regional. Corresponde a esta última superar los obstáculos que la han detenido en el pasado y ello debe plantearse en dos planos: primero, en el de la construcción de nuevos paradigmas que den vida a nuevas hipótesis de trabajo y, segundo, en el de una *praxis* investigativa comprometida, estrechamente vinculada con las exigencias de nuestras sociedades.

En la medida en que la ciencia política latinoamericana constituye una ciencia de *intervención* está llamada a influir decisivamente en la conducción y gestión de los asuntos nacionales y regionales. Es en este sentido que cobra vigencia en la presente década la necesidad de una ciencia política más acorde con nuestros problemas reales. En ello cabe destacar el hecho de que

todo enfoque de los problemas sociales estará siempre vinculado, si no determinado, por la práctica específica del observador. La perspectiva politológica, aquella que permite abordar las realidades a partir de las relaciones de poder predominantes, implica desde el primer momento una exigencia, que el investigador tome conciencia de su rol (vocacional) y función (profesional) en los diversos sistemas políticos.

La ciencia política latinoamericana debe también formar parte constitutiva del esfuerzo colectivo encaminado hacia el esclarecimiento de nuestras realidades. Y en ello, sus vinculaciones con las demás ciencias sociales, que han marcado su nacimiento y desarrollo específico, deben estructurarse desde el momento en que han llegado a configurar un nuevo espacio del conocimiento social. «La ciencia política —ha advertido Marcos Kaplan— no puede ni debe autoencerrarse en el aislamiento y el exclusivismo feudal de un ámbito restringido, sino considerarse parte del esfuerzo hacia una Ciencia del Hombre, que hoy no es edificio a terminar sino teoría a construir, y cuyo problema no es la maduración sino el nacimiento»¹.

Esto es particularmente relevante en el estado actual de la incipiente investigación política, cuando las exigencias de maduración parecían destinarla hacia una situación de aislamiento: la mayor parte de la producción regional es de carácter personal y aislado. Fue el precio que había que pagar para alcanzar un grado de autonomía que la legitime en el conjunto de la investigación social. Esta situación debe dar paso en los próximos años a una mayor disponibilidad, que le permita a la nueva disciplina ejercer un rol motor para el relanzamiento de la investigación científica social en nuestro medio. La ciencia política regional debe asumir explícitamente la tarea de responder a los desafíos latinoamericanos del futuro inmediato.

1 Marcos Kaplan, *Estado y sociedad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 40.

En efecto, son cuatro los campos de análisis prioritario que se imponen en primera instancia. Problemas o cuestiones sobre los cuales la investigación política contemporánea comienza a replantearlos mediante nuevos enfoques. Se trata de un replanteamiento global con dimensiones críticas y dinámicas que responde a la necesidad de una auténtica sociología política. En nuestro medio latinoamericano la ciencia política debe ocuparse, en la perspectiva de los próximos años, en el establecimiento de las bases teórico-metodológicas en estos cuatro campos específicos: *estudios del Estado*, los *partidos políticos*, las *ideologías políticas* y, en fin, la *construcción de la democracia*.

Estudios del Estado

Como forma de poder preponderante en nuestras sociedades y en nuestro tiempo, el Estado debe ser abordado en la dinámica específica de las relaciones de fuerzas que le dan origen y retienen bajo su control. Un estudio de las estructuras de dominación en nuestras sociedades debe abordar al Estado, en sus diversas variantes, como el centro de una reflexión socio-política más crítica. Sin esta reflexión no es posible una teoría política regional. También esta sociología del Estado debe recibir *críticamente* las aportaciones de la ciencia política actual en este campo. Ni el doctrinarismo ni el sectarismo dogmático encuentran su lugar en este esfuerzo de conceptualización a realizar.

Las tradicionales aproximaciones filosóficas y jurídicas se han revelado hasta aquí largamente insuficientes. Las perspectivas anti-estatales del conductismo y sistemismo estadounidenses no han dado los resultados propuestos por sus cultivadores. Corresponde a una ciencia política latinoamericana abordar el estudio del Estado en su proceso de formación y dinámica histórica. Una investigación politológica, en este sentido, debe adoptar cada vez más una perspectiva sociológica, a fin de dar cuenta

de las relaciones de clases y conflictos sociales entre los diversos grupos sociales, cuyas relaciones se condensan en los aparatos del Estado.

Los partidos políticos

Los partidos son realidades latinoamericanas cuyo origen se remonta a la época de la independencia. Protagonistas de la historia nacional y regional, nadie se ha detenido hasta aquí a estudiarlos de forma tal que se alcance una sistematización de sus prácticas efectivas (organización y funciones). Una sociología de los partidos políticos no puede consistir en la mera acumulación de monografías descriptivas que, las más de las veces, no pasan de la exposición de programas y estatutos. Se debe ir más allá.

En momentos en que los partidos aparecen como los únicos canales de participación de los ciudadanos en los sistemas democráticos recientes, su funcionamiento y estructuras de organización pasan a ser determinantes para los sistemas políticos concretos. Porque si bien es cierto que los partidos son esenciales para el funcionamiento del orden democrático, la así llamada «partidocracia», en algunos países, tiende a convertirse en factor de inestabilidad social y política, y esto constituye el fenómeno clave para la explicación de tales sistemas.

Una aproximación sociológica a la vida de los partidos es posible en el momento actual. En tal sentido, la perspectiva comparativa puede dar mayores luces a la investigación especializada, en la medida en que la originalidad de nuestros sistemas políticos resulta más demostrable a partir de las relaciones organizacionales al interior de los partidos, aquellas que operan como máquinas políticas encargadas de hacer funcionar los sistemas de poder en todas y cada una de nuestras sociedades.

Las ideologías políticas

En la medida en que constituyen sistemas de ideas y actitudes políticas, las ideologías recogen parte de la acción política individual y colectiva. Como hemos visto más arriba, las ideologías políticas latinoamericanas no son meras importaciones del exterior sino que consisten en elaboraciones sociales originales. La misma recepción reviste caracteres de originalidad en las diversas experiencias nacionales y continentales.

El estudio de estas ideologías no debe limitarse a una historia de las ideas que, en el mejor de los casos, solo alcanza a reproducir la identidad del discurso político. Un estudio de las ideologías debe ser enfocado sociológicamente: los productores y portadores de ideas pertenecen a grupos sociales determinados, que se mueven en contextos sociales también determinados. De aquí que resulte necesario determinar su contenido social, los intereses manifiestos y latentes que vehiculan y, en fin, los tipos de solidaridad que promueven entre los diversos grupos sociales.

Un análisis científico de las ideologías debe, por consiguiente, extraer del mensaje explícito los contenidos abstracto-concretos que les permite tomar parte activa en los procesos y prácticas políticas. Un tal análisis debe poner énfasis también en los efectos que se siguen de las diversas y antagónicas proposiciones ideales. De aquí que el carácter de correcto e incorrecto, verdadero o falso, no sea tan decisivo, como se ha planteado en el pasado reciente. Lo que cuenta para el análisis, en este terreno, son los resultados perceptibles de tales proposiciones ideales, sus efectos inmersos en las prácticas políticas.

Asimismo, la vinculación social de los portadores de ideas, el contexto social en el cual desenvuelven su acción, así como los resultados de sus prácticas efectivas, constituyen, en su conjunto, elementos significativos para la explicación de las relaciones de poder en nuestras sociedades.

La construcción de la democracia

También es importante, en la perspectiva de este fin de siglo, establecer las líneas matrices del cambio sociopolítico que se impone en nuestros países. Por una parte, habría que determinar el nivel o grado de participación política de los ciudadanos. Por otra, debe identificarse la naturaleza de la estructura de poder predominante, aquella que condensa las relaciones de fuerzas en los procesos de la decisión política.

En la medida en que la construcción de la democracia implica de por sí la participación de los ciudadanos, ello contrasta con el hecho de que la misma se manifiesta bajo formas restringidas o reducidas a la práctica de círculos estrechos de poder. El ascenso de las clases medias a puestos de dirección en los años recientes conlleva ciertamente cambios significativos, por lo que resulta necesario recurrir en las investigaciones a categorías e indicadores sociales que permitan aprehender las nuevas relaciones, que se establecen a nivel estructural.

Y si bien es cierto que el carácter dependiente de nuestras sociedades impide la autonomía de nuestros sistemas políticos, ha sido un error, en el pasado reciente, negar toda posibilidad de acciones alternativas relativamente independientes al interior de cada sistema. Así, la autonomía de los aparatos estatales a nivel de cada sociedad no es absoluta pero, siendo relativa, permite a aquéllos ejercer y proyectar acciones políticas no necesariamente dependientes. En otros términos, las relaciones de clases internas a cada sistema operan de tal forma que pueden favorecer u obstruir los caminos que conducen hacia una democracia ampliamente proclamada como ideal de organización política dentro del proceso de democratización en marcha.

Tal parece el panorama de la ciencia política latinoamericana en este fin de siglo. Una ciencia que debe alimentar la investigación con nuevas hipótesis y proposiciones analíticas, sin des-

cartar su innegable proyección a la acción. Lo primero y lo último no deben disociarse sin perjuicio de la explicación propuesta.

El carácter neutral de la investigación, que ocupó gran espacio en las discusiones metodológicas del pasado reciente, parece haber cedido ante las evidencias. Hoy como ayer, la investigación científica de la política está influida por los valores personales y las expectativas colectivas. En nuestra América Latina, una ciencia de la política solo es posible mediante una crítica permanente que vigile la producción, el rigor que neutralice las improvisaciones y, en fin, el compromiso con la causa de grandes sectores sociales llamados a hacer historia.

De este modo, se hace necesario vincular en el campo de una ciencia política regional, la práctica social, la teoría científica y la utopía ideológica, de tal forma que toda disociación de estos tres elementos sea rechazado como artificial e irreal. Si bien es cierto que la lógica de la observación en la disciplina politológica tiene un contenido práctico, la misma adquiere valor estratégico en su relación con la dimensión utópica de la acción política.

El análisis científico-crítico de la política que aquí proponemos, implica, por consiguiente, un trabajo teórico-metodológico que permita descubrir los mecanismos, engranajes y procesos de las prácticas políticas estructurales y coyunturales. Así, la investigación sobre modelos, enfoques y esquemas de interpretación representa, en el estado actual de la investigación social, una tarea inaplazable. Solo la crítica y la discusión de los mismos puede hacer avanzar la disciplina politológica en nuestros países. Ciencia de proyección, ciencia de intervención, la ciencia política latinoamericana está llamada a constituirse, en la perspectiva de la presente década y hacia fines de siglo, en el factor decisivo y crucial para el progreso del conocimiento de nuestras realidades.

